



Comedias

6359



TORRES DEL ALAMO Y A. ASENJO

caricatura de TOVAR

LORENZA, LA SERIA

del TORRES DEL ALAMO y Antonio ASENJO

RY, LA INSOPORTABLE

Gregorio MARTÍNEZ SIERRA y Honorio MAURA

50 céntimos.

NÚMERO XI :: 1 DE MAYO DE 1926 :: AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR:

ANDRES GUILMAIN

GERENTE:

BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 :: MADRID :: Apartado 8.036

Precios de suscripción.—*España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año, 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

El día 22 del actual publicaremos un magnífico
número extraordinario, que contendrá las
divertidísimas comedias:

LA TELA Y LOS CHATOS

los dos grandes éxitos de

PEDRO MUÑOZ SECA Y
PEDRO PEREZ FERNANDEZ

La empresa de **COMEDIAS**, deseosa de ofrecer al público las obras de éxito más resonante, no ha vacilado en adquirir estas dos admirables producciones, realizando para ello un cuantioso sacrificio económico.

Precio del ejemplar: **UNA PESETA**

LORENZA, LA SERIA

SAINETE MADRILEÑO EN TRES ACTOS,
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

**Estrenado, por la Compañía Alba Bonafé, en el Teatro
Alkázar, de Madrid, el 3 de abril de 1926**

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LORENZA	Sra. Alba.
CAYETANA	Srta. Barrón.
ROSITA	» Caba (J.)
SANDALIA	» Caba (I.)
ROSARIO	» Pujó (M.)
DOÑA RUPERTA	Sra. Lozano.
MIMI	Srta. Grande.
AMA DE CRIA	» Grande.
NOVIA	» Pujó (B.)
MADRINA	N. N.
MUCHACHA	Srta. Caba (P.)
PARROQUIANA	Sra. Cachet.
DON ESDRUJULO	Sr. Bonafé.
SEÑOR ROMUALDO	» Perales.
JUAN ANTONIO	» Bruguera.
EGMON	» García León.
MANOLIN	» Gutiérrez.
MELANIO	» Hidalgo.
REGULEZ	» Hidalgo.
CRISTINO	» Rovira.
CASIMIRIN	» Sanz.
LORENZO	» Oltra.
POLICIA	» Ponzano.
UN SEÑOR	» Valdivieso.
CAMARERO	N. N.
FUTBOLERO	Sr. Ponzano.
UN CURA	» Caba.
NOVIO	» Sanz.
PADRINO	» Caba.
MUCHACHO	» Valdivieso.
PARROQUIANO 1.º	» Ponzano.
PARROQUIANO 2.º	» Sanz.
POLIN	Sr. Rovira.

Las indicaciones, del lado del actor.

ACTO PRIMERO

La escena representa un Economato de ul... mos. Foro izquierdo, puerta de entrada, haciendo *pendant* con el hueco del escape. A la derecha, y perpendicular a la batería, el mostrador, y detrás una puerta, que se supone da a la trastienda y habitaciones interiores. A la derecha de la puerta del foro, la trampilla de la cueva, que juega a su tiempo. Delante de la puerta de entrada, una reja, que se supone da luz a la cueva. A todo lo largo de la tienda, un letrero que dice: «El rey de las lentejas». Sobre el mostrador, un queso de Grúyer gigantesco; sobre él, un letrero que dice: «A quien demuestre que es malo este queso, se le regalará un kilo». Otro letrero en sitio muy visible de la pared: «¡No dejas robar en otra tienda; venid a ésta!» Otro cartel, en el que se lee: «Anís Voronoff»; debajo, pintado un mono.

Al levantarse el telón se hallan en escena EGMON, joven encargado del Economato, guapo y atildado. Habla muy redicho, procurando imitar en los movimientos al transformista del mismo *mote*; CRISTINO, joven dependiente recién admitido, llevará blusa larga blanca, muy rasurado y bien peinado, y CASIMIRIN, el más joven de los dependientes, que también llevará blusa larga. Al comenzar el diálogo, Casimirin está limpiando los cristales; Egmon, terminando de pintar unos carteles que habrá sobre uno de los sacos, que se supone contienen garbanzos, lentejas, etc., y Cristino, mirando con curiosidad la obra pictórico poética de Egmon.

ESCENA PRIMERA

EGMON. (*Tiene en la siniestra el botecito de la pintura, y con la diestra esgrime el pincel como si fuera una batuta. Lee con entonación cómica.*)

Soy del Varco, soy del Varco;
soy de Castilla la Vieja;
soy judía blanca y pinta;
soy muy fina y soy muy gruesa.

(*Sonríe satisfecho. A Cristino.*)

¿Hay o no hay inspiración? Quisiera yo ver el tiempo que hubieran tardado don Adolfo y don Gustavo Bagüer en piroppear a las judías del Barco.

CRIS. ¡Eres un genio! Pero oye, Egmon, Barco ¿no se escribe con b de Benito?

EGMON. ¡No, señor! Barco, como vapor, se pone con uve. Además, que en los apellidos y en los nombres de las cosas no reza la ortografía.

CRIS. Dime, ¿estas coplas se te ocurren de pronto o las cavilas muchas noches?

EGMON. Las improviso en dos o tres días, y luego las reformo. (*Lee en alta voz, al propio tiempo que retoca con el pincel las siguientes «berzas»:*)

¡Hay tomates en conserva!
¡Hay *choris* de Cantimpalos!
¡Hay mermeladas que atufan!
¡Hay que pagar al contado!

Esto no lo improvisa Marquina en un año.

CASI. De seguro.

EGMON. Pues ya ves lo que son las cosas; él ha estrenado hasta con la Guerrero, y yo aquí faltando al séptimo mandamiento cada vez que despacho algo.

CRIS. A propósito de hurtar... ¿Cómo pesáis aquí? ¿Con ayuda del índice o desnivelando el peso?

EGMON. Darle al peso con el dedo es más viejo que la Cuesta de la Vega.

CRIS. Pues en la tienda que yo estaba le metíamos hasta la tercera falange.

EGMON. Aquí no hace falta; tú me observas y me imitas.

CRIS. Pero dime, ¿de qué truco os valéis para la merma legal?

EGMON. ¿La merma legal?

CRIS. Sí, hombre; para quitarle al peso doscientos gramos.

EGMON. ¡Ah, ya! Con el mayor descaro. Si es una criada la que compra, pues, mientras tú pesas, yo la abrumo con piropos verbales y manuales.

CRIS. ¿Y si es una señorita?

EGMON. Pues si es una señorita y está muy gorda, te asombras al verla y dices: ¡Ay, doña Irenel, ¿qué hace usted? Es que adelgaza usted por días.

CRIS. ¿Y si es una postal puesta de canto?

EGMON. Le dices que tiene un tipo muy chic, y añades: (*Muy redicho*). Anoche estuve viendo a la Saavedra. Vestida de frac está monísima. Por cierto que se da un aire a usted, aunque ya quisiera. ¿Comprendes?

CRIS. Mía que sois listos los dependientes del centro; ande yo estaba, cerca de Tetuán, pa meter un dedo en el peso había que ser malabarista.

EGMON. Aquí nos basta con adular; y es que el incienso le agrada hasta los dioses.

CRIS. ¡Vaya frasecita! Se comprende que seas el dependiente mayor... (*Pequeña pausa.*) Oye, ¿me quieres decir, si no te molesta, por qué te llaman *Egmon de Brié*?

25-11-24

- EGMON. (*Presumiendo mucho.*) Porque dicen que el auténtico se da un aire a mí en la caída de los ojos y en lo helénico del braceo, ¿comprendes?
- CRIS. Te pasarás la vida haciendo el amor, ¿verdad?
- EGMON. Casi siempre lo compro hecho; es más barato. Ah, con lo que hay que tener un cuidado especial es con el queso. Fíjate. Que entra una señora y te dice: (*Con cierto desdén.*) «Déme usted un cuarto de kilo de queso», puedes cortar impunemente cien gramos más, y decir: han salido ciento ochenta; a usted le dará lo mismo.
- CRIS. Me voy haciendo cargo.
- EGMON. Pero como te diga: (*Muy seco y muy marcado.*) «Deme usted cuarto kilo de queso», procura no cortar ni cinco gramos más, porque, como no se los regales, no los quiere.
- CRIS. Enterado.
- EGMON. Cuando una parroquiana se lleve un pedido de más de cinco paquetes, al dárselos te haces el lila y te achantas uno, que si lo nota y reclama, se lo devuelves, y en paz; pero casi todas creen que lo han perdido en la calle.

ESCENA II

DICHOS y un SEÑOR

- SEÑOR. (*Desde la puerta.*) ¿Tienen ustedes sardinas de la casa Beloqui, de San Sebastián?
- CRIS. No, señor.
- SEÑOR. Perdonen. (*Mutis.*)
- EGMON. Esa es otra; no se dice nunca que no hay.
- CRIS. ¡Pero si no hay!
- EGMON. Se le deja pasar, se saca otra marca, se dice que la que busca está para llegar, o se llega uno a la tienda del 15 a ver si tienen, y se trae a escondidas.
- CRIS. Oye, en el poco tiempo que llevo en la tienda, he oservao que el amo está muy poco. Son ya las once y aun no ha bajao hoy.
- EGMON. Pues es un esclavo del negocio. Lo que pasa es que lleva una temporá lleno de preocupaciones. Anoche llegó su hijo, y debe estar conferenciando con él.
- CRIS. Yo creí que no tenía más que una hija.
- EGMON. Te diré en secreto, porque alguna vez te tiés que enterar, que tié, además, un hijo, que entra soldado ahora, y que tuvo que escapar de Madrid por una fe-

choría que hizo con la chica de la señá Lorenza, la *Seria*. (*Se acerca Cusimiro.*)

CRIS. ¿Alguna tanguista?

EGMON. Quiá! La señá Lorenza, la *Seria*, es la viuda del señor Sandalio, el *Melindres*.

CRIS. ¡Me vas a contar un argumento de Arniches, como si lo viera! (*Se ríe.*)

EGMON. No te rías. El señor Sandalio, el *Melindres*, fué el encargao del Economato lo menos once años, y, claro, lo que pasa, los chicos del amo y los chicos del encargao, que se han criaio juntos, que han ido a la escuela juntos, que han jugao al escondite juntos..., pues pa qué te voy a explicar lo que les ha pasao juntos.

CRIS. No te comprendo.

EGMON. Cuando dobló el señor Sandalio, la señá Lorenza, la *Seria*, se mudó del exterior al sotabanco de esta misma casa, y aunque quedaron un poco enfriadas las relaciones entre el amo del Economato y la familia del que había estao al frente de este negocio, pues siguieron tratándose; ¿me vas comprendiendo?

CRIS. Cada vez menos.

EGMON. Pues eres de una ceporrez que desbisagra. Los chicos siguieron jugando y siendo amigos, y... lo que pasa.

CRIS. Pero ¿qué es lo que pasa...?

EGMON. Pues que un día nos enteramos de que eran novios los chicos, porque se fueron al vermú del Real Cinema un domingo, y volvieron el martes siguiente.

CASI. ¿Te has enterao ya?

CRIS. Un poco... Bueno, ¿y qué pasó?

EGMON. Rues que... (*Asustado.*) Calla, que viene la señora Lorenza. No le llevéis la contraria, que nos arrea. (*Todos se ponen a hacer que hacen algo.*)

ESCENA III

DICHOS, y la señora LORENZA, la *Seria*, mujer de unos cuarenta y tantos años, muy flamenca, muy madrileña y muy seria; lleva un mantón negro de crespón; entra en la tienda con cara de pocos amigos. Habla siempre con energía.

LOREN. Tú, trasformista, ¿ha dao ya el ombligo el heredero del Economato?

EGMON. Señora Lorenza, sus preguntas de usted hacen cardenales.

LOREN. Eso es a ti, que vas camino de vestirte de mujer.

EGMON. ¿Cómo?

- LOREN. ¡Pa imitar cupletostas! No te alarmes.
- EGMON. Dios la oiga a usted.
- LOREN. ¡Habrà ma...marracho! ¿Se han levantao el señor Romualdo y su hijo? Contéstame en serio, no sea que haga yo de despertador.
- EGMON. Deben estar en el lecho, porque ayer se pasaron el día en Alcalá celebrando el cumpleaños del señor Romualdo.
- LOREN. Allí es donde debía cumplir unos cuantos años tu jefe. De modo que es verdad que ha llegao el chico.
- EGMON. (*Temblando.*) ¡Ay de mí, que me he colao!
- LOREN. No tiembles y abandona el mostrador, que no te va...
- EGMON. (*Muy contento.*) ¿Verdá usted, que yo estoy pidiendo a gritos una falda de volantes, unas castañuelas y un ancho sevillano (*Imita a Dora la Cordobesita cantando y bailando el fandanguillo de Huelva.*), y que me contrate el señor Campúa?
- LOREN. Pa eso has nacido, hijo; ahora, que si no te se logra ser imitador de artistas, debes prepararte pa manicura, que también se hace carrera. (*Los dependientes se ríen, los mira Lorenza y ellos se agachan detrás del mostrador.*)
- EGMON. ¡Señá Lorenza!
- LOREN. Y cuando baje el señor Romualdo, le dices que volveré a darle el té, por mala persona.
- EGMON. Pues no es tan malo.
- LOREN. Tu principal, lo mejor que tiene es el pelo, y lleva bisoné.
- EGMON. De toos modos, yo la recomiendo que tenga cuidao, porque ha echao un carácter estos días...
- LOREN. Ya me han dicho que cuando bebe rompe la copa con el bigote; pero a mí..., de nácar. (*Cristino y Casimir están pendientes de las palabras de la señora Lorenza, y cada vez que ésta los mira se asustan cómicamente y hacen como que hacen algo. Desde la puerta.*) ¿Sabéis si está aseguraa el Economato? (*Egmon le dice por señas que no.*) Me alegro, porque se avecina un terremoto. (*Los tres dependientes van hacia ella.*) ¡Un temblor de tierra!
- EGMON. ¡Señá Lorenza!...
- LOREN. ¡La fin del mundo! (*Mutis.*)
- CRIS. ¿Y tú crees que la señora Lorenza será capaz de armar la bronca?
- EGMON. ¡Menuda es! Tié un genio, que de un estornudo para un ventilador. Te diré que en el barrio la llaman la *Seria*, porque, desde que murió su marido, nadie la ha visto ni sonreír tan siquiera.

- CRIS. Me creo que lo hecho por nuestro principal no está pero que ni medio bien.
- EGMON. ¡Qué va a estar! A más, que la hija de la señá Lorenza, la *Seria*, y Juan Antonio, el hijo de nuestro jefe, se siguen queriendo; me costa.
- CRIS. No la querría mucho cuando salió a noventa por hora.
- EGMON. Le obligó su padre con amenazas.
- CASI. La verdad es que si lo cogen se lo llevan pa Ocaña.
- EGMON. Buenos cuartos lleva gastaos su padre en alargar lo de las Salesas.
- CASI. Yo me creí que se ablandaría al saber que tenía un nieto; pero, que si quieres.
- EGMON. Si hasta le ha puesto policías a esa pobre familia pa agarrarse a un clavo ardiendo en cuanto que la chica se hubiera deslizado un tanto así.
- CRIS. Parece una gente muy honrada.
- EGMON. ¡No tiés idea! La señá Lorenza se quedó viuda con tres lebreles que cabían debajo de una taza, y, a pesar de tener a espuestas los pretendientes, no ha consentido en dar padrastro a sus hijos, y en fuerza de trabajos los ha sacao adelante.
- CASI. Mira que trajina la pobre.
- EGMON. Como que lo mismo vende melones que se queda con un saldo de zapatos, que hace de perfumista vendiendo un agua de violeta que fabrica ella con acelgas, que es canela.
- CASI. Ahora se ha quedao con una fotografía humorista, además de la rifa de objetos por calles.
- EGMON. Si hasta ha comprado una fiera corrupta. La señá Lorenza, con tal de buscar una peseta honradamente pa sus hijos, es capaz de perder la vida probando un salvavidas.

ESCENA IV

DICHOS y SANDALIA

- SANDA. (*Que es una criada muy fea y entra con la cesta de la compra al brazo.*) Buenos días. (*Saca una aceitera.*) A ver si me ponéis una panilla de aceite, cuarto de azúcar morena, diez de café molido y cinco de pimentón.
- EGMON. ¿Tenéis convidados?
- SANDA. Tenemos hambre. ¿No sabéis de una casa buena?
- EGMON. Dinos tus condiciones.
- SANDA. Diez duros al mes; salida, toos los domingos y días

de fiesta; compra al contao; no dar cera, y dos horas de paseo por las tardes pa ver al novio.

EGMON. ¿Pero tienes novio ya?

SANDA. Entavía no; pero hay que exhibirse pa que la vean a una. Los días de carnaval, libre por la noche...

EGMON. Te advierto que por la noche no dejan andar con la careta puesta.

SANDA. Mirale que rico. A ver si me tenéis too pa cuando vuelva, y ahí va la libreta pa que apuntéis (*Al mutis.*) y no sus olvidéis de la casa.

EGMON. Descuida, que en cuanto sepamos de una donde el ama se lo haga too, te avisaremos. Tú, Casimiro, prepara el pedido de la Otero, y pon banderillas en la libreta. (*Casimiro lo hace.*)

CRIS. Y volviendo a lo del amo: ¿qué hizo la Señá Lorenza cuando se enteró de la hecatombe?

EGMON. Denunció al hijo del amo por rauto, noturnidá y descampao.

CRIS. ¿Y zamparon al seductor en la cárcel?

EGMON. Allí estaría si el amo no tuviera dinero; se lo arregló ese *perdis* que viene todos los días.

CASI. ¡Don Esdrújulo! (*Se rie.*)

EGMON. Es un vivalés que sabe las leyes de memoria, y aconsejó al amo que enviara al chico a Portugal o al extranjero.

CRIS. ¿No decís que ha vuelto para servir al Rey?

EGMON. Sí; pero don Esdrújulo le dijo al amo que él tuteaba a todo Cristo en las Salesas; que lo arreglaría, y ahí le tienes viviendo, mejor que un perro grifón, a costa del señor Romualdo, y deseando que este lío dure más que una capa de Béjar colgá de una percha.

CASI. Además, al gachó ése no le parece costal de paja la señá Lorenza.

CRIS. Pero si trabaja en contra suya.

EGMON. Ya dará el cambio cuando le convenga; menudo es. Don Esdrújulo vino un día de Ciudad Real y llegó tan cansao a Madrid, que se ha quedao aquí. Y a callar, que ahí viene el interfeto. Veréis cómo nos dice a su manera que se avecina la tempestad.

ESCENA V

DICHOS y don ESDRUJULO. Don Esdrújulo va un poco derrotado.

ESDRÚ. (*Entrando.*) Buenas y relampagóricas.

EGMON. (*A Cristino.*) ¡No te lo dije! (*A Esdrújulo.*) Me va us-

ted a perdonar la curiosidad; claro que si soy indiscreto usted no me conteste, y tan *amichis*.

ESDRÚ. Me vas a preguntar la causa originaria de mi seudónimo; ¿acerté?

EGMON. Pero que de plano; nos ha chocado eso de Esdrújulo.

ESDRÚ. Se las llama esdrújulas a todas las palabras que tienen un acento *circunflexo* mal colocado. Y como yo me llamo Cándido Aurículo y Bélico... ¿Comprendéis?

CRIS. (*Con cara burlona.*) A mí no me se olvida en jamás.

EGMON. (*Burlón y haciendo un nudo en el pañuelo.*) Yo, como tengo frágil la memoria, me haré un nudo.

ESDRÚ. Y no olvidéis que con los esdrújulos enseñan a hacer gárgaras los otorrinclaringológicos. Con permiso, le voy a faltar al respeto a estas pastas apetitosicas. (*Coge unas de una caja y se las come.*) Son riquísimas. (*Coge un vaso que hay en el mostrador.*) Oye, pequeño, échame un poco de vino para enjuagar este vaso. (*Casimirin le echa vino de una botella.*)

EGMON. ¡Qué don Cándido éste; se pega usted una vida, que ya, ya...

ESDRÚ. No lo creas. Aquí, donde me ves, yo soy un hombre que se acuesta a las diez de la noche y se levanta a las once.

CRIS. ¿Duerme usted una hora?

ESDRÚ. A las once de la mañana. El trabajar es de idiotas. Yo envidio a los cerdos, con perdón de los que me oyen.

CASI. ¿Por qué?

ESDRÚ. Porque han logrado la jornada legal: veinticuatro horas de descanso.

EGMON. Aunque sea usted mal preguntao. ¿Por qué se vino usted de Ciudad Real?

ESDRÚ. Por diferencias políticas con el jefe de la oficina en donde yo estaba.

EGMON. El era primorriverista y usted del antiguo régimen, como si lo viese.

ESDRÚ. No es eso: es que él se empeñaba en que yo fuera todos los días a la oficina, y yo quería ir lo menos posible; diferencias políticas, ya te lo he dicho. (*Se ha puesto a leer unos letreros sobre la reja de la cueva.*)

EGMON. Don Cándido, que entenebrece usted nuestro observatorio.

ESDRÚ. No comprendo tu léxico farandulístico.

EGMON. Sencilísimo. Cuando entra una parroquiana que merece la pena, uno de nosotros la trae sobre la reja de la cueva para que admire mi vena poética, y, mien-

tras ella mira los versos, nosotros desde la cueva miramos...

ESDRÚ. (*Riendo, y sin dejarle acabar.*) ¡Peliculístico! (*Riz.*) ¿Me dais una placita de astrónomo supléntico?

EGMON. ¡Qué duda! Ni me acordaba que a usted le petan todas.

ESDRÚ. Me gustan todas. Tú lo has dicho; y eso que las hay que parecen usureros: prestan amor con un interés parabolístico. Oye, déjame dos pesetas, que no quiero cambiar.

EGMON. ¿Se ha propuesto usted ser igual toda la vida?

ESDRÚ. ¡Gráfico, sí, señor, gráfico! Pero dame las dos luciérnagas.

ESCENA VI

DICHOS y ROSARIO, una criada que tumba de guapa. Todos, al entrar, se acercan a ella. Poco después, SANDALIA.

ROSA. (*Entrando.*) Buenos días; me vais a despachar volando, porque me rezuma la prisa.

EGMON. ¿Prisa tú, caramelo de los Alpes apeninos? Si te riñe tu señorita, pides la cuenta, y San Serenín de la buena buena vida.

ROSA. ¡Qué monín! ¿Y dónde voy?

EGMON. Te llevo al Huéspedes Palas, que tié aquí orilla mi tía, y tóo pagao.

ROSA. ¿Tenéis lejía buena?

EGMON. Colosal; lava sola la ropa.

CASI. (*Rápido, a Egmon.*) Se ha acabao la lejía.

EGMON. (*Rápido, a Casimiro.*) Pues vete por el portal y tráete una botella de casa del Segoviano. (*Rosario está gulusmeando lo que hay por la tienda, y no se percata de la conversación de los dependientes. Casimiro hace mutis por el interior.*)

ROSA. El otro día llevé una lejía de en cá el Segoviano, y me quemó toa la ropa.

EGMON. Pues la de aquí es cosa rica; ¡ya verás! ¿Cuánto te cobraron?

ROSA. Ocho gordas.

EGMON. La nuestra vale un real más; pero ¡vaya diferencia!

ROSA. ¿Os queda del Gruyer que llevé anteayer?

EGMON. Ya lo creo; ¿cuánto pongo?

ROSA. Ná; volveré cuando se haya concluído, porque agarré un sofoco como cuando el café.

EGMON. Pero chica, si era Moka, Caracolillo y Puerto de Santa María; mitá y mitá.

- ROSA. ¿Vosotros no lo mezclaréis con bellotas y otras repugnancias?
- ESDRÚ. ¡No! Aquí dan las repugnancias solas. (A Egmon). ¿No es verídico?
- EGMON. (A Rosario.) ¿Qué más quieres, rubiales? (Tocándola el cuello.)
- ROSA. Sin teclear, que no estamos en el cine.
- ESDRÚ. Egmon, ¡cuidado! (Entra Sandalia y no la hacen caso.)
- EGMON. Si es que estaba viendo el cuello de la blusa, que es de Holanda.
- ESDRÚ. Pues no olvides que, por meterse en Holanda, perdió España los Países Bajos.
- ROSA. Anda qué tío; se trae las de Calahorra en un bote.
- ESDRÚ. (A Egmon.) ¿Es ésta la belleza babilónica de que me hablabas? (Se hace el «longui», y toca lo que buena-mente pueda.)
- ROSA. (Dándole un empujón.) ¿También es usted pianista?
- EGMON. Cuidao, digo yo ahora.
- ESDRÚ. Es que estoy a régimen de carnes blancas, y en cuanto veo a una rubia, se me abre el apetito.
- CASI. ¿Qué le parece a usted aquí la joven?
- ESDRÚ. ¡Qué piedra para dar un tropezón!
- ROSA. Exagerao.
- ESDRÚ. La advierto que yo no he hablado en serio más que dos veces, y una es ésta.
- ROSA. ¿Y la otra?
- ESDRÚ. Cuando me cite con usted, ¡so helénica!
- ROSA. ¿Y adónde me va usted a llevar, don Tirillas?
- ESDRÚ. Si usted quiere, nos vamos a las Ventas en una banda verde para ir más apretados. Luego nos comemos unas chuletas de flauta.
- ROSA. ¿Cómo dice usted? (Sale Casimiro del interior y saca, sin que le vea Rosario, una botella de lejía.)
- ESDRÚ. Se llaman chuletas de flauta, porque se comen así. (Simula tener con las dos manos una chuleta, que se pasa de un extremo a otro de la boca, como si tocara la flauta.)
- ROSA. No siga usted por ahí, porque a mí lo que me tira es un cabaret.
- SANDA. ¡A ver si pué ser que me despachen!, que llevo media hora delante del mostrador.
- EGMON. (Malhumorado.) Yo llevó diez años detrás, y no me quejo. (A Casimiro.) Despacha a ésa. (Casimiro se acerca, la da lo que tenía preparado y la libreta.)
- CASI. Toma, y pira.

- SANDA. (*Al mutis.*) Como una es honrá, pues que no la hacen caso a una.
- ROSA. Bueno, que no estoy pa perder el tiempo. ¿Tenéis hielo?
- EGMON. Súper; fabricao, por la telefonía sin hilos, por los es-
quimales.
- ROSA. Pues mándeme tres kilos.
- ESDRÚ. ¿Es vinda su señora de usted?
- ROSA. Sí; pero por fuera na más. ¿Por qué me lo pregunta?
- ESDRÚ. Porque si fuera casada, viéndola a usted, tendría unos celos horrisonos.
- ROSA. Hasta luegoito.
- EGMON. Espera, Rosario. ¿Qué novio te repasa las cuentas?
- ROSA. Yo no tengo novio.
- EGMON. Mentirosa; que tenías seis y un sobrero.
- ROSA. ¿Cómo un sobrero?
- EGMON. Uno que hacía sobres, mujer.
- ROSA. Bueno, me voy, que gastáis mucha conversa. ¿Me dáis la lejía?
- EGMON. (*Dándosela.*) Ahí va, y aguarda. Cristino: Enséñale a Rosario el género ese que está encima de la reja de la cueva. Todo lo que se ve ahí, es cosa buena.
- ESDRÚ. (*Mutis, a la cueva.*) Voy a bajar para partir el hielo.
- EGMON. (*Dándose cuenta de que va al Observatorio.*) Bajaré yo también para aprender.
- CASI. Y yo a echar una mano.
- CRIS. (*Aparte.*) Y me dejan solo... ¡Maldita sea! (*A Rosario, llevándola sobre la reja.*) Fíjese qué judías nos han lle-
gao esta mañana. Y estos garbanzos... tienen una cochura...
- ROSA. Qué oscura debe ser esa cueva.
- ESDRÚ. (*Desde abajo.*) No tiene usted idea de cómo se ve.
- ROSA. (*Dándose cuenta.*) Hasta luego.
- EGMON. (*Desde abajo.*) Ahora sí que se ve claro.
- ROSA. (*Dando un capón al chico, que se harta de reír.*) Cuan-
do vuelva les voy a dar para el pelo. ¡Habrà tolilis!
(*Mutis.*)

ESCENA VII

DICHOS y el señor ROMUALDO, ROSITA, JUAN ANTONIO,
EGMON, ESDRUJULO y CASIMIRO.

El señor Romualdo y sus hijos salen por la puerta que comunica
con las habitaciones interiores.

ROM. ¿Dónde están esos? (*El señor Romualdo habla siempre
en tono sentencioso.*)

- CRIS. (*Azorado.*) Han ido a la cueva para ver... no sé qué...
- EGMON. (*Saliendo.*) ¡Arrea, el amor!... ¡Si nos descuidamos!
- ESDRÚ. Buenos días, señor Romualdo y la compañía.
- ROM. ¡Caramba! ¿De dónde surge usted?
- ESDRÚ. De la cámara frigorífica... (*Ha salido, detrás de Esdrújulo, Casimiro con un buen trozo de hielo, y hace mutis.*)
- ROM. ¿Ha venido alguien?
- ESDRÚ. Según me ha comunicado la dependencia, ha venido la encefalitis letárgica.
- EGMON. Ahí, ahí.
- ROM. ¿Quién ha dicho usted?
- ESDRÚ. La señora Lorenza.
- EGMON. Ahí, ahí. Y ha dicho que vuelve, porque se ha enterado de la llegada de acá. (*Por Juan Antonio.*)
- ROM. ¿Y quién se lo ha dicho?
- EGMON. }
CRIS. } ¡Yo, no!
- ESDRÚ. Lo habrá visto ella; ya sabe usted que duerme con un solo ojo, como los lepóridos.
- ROSI. (*Muy apurada.*) Diga usted, don Cándido, ¿le pasará algo a mi hermano?
- ESDRÚ. Nada, hija mía, nada. (*Juan Antonio no levanta los ojos del suelo; está triste y azorado.*) Y en concreto, ¿qué han decidido ustedes?
- ROM. Lo que acordamos: impedir por todos los medios que me cacen al chico.
- JUAN. Insisto, padre, en que debo cumplir con Cayetana.
- ROM. ¿Cumplir? Antes te vea entre cuatro velas y yo que lo vea. (*Muy cariñoso.*) ¿Pero cuándo te vas a convencer, so mendrugo, que lo que persigue esa familia es casar al zolochó de la hija?...
- JUAN. (*Quitándole la palabra de la boca.*) Padre, por la memoria de mi madre, le pido a usted que no injurie a Cayetana. Diga usted de mí lo que quiera; ella es una santa.
- ESDRÚ. ¡Sensiblerico!
- ROM. Este chico es idiota.
- JUAN. Acuérdesse de que usted también ha sido joven.
- ROM. Pero no tanto como tú.
- ESDRÚ. ¡Paradójico!
- JUAN. Y, sobre todo, que al corazón no se le manda.
- ROM. Al tuyo le mando yo, y si te emperas en casarte, lo impediré con la ley en la mano, porque eres menor de edad, saber y gobierno.
- ROSI. Padre, considere usted.
- ROM. Tú a callar. (*A Juanito.*) Y tú, no olvides que si te

empeñas en abandonar a tu verdadera familia para crearte otra contra la voluntad de tu padre, mañana mismo ingresas en caja, pero no como cuota, sino como el soldao desconocido.

ESDRÚ. Razonáble: ¡sí, señor, razonáble!

ROM. Y cuando cumplas, te casas, si es que antes no te ha matao la pena por haber abandonao a tu padre por una mujer.

ESDRÚ. Pero no olvide usted, señor Romualdo, que por una mujer se pierde en el mundo cuanto hay que perder.

ROM. Eso es en Cancionera o no sé qué opereta; pero aquí, en el Economato, no se pué perder ná por una mujer que por no haberse hecho respetar ha tenío un hijo ilegal.

ESDRÚ. ¡Ilegítimo!

JUAN. Pero siendo como es, carne de mi carne, es su nieto de usted. Ella ha sido mala porque yo la he engañao y yo he podío engañarla, porque me quería, porque me quiere, padre; porque ciega por mí.

ROM. ¿Porque te quiere, o porque quiere casarse con un señorito?

JUAN. ¿Y para qué va a querer a un señorito?

ROM. Para atrapar los cuatro cuartos que yo tengo, a fin de que la sargenta de la madre, que, como sabéis, la rezuman las boqueras por los talones, abandone la vida *anómala* que lleva, de verbena en verbena y de feria en feria. Tú tienes que casarte, por lo menos, con una señorita de tu clase, u séase del comercio de esta corte. Porque a mí... de nen, no hay quién. (*Esta frase la dirá dirigiéndose a Esdrújulo y llevándose el dedo índice al ojo derecho.*)

ESDRÚ. ¡Indubitáble!

JUAN. ¡De mi clase! Pero ¿cuándo se va usted a convencer, padre, de que ni soy ni puedo ser un señorito? A mí lo que me tira, lo que me corre por las venas es ayudarle a usted detrás del mostrador. Si cuando abría los libros no veía mas que latas de conservas por todos lados.

ROSI. Padre, yo creo que tiene razón mi hermano.

ROM. Tú te callas. Todo la que ha dicho éste se lo ha embutido en la mollera la lagartona de la señora Lorenza; gracias a que a perro viejo no hay tus, tus.

ROSI. Pues la señora Lorenza no quiere a mi hermano. Eso puedo jurárselo a usted, padre.

ROM. Tú, como esos monos de la suerte, ni ves, ni oyes, ni hablas. ¡Esa mujer tiene más conchas que cien *pelegrinos*! Además, compara la conducta de tu padre

- con la de...; bueno, con la de la madre de la santa.
- JUAN. Ella defiende la honra de su hija, padre. Nada más justo.
- ROM. (*A Esdrújulo.*) ¿Pero usted oye? (*A su hijo, con mucho retintín.*) La *Seria*... ¡Pero si tiene hasta mote!
- ROSI. También le tiene usted, padre.
- ROM. ¡Que yo tengo!... (*Amenazador.*)
- ROSI. (*Muy pizpireta.*) Sí, señor; le llaman a usted el *Tío Misérias*.
- ROM. (*Cómicamente enérgico.*) Como vuelvas a despegar los labios, te encierro en tu cuarto y no sales hasta que hayas criado musgo. (*A su hijo.*) La *Seria* quiere que te pudras en una mazmorra cargao de grillos; tu padre, en cambio, es capaz de pedir limosna con tal de hacerte feliz; compara conducta con conducta; compara, hijo, compara...
- ESDRÚ. La razón no tiene más que un camino: el paténico.
- ROM. Bueno, y como el tiempo es oro, como creo que dicen las francesas (*A don Esdrújulo.*); usted, que representa el talento, díganos qué hacemos, pero que a pasos agigantaos.
- ESDRÚ. Usted y yo, sobre la marcha, debemos tomar un taxímetro que nos lleve rápido a casa de ese letrado amigo mío, que vive en Doña Bárbara.
- ROM. Iremos los cuatro.
- ESDRÚ. No precisamos de los jóvenes.
- JUAN. Podemos quedarnos aquí.
- ROSI. Tiene razón don Esdrújulo.
- ESDRÚ. Drújulo, niña, Drújulo.
- ROM. ¿Solos? Ni a la ventana...
- JUAN. ¿Y qué nos va a pasar?
- ROM. A lo mejor se presenta la señá Lorenza o la vástaga, y puen convencerte, y... que no..., vamos, que no. Que yo he nació en la Cuesta de los Cojos, y sé donde pongo el pie. Porque a mí... de nen, no hay quién. (*El mismo juego de antes.*)
- ESDRÚ. Hay que doblegarse ante razones tan sólidas. (*A los chicos.*)
- ROM. Conque arriba, a acabarse de arreglar, que en seguida subo por vosotros.
- JUAN. (*Resistiéndose.*) ¿Y qué voy a hacer yo en casa del abogado?
- ROM. (*Amenazador.*) Arriba he dicho, y que no os vea yo al balcón.
- JUAN. Pero, padre... (*Romualdo va hacia él y se interpone Esdrújulo.*)
- ESDRÚ. (*A Juanito.*) Vamos arriba, Juanito, y que por algo

ha nacido papá en la cuesta de los de las piernas inútiles. (*Inician el mutis Rosa y Juanito.*)

JUAN. (*Aparte.*) Que yo hago una barbaridad, está escrito.
ROM. (*Con energía.*) Arriba, y sin replicar. (*Hacen mutis los dos hermanos: ella va delante. Juanito se vuelve y mira suplicante a su padre.*) Es por tu bien; ¿lo oyes?, por tu bien. (*Juanito hace un gesto de resignación y desaparece por la puerta interior.*)

ESCENA VIII

DICHOS y LORENZA, que entra como una tromba.

LOREN. Ya estoy aquí otra vez. (*Mira el sitio por donde ha hecho mutis el chico.*)

ROM. ¡Aguanta!

ESDRÚ. (*A Romualdo.*) Use usted, por Dios, de una prudencia máxima.

ROM. (*Haciendo un esfuerzo.*) ¡Caramba, señora Lorenza; usted por esta mi casa!

LOREN. Ya ve usted; como hace tiempo que no hablaba con ningún granuja...

ROM. Alto ahí, la que habla con granujas es usted.

LOREN. De acuerdo. Pues me dije, digo, voy a ver al señor Romualdo.

ESDRÚ. (*A Romualdo.*) Viene epigrámatica.

ROM. Pues usted dirá en qué puedo servirla.

LOREN. Como servirme, usted no me sirve pa ná. Fuera, aparte de esto, yo quisiera tener un rato de conversa con su hijo de usted.

ROM. Con mi hijo. (*Levantando el tono.*)

ESDRÚ. (*A Romualdo.*) Apacigüese.

LOREN. ¿Es que va usted a colocarme el disco de que está en el extranjero?

ESDRÚ. Por Dios, no sea usted súpita.

ROM. Lo que pasa es que me han dicho que el chico no debe hablar con nadie ahora.

LOREN. Eso es una cosa que le han aconsejado a usted, ¡claro!; como hay muchos tíos frescos... (*Mirando a Esdrújulo.*)

ESDRÚ. ¿Cómo que hay muchos tíos frescos?

LOREN. ¿Es que tiene usted la pretensión de ser solo? Bueno, y al grano. Tú, Egmón. Déspachame al señorito entero o en rajas... (*Va a hablar el señor Romualdo y Lorenza no le deja.*) No se cansen ustedes. Esta vez no me se escapa.

ROM. (*Temeroso.*) Señora Lorenza, comprendo su indigna-

ción de usted, porque es usted madre de su hija... Pero...

LOREN. Al grano. Los discursos han sido suprimidos por el Directorio. Yo vengo dispuesta a too, con tal de que dejemos arreglao el porvenir de mi nieto.

ROM. (*Con alegría.*) No sabe usted el peso que me han quitao de encima esas palabras. Así, razonablemente, nos entenderemos, porque yo, en este asunto, no me duelen prendas; ¿verdad, don Esdrújulo?

ESDRÚ. Categórico!

LOREN. O a ustedes se les ha pegao el habla del chino de los collares, o yo estoy como pa invernar en Ciempozuelos. ¿Qué quiere decir eso de que por ser razonable a usted no le duelen prendas?

ROM. Si no he entendido mal, usted me ha dicho que no sale de aquí sin dejar arreglao el (*Muy recalcado.*) porvenir de su nieto.

ESDRÚ. ¡Taquigráfico!

LOREN. Esas han sido mis últimas palabras.

ROM. Pues su boca de usted es la medida. Yo estoy dispuesto a darle a usted too el dinero que me pida.

LOREN. (*Exaltándose y mirando, como para fundirle, a Esdrújulo.*) ¿Y esto es lo taquigráfico? Sólo (*A Romualdo.*) un alma negra, como la de usted, pué pensar que una madre va a vender la honra de su hija. ¡Canalla! ¡Más que canalla!

ROM. (*Temeroso.*) ¿Entonces, quiere decirse que insiste usted en que se casen los chicos?

LOREN. El de usted le dió palabra de casamiento a la mía.

ROM. Pero como mi chico no es como el río, se pué volver atrás.

ESDRÚ. (*Aparte.*) Bella comparación hidráulica.

LOREN. No es por ahí.

ROM. A más, que hay que tener cuidao cuando se va uno a vivir a una casa que paece nueva y pué tener goteras.

ESDRÚ. Ahora se ha puesto arquitectónico.

LOREN. Repito que no es por ahí. Mi mayor desgracia sería emparentar con usted.

ESDRÚ. ¡Maquiavélico!

LOREN. (*Mirándoles con desprecio.*) Se ha presentao un elijan. O sacamos del incógnito a su nieto de usted dándole el apellido que le corresponde, o su hijo de usted se oxigena en la Moncloa.

ROM. Pero así, de pronto; deje usted que hable con él.

LOREN. Si no habrá usted hecho otra cosa que hablar de mi pleito.

- ROM. (*Variando de tono.*) Tiene usted razón. Ahora, yo le pido el día de hoy, para..., no se ofenda usted, para recibir unos informes, no se ofenda, de su hija de usted.
- LOREN. (*Como una fiera.*) ¿Informe de mi hija? (*Cambia de tono.*) Jamás ha pensado nada mejor; pero sepa usted que desde que Dios quiso que fuese madre, desde que a su hijo hizo cristiano, se ha pasado día y noche llorando y rezando para que Dios la perdone; para que su hijo no se avergüence al llegar a hombre de haber tenido por madre a una mala mujer.
- ROM. Todo eso es mucha verdad; pero si usted hubiera cuidado de la chica... ¿Quedamos?
- LOREN. En que que al camino que alegra mis penas se le ha perdido un apellido, y tengo que encontrarle antes de que anochezca.
- ESDRÚ. ¿Esas son sus últimas palabras?
- LOREN. Ese es mi último *atún*. Si a la noche no hemos zanjado este asunto satisfactoriamente, su heredero de usted saldrá para sus posesiones del Juzgado de guardia, y al padre de su heredero le deshago una quijada.
- ESDRÚ. ¡Mandíbula!
- LOREN. Eso lo será usted.
- ROM. (*Con energía fingida y tapándose con el cuerpo del señor Esdrújulo*) Yo, por buenas, soy un cordero; pero a malas no hay quien pueda conmigo. ¿Quiere usted la guerra? ¡Pues que haga guerra! Pero no olvide usted que si la madre de la madre de su nieto de usted hubiera cuidado de la hija de la abuela del nieto, no estarían a la greña la madre de la madre del hijo ni el padre del padre del nieto de usted.
- ESDRÚ. Logográfico.
- ROM. Que lo que le ha ocurrido a su chica acaece *ca* lunes y *ca* martes, y se arregla *ca* miércoles y *ca* jueves.
- LOREN. (*Además de dinero.*) ¿Hablando en plata, verdad?
- ESDRÚ. Lo crematístico es lo práctico; pero tenga usted en cuenta, mi señora Lorenza...
- LOREN. ¿Yo su señora de usted? ¡Qué asco!
- ESDRÚ. Decía que lo ocurrido puede resumirse en el *crécite* y *multiplicámene*.
- LOREN. Pues por el *crécite* ese que arreglaremos este asunto el juez de guardia, el médico de guardia y éste, que también está de guardia. (*Por un vergajo que lleva debajo del delantal. Medio mutis.*) ¡Ah! Y apúntese en eso que lleva usted *pa* ponerse la gorra, que de la madre de la madre del hijo, de su hijo y de mi hija, no se ha reído en jamás ni el Padre, ni el hijo

ni el Espíritu Santo. Amén. (*Mutis. Se quedan mirándose los personajes.*)

ROM. No sé cómo me he contenido.

ESDRÚ. Esa mujer es de pronóstico.

ROM. ¿Qué le parece a usted la martingalita que se trae ahora? Qué la boda, pa el gato y que no aspira más que al honrao apellido de Montánchez.

ESDRÚ. Es lógico.

ROM. Como si uno no supiera que los hijos *apócrifos* reconocíos por su padre tién los mismos derechos que los hijos de verdad. Y como aquí lo que pretenden es tirarle un taire al cajón de los cuartos.

ESDRÚ. Después de ver la heroica postura de la señora Lorenza, me temo una catástrofe.

ROM. No hay cuidado; si el abogao no ve un remedio, llamo a mi hijo y le doy a elegir entre estos dos dilemas: o repudia a la hija de la señora Lorenza, o le arreo un palizón que le deslomo. ¿Le parece a usted bien?

ESDRÚ. A mí, sí; al que no le parecerá lo mismo es a él.

ROM. Vámonos pa arriba.

ESDRÚ. Yo les espero aquí.

ROM. (*Al mutis.*) ¿Querrá usted creer que la he tomado miedo a la señora Lorenza.

ESDRÚ. Animo, hombre, ánimo; ¡no sea usted pusilánime!

EGMON. Menudo cerote abiyela mi principal.

ESDRÚ. ¿Cerote? Terror, pánico. Es una mujer terrible.

EGMON. Pues usted no parece que la tié mucho miedo, y acá pa usted, pa mí y pa éste, me parece que está usted jugando con dos barajas.

ESDRÚ. Fantasmagórico.

EGMON. Y que se va usted arrimando al sol que más calienta.

ESDRÚ. Por el lado del calórico, vas bien.

ESCENA IX

DICHOS: ROSARIO. A poco un SACERDOTE

ROSAR. (*Entra, llevando un perro pequeñito en brazos.*) Que yo pago aquí la cédula, es viejo. Dar-me un sífon. (*Besa al perro.*)

EGMON. (*Disponiéndose a bajar a la cueva.*) Rosario, pon derecho ese cartel. (*Mutis, a la cueva.*)

ROSAR. (*Hablándole consigo misma.*) Que lo ponga derecho tu prima.

CRIS. (*A Esdrújulo, rápido, después de poner un sífon sobre el mostrador para que lo coja Rosario.*) Llévela usted al Observatorio.

- ESDRÚ. Hoy por ti y luegoito por mí. (*Cristino hace mutis rápido a la cueva.*) Diga, preciosidad, ¿ese chuchito es grifón o lulú? (*Empujándole hacia la reja.*)
- ROSAR. Es bonito, ¿verdad, rico mío? (*Besando al perro.*)
- ESDRÚ. ¡Qué suerte; quién fuera él! (*En este momento entra un sacerdote; se pone sobre la reja de la cueva y lee un cartelito colocado en sitio conveniente.*)
- ROSAR. Pues voy a que le corten las orejas; conqué ¿si usted gusta? (*En este momento, los dos personajes ven al cura y comprenden la situación. Cambian una mirada de inteligencia.*) Entreténgalo un poco.
- EGMON. ¿Qué desea usted, padre?
- CURA. Las señas de esta habitación que anuncian aquí.
- ROSAR. En el 30 de esta calle.
- EGMON. (*Desde la cueva.*) Mi madre, qué columnas; ¡son salomónicas! (*El cura mira a la cueva al oír la voz, y Rosario se acerca a la cueva y simula echar agua con el sifón. El cura se va haciendo gestos de protesta.*)
- ROSA. (*Al mutis.*) Al gato goloso se le quema el hocico.
- ESDRÚ. Vaya usted con Dios, ¡so indostánica! (*Salen Egmon y Casimiro, advirtiéndose los efectos del sifón.*) La chica ha cambiado el refrán. El que corresponde es: el gato escaldado...
- EGMON. Pero ¿a qué ha venido esta ducha?
- ESDRÚ. Pues verás; ha sido... ¡chits!, que sale el amo. (*La escena del cura se llevará movidita.*) ¡Por Dios!

ESCENA X

DICHOS, y ROMUALDO, JUANITO y ROSITA. Bien vestidos. El con sombrero.

- ROM. Bueno; ya estamos arreando toos pa casa del abogao, y después, pa no aparecer por aquí, comeremo de fonda. (*Los chicos están muy tristes.*)
- ESDRÚ. (*A Juanito y Rosita.*) ¡Eh, jóvenes, que no vamos una fiesta fúnebre, sino a un rico ágape!
- JUAN. Yo no tengo ni pizca de gana.
- ROSI. Pues yo no pienso probar bocao.
- ESDRÚ. ¡Inapeténticos!
- ROM. Tomaremos un auto.

ESCENA XI

DICHOS, LORENZA y sus hijos, CAYETANA, LORENZO y MANOLIN y un POLICIA.

- LOREN. ¡Judicial! (*Espontáneamente van los novios a abra-*

zarse, cosa que impiden Lorenza deteniendo a su hija, y Romualdo deteniendo a su hijo.)

ESDRÚ. Tute monárquico.

CAYE. ¡Juan Antonio!

JUAN. ¡Cayetana!

LOREN. (*Dirigiéndose al policía con el Boletín Oficial en una mano.*) Ahí le tié usted; ése es el reclamao por el juez. (*A Romualdo.*) He venido con toda la familia pa que presencien el festejo.

ROM. (*A Lorenza.*) ¿Qué pretende usté?

LOREN. Que amarren codo con codo a su hijo. (*Al policía.*) Y al padre, ¿no le puede usté amarrar también? ¡Es más granuja que el hijo! (*Rosita y Cayetana lloran amargamente.*)

POLI. ¿Se llama usted don Juan Antonio Montánchez y Garriguez?

ROM. (*Rápidamente.*) ¡No, señor!

LOREN. Señor de Polilla, le juro a usted que es él. Aquí lo pone. (*Golpea el Boletín Oficial.*) Juan Antonio Montánchez Garriguez, declarao en rebeldía. (*La chica llora y Lorenza la mira como para estrellarla.*) ¡Esos llores, antes! (*El policía mira a Juanito, y éste, en un arranque, dice emocionado.*)

JUAN. No llores, Cayetana, no llores. (*Al policía.*) Yo soy, sí, señor; yo soy el que usted busca. Lléveme usted a la cárcel.

ROM. Andando, no. (*A Cristino.*) Avisa un taxi. (*Cristino va a salir corriendo y le para Lorenza.*)

LOREN. ¿En un auto? ¡Quíal! Que traigan una camioneta pa ir toos juntos. A mí no me se escapa. (*En primer término están Romualdo, Lorenza, Juanito y Esdrújulo; Egmon y Cristino, un poco asustados, en segundo término, procuran consolar a Rosita, que llora amargamente. En segundo término también, y llorando, Cayetana, a la que rodean sus hermanos. Fóngase bien este cuadro.*) ¿Has visto cómo tenía razón tu padre? Por esa mujer vas a la cárcel.

CAYE. Madre, yo me voy con él. (*Hace ademán de ir junto a Juanito, y lo impiden Lorenza y el señor Romualdo.*)

LOREN. El a pagar su delito, y tú al convento de las Arrepentidas.

CAYE. (*Llorando amargamente.*) Pero si yo no me arrepiento, ¡madre!

ESDRÚ. ¡Apoteósico!

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La sala de espera de testigos del Juzgado de guardia. Se trata de un telón corto, blanco, en la primera caja. La decoración cierra con un trasto por el lado izquierdo. La puerta está al lado derecho, y en el telón corto, junto a ésta, hay una pintada. Dos bancos largos dando frente al público, y, a la izquierda, una mesita y una silla. Sobre la mesa, un servicio de café.

Al levantarse el telón se hallan en escena la señora LORENZA y su hijo LORENZO, en uno de los bancos, adormilados. MANOLIN, junto a su hermano, tiene un *Blanco y Negro*, y se esfuerza en sacar los pasatiempos. En el otro banco, CAYETANA, triste y pensativa, no levanta los ojos del suelo; en el mismo banco, EGMON compone versos. REGULEZ (alguacil que viste de paisano con gorra de galón plateado) pasa, y, de cuando en vez, mira lo que hace Manolín.

ESCENA PRIMERA

Hay una pequeña pausa, en la que se oye roncar a la señora Lorenza y a su hijo Lorenzo; cada uno ronca en distinto tono.

REG. *(Como si hablara consigo mismo.)* ¡Vaya dos solistas pa la Banda Municipall! ¡Pobres! Entraron aquí a las nueve de la noche, y está amaneciendo *(Pusea y siguen los ronquidos.)* Tú, peque, ¿te vas a aprender el *Blanco y Negro*?

MANO. No, señor. Es que no me sale. Fíjese usted. Una, dos y tres, ¡animal! Cuatro, seis y siete, ¡animal! De izquierda a derecha, ¡animal! De derecha a izquierda, ¡animal! Horizontal y verticalmente, ¡animal!

REG. Y el todo, la Casa de fieras del Retiro. ¿Hay aquí vista?

MANO. No, señor. Esto no es una charada: es el pasatiempo de moda, o sea las palabras cruzadas. No se vaya usted a creer que está al alcance de todas las cabezas.

REG. De acuerdo, porque tú llevas más de diez horas entre animales, y aun no sabes a qué burro quedarte.

EGMON. *(Con un papel en la siniestra y un lápiz en la diestra; lee con entonación cómica.)*

Soy el zar de las bananas;
soy el káiser del mamey;
soy el César de la piña
y de la guayaba el rey.
Mis frutas de las Américas,

que ofrezco frescas y varias,
las recibo los domingos
de mis huertos de Canarias.

(*Entusiasmado.*) Al leer esta poesía me creo que estoy en Santiago de Cuba. Pues ¿y el anuncio del café? Este verso me inmortaliza (*Lee.*)

La que quiera burlarse del gran Morfeo,
que pruebe mis cafeses: ¡marca Maceo!

(*La señora Lorenza da un ronquido capaz de parar un autobús; todos se miran cómicamente, y Regúlez la despierta chungón*)

REG. ¡Eh! doña Jeroma, que se le ve a usted el alta voz. (*Lorenza se despierta, y, al darse cuenta de que roncaba, sacude a su hijo cómicamente.*)

LOREN. Chico, Lorenzo, no ronques, que te buscas la perpetua.

LORE. (*Despabilándose.*) Madre, ¿qué hora será?

LOREN. No te apures, que tú sales de aquí con la absoluta. (*Pequeña pausa. A Regúlez.*) Oiga, señor usía, ¿cómo tarda tanto el señor juez?

REG. Está levantando tres besugos y despachando unas lamparillas.

LOREN. Si no me sirve usted un *intrépète*, pues que me quede a media miel.

REG. Besugos son las muertes repentinas, y lamparillas las lesiones sin importancia. Vamos, como si se rompe usted una pierna, pongo por caso.

LOREN. ¿Y por qué no pone usted por caso a su tía la de Alcalá?

REG. Ya dije que era un poner.

CAYE. (*Misteriosamente, a Regúlez.*) Diga usted, señor: ¿está en un calabozo el joven que ha venido con nosotros?

REG. ¿El rator?

LOREN. (*Levantándose.*) No le dirija usted «el uso de la palabra», que no se lo merece...; ¡mala hija!

REG. Me preguntaba aquí la joven si su novio está en un calabozo.

LOREN. No, que va a estar en el *Cabarete del Amor* viendo a la Chelito en pijama. A estas horas ya se le habrán comido las ratas, que me creo que las hay como motocicletas de grandes.

REG. Está usted pero que la mar de equivocada. Eso era antiguamente. En el otro Juzgado había alimañas de todos los países. Por cierto que me acuerdo de una vez, ya va pa cuarenta y cinco años, que don Pepe

Varela cogió un ratón de encima de su mesa creyendo que era su sombrero hongo.

CAYE. Oiga, ¿son muy húmedos los calabozos?

REG. ¿Húmedos? Aquí se está mejor que en el Rif. Hay calefa, bancos de palo santo, pa que descansen los criminales, y conciertos por las ondas *tercianas*.

EGMON. Pues está esto como pa invemar aquí.

REG. Y qué lo diga usted. Como que los detenidos tienen hasta auto pa ir a la cárcel.

LOREN. (*En tono confidencial, pero oyéndolo Egmón.*) Diga, señor; en confianza. ¿Como cuántos días calcula usted que tardarán en despacharnos?

REG. (*Riendo.*) ¿Se quíe usted callar?... (*Mira el reloj.*) No tardan ya ni cinco horas en llamarlos a declarar.

EGMON. (*Aterrado, se pone de pie.*) ¡Aguanta! Pues me voy a avisar a mi madre, que estará con cuidao

LOREN. ¿Sigues viviendo en la Dehesa de la Villa?

EGMON. Sí, señora.

LOREN. Pues, de paso, hazme el favor de llegarte al Puente de Vallecas, y dile a mi cuñao lo que pasa. Cuando vuelvas te daré veintito pa el tranvía.

EGMON. (*Disponiéndose a marchar.*) Pues hasta pasaomañana.

REG. (*Viendo a Egmón, que se dispone a marchar.*) Eh joven, ¿adónde va?

EGMON. A correr las estaciones.

REG. No se mueva de aquí, que el juzgao debe estar al caer.

EGMON. Sí, sí. (*Sentándose.*) Me haré unos versos pa anunciar la mojama.

ESCENA II

DIOS, ROMUALDO y ESDRÚJULO: a poco, un CAMARERO.
Entran ambos por la derecha.

REG. (*A ellos.*) ¿Qué, se han cansado de tomar el fresco en la puerta?

ESDRÚ. ¿El fresco? Menudo calórico. Es que hemos visto venir un auto que nos pareció el del Juzgado.

VOZ. (*Dentro*) ¡El señor juez! (*Mutis Regúlez. En este momento entra un camarero a recoger el servicio de encima de la mesa.*)

LOREN. (*Sin darse cuenta se dirige a él.*) Señor juez, yo tengo que decirle... (*El camarero la mira y se ríe.*)

LORE. (*Separando a su madre.*) Madre, que es un camarero.

ESDRÚ. Fué cómico el equívoco.

ROM. Tú, Egmón. (*Se acerca el aludido.*) Ahora te llamarán a declarar.

EGMON. Sí, señor.
 ROM. Tú dices lo que te dite tu conciencia.
 EGMON. Sí, señor.
 ROM. Pero como digas que mi chico fué el que rató a la Cayetana, te has quedao sin Economato.
 EGMON. (*Muy apurado.*) Entonces ¿qué tengo de declarar?
 ROM. Ya te lo he dicho: lo que te dite tu conciencia.
 ESDRÚ. (*Aparte.*) Este tío es un cínico.
 EGMON. Pues mi conciencia me dita..., me dita...
 ESDRÚ. Medita bien lo que vas a decir, si no quieres ver el cocido en las regiones etéreas.

ESCENA III

DICHOS y REGÚLEZ.

REG. Honorato Mingorría.
 HONO. Servidor.
 REG. Que pase (*Honorato hacs mutis, persignándose.*) don Romualdo Montánchez.
 ROM. Presente.
 REG. Entre. (*A Romualdo.*) ¿Trae usted el recibo de la contribución?
 ROM. Sí, señor.
 ESDRÚ. Y un cuarto de kilo corrido de pápiros por si hace falta ~~fiat~~ metálica.
 ROM. (*Enseñando a Regúlez un puñado de billetes de manera que lo vean Lorenza y su hijo, que se han levantado y se han ido al otro extremo de la escena.*) ¿Usted cree que habrá bastante?
 REG. Ahí dentro se lo dirán. (*Mutis de los tres. Regúlez sale en seguida y toma asiento en la silla que hay junto a la mesita.*)
 LORE. (*A su madre.*) Madre, ¿ha visto usted el manco de billetes que ha sacao el señor Romualdo?
 LOREN. Vendrá de dar el timo de las misas. (*Pequeña pausa.*) Estoy más nerviosa que un mechero de gas con aire.
 LORE. Tenga usted paciencia, madre, que too se arreglará...
 LOREN. No sé qué te diga, Antón. (*Dando muestras de impaciencia. A Regúlez.*) Usted disimule; una pregunta.
 LOREN. Disimulao.
 REG. Al fin y al cabo, una es madre, y... ¿usted ha sido madre?
 REG. Ni Dios lo quiera.
 LOREN. Quiero decir que si no ha tenido usted hijos.
 REG. Dos tengo; el uno me ha salio futbolero, y el otro (*Haciendo un esfuerzo.*) puguilista me creo que les dicen.
 LOREN. ¿Y eso qué es?

- REG. Una desgracia, calle usted.
- LOREN. ¿Pero hembras no ha tenido usted?
- REG. No, señora; el matrimonio no me ha dao tiempo pa más; porque a los dos años de casao la diñó mi difunta, que en gloria esté.
- LOREN. Que sea por muchos años. Pues si hubiera usted tenío una hija, se daría cuenta de lo que yo estoy pasando ahora por culpa de un canalla... (*Se exalta.*)
- LORE. ¡Madre, por Dios!
- MANO. ¿Qué le pasa a usted, madre?
- LOREN. Así reventáramos toos.
- MANO. Yo, ¿por qué? (*Cayetana está que la pueden ahogar con un cabello, pero no se atreve a decir esta boca es mía.*)
- REG. Yo, con perdón sea dicho, lo que hacía era perdonar, porque, a la fin y a la postre, no pasa ná.
- LOREN. ¿Perdonar? ¡A la cárcel!
- REG. Mire usted que la juventud es muy impulsiva, y a lo mejor aquí la joven hace un disparate.
- LOREN. Ya me ha dicho que se va a envenenar.
- REG. Ahí le duele. Ahora que nunca hacen lo que dicen.
- LOREN. (*Muy convencida.*) Naturalmente.
- REG. Ya va pa un mes que una *ratada* que estuvo aquí dijo que se tomaba un veneno, y en vez de ingerir un *tósigo*...
- LOREN. Se tomó un quince de zarza.
- REG. No, señora; se tiró desde el piso catorce de un Titánico de los Cuatro Caminos.
- LOREN. (*Estremeciéndose.*) ¡Calle usted, por Dios!
- REG. En cambio, otra, ya va pa un año que salió de aquí diciendo que iba al *Viaduto*...
- LOREN. Y ¿qué la pasó?
- REG. Que mató a su madre a pellizcos.
- LOREN. (*Aparte.*) Este tío parece la «Sección de Sucesos» de *La Voz*.
- REG. Pues y otra, ya va pa quince días...
- LOREN. (*Cortándole la palabra.*) Ya lo sé; dijo que se iba a cortar la yngular, y se comió un alguacil a la parri-lla. Lo he leído en los papeles. (*Se sienta.*)
- REG. (*Aparte.*) Cualquiera le gasta una chufia a doña Cundi. (*Mutis.*)
- LOREN. De aquí salimos con el pelo blanco. Me *arrecoclaré* un poco pa dar unas cabezadas. (*Se echa sobre el hombro de Lorenzo.*)
- MANO. (*A Cayetana.*) Oye, Cayetana, ¿tú sabes hasta cuándo vamos a estar aquí?
- CAYE. (*Malhumorada.*) Yo qué sé, chico; déjame en paz.
- MANO. Encima de qué es ella la culpable, gruñe.

ESCENA IV

DICHOS y REGULEZ

- REG. ¡Eh, señora, que aquí no se pué dormir!
- LOREN. Y que lo diga usted: yo no he visto bancos más incómodos.
- REG. Que pase usted a declarar.
- LOREN. Por su salud, que es verdá que me ha tocao, la vez. (*Se levanta muy de prisa, y va a meterse por la puerta pintada.*)
- REG. Por ahí, no; que esa puerta está condená.
- LOREN. (*Al mutis*) Aquí condenan hasta las puertas.
- REG. (*Detrás de ella*) Yo no me pierdo la película. (*Pausa.*)
- LORE. Buena la has hecho, hermana.
- CAYE. ¿Pero es que me vas a recriminar ahora?
- LORE. Te recrimino por haber puesto tu cariño en un hombre que ya ves el pago que te da.
- CAYE. ¿Y qué va a hacer el pobre?
- LORE. Yo, en su lugar, me había saltao a la torera a mi padre y te había llevao..., qué sé yo..., a la fin del mundo.
- CAYE. ¿Y si no tenías dinero?
- LORE. Me llevo el Economato, o arranco piedras con los dientes; cuando se quiere a una mujer de veras, no hay más que arrear pa adelante.
- CAYE. Pa dicho no está mal.
- LORE. Y pa hecho. Si a mí me mandan, no a Portugal, como a él, más lejos, a Palma de Mallorca a pie, me vengo a buscarte; lo que pasa es que ése no tié de aquí. (*Por el corazón.*)
- CAYE. Qué bien se ven los toros desde la barrera...
- LORE. Sí, sí; ya verás el final. ¿A que no tié un arranque de hombre de cutis y de vergüenza? ¡A que no! ¿Qué te apuestas? A que no...
- CAYE. Bueno, déjame en paz, que no está la sonanta pa fandanguillos.
- LORE. ¡Ay si él fuera yo y yo fuera él! La noche de hoy iba a ser más soná que una peseta dudosa. (*En este momento se oye dentro una bronca, sobresaliendo la voz de la señá Lorenza.*)

ESCENA V

DICHOS y REGÚLEZ, y en seguida EGMÓN, ESDRÚJULO y LORENZA.

- REG. (*Que entra espantado.*) ¡Qué mujer; es un ciclón con faldas! (*Los tres hermanos rodean a Regúlez.*)

CAYE. ¿Qué le ha pasao a mi madre?
 LORE. ¿Qué ha ocurrido?
 MANO. ¿Ha pegao mi madre al juez?
 LOREN. *(Sale luchando con Egmón y Esdrújulo, que pugnan por sujetarla. Como si hablara con el señor Romualdo, que se ha quedado dentro.)* ¿Conque bajo fianza? ¡Tío ahorcao!

CAYE. {
 LORE. { *(Rodeándola.)* ¡Madre!
 MANO. }

LOREN. Bajo siete estaos de tierra tién que meter a ese granuja, porque donde lo vea lo lisio.

LORE. ¿Qué ha pasao, madre?

LOREN. Ha pasao que al enterarme que le ponían en libertad bajo fianza a tu sedutor, puse yo el grito en el cielo.

ESDRÚ. Y el señor Romualdo, para apaciguarla, la ofreció dinero.

LORE. ¿Y usted qué hizo, madre?

LOREN. Arrearle un tinterazo encima de las narices, que tié los ojos más negros que los de una tanguista de *Masim*. Lo que siento es que se ha consumido la infamia.

ESDRÚ. Consumado, diría yo.

LOREN. Usté sí, porque no tiene una hija.

ESDRÚ. Y aunque la tuviera.

LORE. Vámonos ya, madre.

LOREN. *(Al alguacil.)* Oiga, señor de aguacil. ¿Tiene otra salida el despacho ése, ande hemos estao?

REG. El señor a quien ha puesto usté un ojo a la moda, tié que pasar por ahí delante. *(Señalando la puerta.)*

LOREN. Sentaros, hijos míos, que aquí pagamos el inquili-nato. *(Va a sentarse y se supone que ve llegar al señor Romualdo.)* ¡Ahí viene! *(Van a sujetarla.)* No me sujetéis, que perniquiebro a uno. *(Siguen sujetándola.)*

ESCENA VI

DICHOS y el SEÑOR ROMUALDO, tapándose con el pañuelo un ojo.

ROM. *(Desde la puerta.)* Señor aguacil, eché usté el lazo a esa mujer, que está *hidrofobia*. *(Mutis.)*

LOREN. *(Pugnando por ir tras él.)* Conque *hidrofobia*, ¿eh? ¡So tío ladrón! *(Empieza a repartir golpes y tratan en vano de sujetarla.)*

ESDRÚ. Que pierde usted la razón. *(Se aprovecha un poco de la situación para abrazar a Lorenza.)*

ESDRÚ. Y usted la vergüenza. *(Dándole un empujón.)*

MANO. }
 CAYE. } ¡Madre, por Dios!
 LORE. }
 LOREN. (*Que logra desasirse.*) Me lo como a ese tío. (*Salen todos tras ella.*)
 REG. ¡Cuerpo de guardia! Ahí va la fiera. (*Telón.*)

CUADRO SEGUNDO

La escena representa el interior de una fotografía humorista. Por si alguien lo ignora, le diremos que se trata de una barraca de feria, en la que se hacen fotografías grotescas. Hay unos bastidores fácilmente manejables, tras los que se ocultan los que se retratan sacando por cima la cabeza, que coincide con la figura pintada en el bastidor. En la *foto*, propiedad de Lorenza, la *Seria*, hay los siguientes trastos que juegan: dando frente al público, uno figurando un aeroplano, en el que se lee «Plus-Ultra.» Tras él han de retratarse seis personas; otro uno que representa un forzado luchador; otro, un torero, toreando; otro, dos novios, ella de blanco y él de frac, y, por último, uno que representa una mujer embarazada, con una barriga enorme. Puerta al foro derecha, que comunica con la calle; puerta pintada en el foro izquierda, sobre la que se lee: «Salida para casos urgentes». Puerta pintada en primero o segundo término derecha, sobre la que se lee: «Paso al tocador»; enfrente, por la practicable, sobre la que se lee: «Paso al retocador»: sobre el foro, a todo lo largo, un letrero que dice: «Aviador, torero, pugilista.» A la derecha, una mesita, sobre la que hay un cestillo con dinero. Colgando de la mesita, un cartel, que llega hasta el suelo, en el que se ve pintada una moneda enorme, y debajo: «Aquí hay que retratarse». En sitio conveniente dos o tres sillas, tres o cuatro cajones y una tabla. Una gran máquina fotográfica que se lleve de un lado a otro con ruedas. Focos que se enciendan y apaguen a voluntad. El trasto de la embarazada estará fijo, en sitio cercano a la puerta de la izquierda.

Al levantarse el telón están en escena la Señora LORENZA, su hijo LORENZO, CAYETANA, EGMON, ROSARIO y el FUTBOLISTA. El futbolista se oculta tras el trasto que representa un luchador, pero asomando la cabeza, porque le está enfocando la señá Lorenza. Cayetana, sentada junto a la mesita. Lorenzo, al lado de su madre, y Egmón y Rosario, cerca de Cayetana. La señá Lorenza lleva un guardapolvo de dril; Rosario va muy bien vestida, sin olvidar que es una cocinera, y Egmón, un traje de última moda con pantalones de los llamados de patas de elefante, corbata de colores chillones y sombrero de paja.

ESCENA VII

LORENZA, LORENZO, CAYETANA, EGMON, ROSARIO y el FUTBOLISTA.

EGMON. ¿Qué hacemos?

LOREN. Esperaos un momento. (*Al futbolista.*) Usted, quie-

to. Mire aquí. (*Destapa el objetivo.*) Ya está. Debe usted haber salido súper. (*Saca el chasis, y se lo da a Lorenzo que entra por la puerta de la derecha.*)

FUTB. (*Sale de detrás del trasto, viéndose entonces que es un desgraciado, con una cojera exagerada, chepudo y manco.*) ¿De modo que habré salido esbelto?

LOREN. Se tié que dar un aire a Monjardín. Qué digo un aire, un ciclón.

FUTB. ¿Cuándo vengo por mi vera efigie?

LOREN. Por la vera ésa, cuando ande usted derecho por la foto. Ahora mismo.

FUTB. Si le parece a usted, vuelvo luego.

LOREN. Pero, hombre de Dios, si es cuestión de un minuto. (*Desde la puerta por donde hizo mutis Lorenzo.*) ¿Te falta mucho? (*Pequeña pausa.*) Bien, bien. (*Al futbolista.*) Que ahora mismo sale a pegarle a usted.

FUTB. (*Un poco alarmado.*) ¿A mí? ¿Por qué?

LOREN. A pegarle en la cartulina, no se alarme.

FUTB. ¡Ah! Ya.

ESCENA VIII

Dichos y LORENZO

LORE. (*Con un retrato en la mano.*) ¡Vaya foto! Rapidez, economía y parecido.

FUTB. A ver, a ver.

LORE. Un momento. (*Se acerca a la mesa y pega el retrato en una cartulina.*)

FUTB. ¿Qué debo?

LOREN. Ochenta céntimos.

FUTB. Me parece un poco caro. (*Deja el dinero en la mesa donde está Cayetana, y ésta lo guarda en el cestillo.*)

LOREN. Eso es una porquería pa usted.

FUTB. ¿Y por qué ha de ser esa porquería pa mí?

LORE. Ahí tiene usted. (*Le da el retrato*)

FUTB. (*Mirando el retrato.*) Me parece, joven, que se ha equivocado usted. Este no soy yo.

LOREN. (*Mirando la foto.*) ¿Pues no dice que no es él? (*A Cayetana y sin acercarse a ella.*) A ver, tú, chica, ¿quién es este caballero?

CAYR. (*Sin mirar.*) El señor...

LOREN. (*A Egmon y Rosario, también sin acercarse.*) Vosotros. ¿De quién es esta fotografía?

ROSA. (*Sin mirar.*) ¡Quién ha de ser!

EGMON. Eso ni se pregunta.

LOREN. ¿Lo está usted viendo? Es usted *clarao*.

- FUTB. Y tan clavao, porque ochenta céntimos por esta birra. (*Haciendo mutis.*) Cualquier día vuelvo yo por aquí. Bien decía que no me iba a conocer ni mi padre.
- LOREN. ¡Nos ha arreglao el galápago éste!; ¿qué parecido querria por ocho gordas, too comprendido?
- EGMON. ¿Y lo nuestro?
- LORE. Hay que sacar seis pruebas, y se está acabando el revelador. Volved luego.
- EGMON. ¿Qué se debe?
- LOREN. Como sus habéis hecho un grupo *intencionao*, tres veinte.
- EGMON. Paga, Rosario.
- ROSA. ¿También aquí?
- EGMON. Anda, tonta, que bien te cobras en el corrido del peso. Apoquina, apoquina.
- ROSA. (*Da un duro a Lorenza.*) Cobre.
- LOREN. (*Cobra en la mesita, dando la vuelta del dinero del cestillo.*) Ahí va: una ochenta. (*Egmon se guarda la vuelta.*)
- ROSA. Igual que en el café.
- EGMON. Es para llevar suelto, ¿comprendes?
- ROSA. Lo que comprendo es que me has *apandao* ya cerca de un duro.
- EGMON. ¿Y con quién me lo voy a gastar?, ¡so interesada!, si yo para mí no lo quiero. Hasta luego.
- LOREN. Diversionarse.
- ROSA. (*Al mutis, del brazo de Egmon.*) ¡Pues no es caro ni na llevar un hombre de postín a la vera!
- LORE. Voy a llegarme por el revelador.
- LOREN. Vuelve en seguida, que no tardará en llegar el pequeño con el coci. (*Mutis de Lorenzo.*)
- CAYE. (*Echando tras él.*) Voy a acompañarle.
- LOREN. (*Impidiéndolo.*) Quieta. Tú quieres ver al granuja ése, y de mí no te separas hasta que llueva guisao.
- CAYE. (*Temerosa.*) ¡Madre!
- LOREN. Ni soy yo tu madre ni yo tengo que ver ná contigo. ¿Te has olvidao de que no eres una mujer cabal? ¿Te has olvidao del borrón que nos has echao encima? Pues si no lo has olvidao, no sé cómo te atreves a levantar la vista del suelo.
- CAYE. No me he olvidao de ná, madre, ni me he olvidao tampoco de lo que he sufrido, de lo que he llorao, de lo que estoy padeciendo.
- LOREN. Si de soltera me ocurre a mí lo que a ti te ha ocurrido, el cachito más pequeño que me hace mi madre es así. ¡Qué verdad es que los tiempos cambian!
- CAYE. Es el padre de mi hijo.

- LOREN. ¿Quieres un recibo?... Pues no me lo has dicho más que noventa veces. Por desgracia, me lo recuerda mi nieto cada vez que le veo; pero, a pesar de que sea el padre de tu hijo, tú tienes que comprender que si sigues hablando (*Muy recalcado.*) con el padre de tu hijo, dejarás de ser una muchacha que ha tenido un tropezón del que se ha arrepentido, pa ser..., bueno, supongo que comprenderás lo que no quiero decirte.
- CAYE. Demasiado que la comprendo a usted, pero no puedo vivir sin ver a ese hombre; es dueño de mi voluntad, de mi pensamiento; igual manda en mí cuando le veo que cuando pienso en él. (*Toda la escena la hará Cayetana con la vista al suelo, llorosa y suspirando.*)
- LOREN. Pues, hija, ni que te hubiera faquirizao. Quien tiene que mandar en ti es tu madre, y cuando ella te dice que no se merece ese hombre que le quieras, es porque le sale la razón por el remate del rodete.
- CAYE. Y ¿por qué no se merece que le quiera?
- LOREN. Porque él no te quiere; porque si te hubiera tenido una chispa de cariño, no habría salido de naja pa Portugal..., porque si no fuera porque está atao por la milicia, se largaba otra vez.
- CAYE. (*Sin poder contenerse.*) Y yo con él (*En la cara demuestra que se arrepiente de lo que ha dicho.*)
- LOREN. (*Como no dando crédito a lo que ha oído.*) Que ¡tú!... ¡tú!...; pero ¿yo he oído bien?... ¿Es que quieres que me muera de vergüenza?... ¡Contesta, mala hija, contesta!...
- CAYE. Lo que yo he querido decir...
- LOREN. Calla, calla. Irte con el hijo del Tío Misérias como una pelandrusca cualquiera... No quiero ni pensarlo... Antes que eso, prefiero verte muerta, y que se muera tu hijo, y que nos muramos toos.. ¡Dita siál! ¡Si la hubieras entregao cuando tuviste el garrotillo! (*Llora.*)
- CAYE. Madre, perdóneme usted...
- LOREN. Vuste d'ahi, que yo no soy su madre..., mala hija. Querer marcharse, abandonarnos, dejarnos solos. ¿Y era a ti a lo que más quería tu padre? ¿Qué bien hizo Dios llevándoselo, porque si levantara la cabeza, su final sería un presidio! ¿Que yo te perdonel? ¡Pídele perdón a él, que nos estará mirando desde el cielo, mala hija. . mala hija. (*Mutis, al laboratorio?*)

ESCENA IX
CAYETANA y ESDRÚJULO

- ESDRÚ. (*Entra y ve llorar a Cayetana.*) ¡Cáspita, Cayetana llorando! Buenas y lacrimógenas.
- CAYE. ¿Es usted, don Cándido?
- ESDRÚ. ¿Qué te ocurre?
- CAYE. ¡Que soy muy desgraciada!
- ESDRÚ. ¡Bah! Cosas de *Cúpido*. Todo se arreglará. ¿Y tu madre?
- CAYE. Ahí dentro.
- ESDRÚ. ¿Cómo está desde anoche?
- CAYE. Calcule usted, con su genio.
- ESDRÚ. Créolo. Pero me da esta víscera (*Por el corazón*), que aún puede haber arreglo.
- CAYE. Imposible. Yo tengo un reconcomio que me va a llevar al Este.
- ESDRÚ. Al otro, mujer, al otro.
- CAYE. ¿A qué otro?
- ESDRÚ. A quién ha de ser. Al que te adora hasta exhalar su último hálito.
- CAYE. ¿Le ha visto usted?
- ESDRÚ. Vile y habléle.
- CAYE. (*Con gran interés.*) ¿Y qué, y qué? ¿Le ha dicho algo de mí? ¿Ha preguntao por su hijo? ¿Está dispuesto a hacer una barbaridad?
- ESDRÚ. Posible es que haga el bárbaro. Yo vengo, a proponerte, en su nombre, la solución heroica.
- CAYE. Aceptada. Dígame en qué consiste.
- ESDRÚ. Pues verás; después de madurarlo bien, y de contar conmigo como si fuera su *alter ego*...
- CAYE. ¿Su qué?
- ESDRÚ. Su secretario auxiliar.
- CAYE. Ya; siga usted.
- ESDRÚ. Hemos acordao... ¡Cáscaras, la señora Lorenza!

ESCENA X
DICHOS, y LORENZA

- LOREN. (*Sale cortando la frase a don Esdrujulo.*) (*Enérgica.*) ¡Quisiera yo saber por qué tiene usted tan requetepoquísima vergüenza!
- ESDRÚ. No se ponga usted colérica, y escuche mi léxico enciclopédico.
- LOREN. De sobra sabe usted que yo no me río con ná; así es que abandone las cuchufletas y lárguese, porque ahora no quiero disgustarme.

- ESDRÚ. ¿Lo deja usted para luego?
- LOREN. ¿No ha oído usted que se vaya, o cree usted que se me ha olvidado que esta madrugá, y gracias a los buenos oficios de usted, han puesto en libertad, bajo fianza, al granuja ése que usted protege?
- ESDRÚ. Creencia errónea. Libertáronle porque así lo creyó oportuno la autoridad jurídica.
- LOREN. Bueno; pues pa usted la perra gorda. Si no tiene otra cosa que decir... (*A Cayetana.*) Tú, entra a preparar unas placas.
- CAYE. (*Rápida, a Esdrújulo.*) No se vaya sin decirme eso.
- ESDRÚ. Lo procuraré. (*Mutis de Cayetana.*)
- LOREN. (*Viendo a Esdrújulo, que está cerca de la mesita husmeando lo que hay encima.*) Pero ¿no ha oído usted lo que le he dicho? (*Llega hasta la mesa y coge el cestillo de los cuartos, que guarda en un cajón.*) (*Aparte.*) Por si acaso.
- ESDRÚ. Tengo un poco delicado el tímpano.
- LOREN. Que aquí no puede estar más que el que viene a retratarse, y a menos que no quiera usted que le haga una americana...
- ESDRÚ. No me vendría mal. Pero prefiero que me haga usted una visita. (*Un poco tierno.*)
- LOREN. Unda qué tío; pero usted está chalao.
- ESDRÚ. Quizá; y sueño con un grupo de dos para un kilométrico, y... (*La mira un poco lánguido, e intenta propasarse.*)
- LOREN. Pero ¿qué hace usted, frescachá? (*Le rechaza.*)
- ESDRÚ. (*Aparte.*) Hago tiempo y procuro no perderlo.
- LOREN. ¿Qué masculla usted entre dientes?
- ESDRÚ. (*Aparte.*) La verdad es que no sé cómo alargar la entrevista hasta que salga la primogénita.
- LOREN. ¿Tíe usted algo más que decir?
- ESDRÚ. ¡Que si tengo! ¡Ah! Si usted comprendiera mi situación fatídica con respecto a la posición del expósito catecúmeno. Esto, por un lado, y por el otro, el cambio brusquísimo de mi afecto máximo por usted.
- LOREN. (*Muy convencida.*) ¡Usted ha bebido!
- ESDRÚ. Soy antialcohólico.
- LOREN. ¿Por qué no prueba usted a tomar una taza de café sin azúcar?

ESCENA XI

NICHOS y LOS DE LA BODA. Hacen su aparición el novio, de americana y zamarra al hombro, sombrero ancho y una flor de azahar detrás de la oreja. La novia, de negro y con un naranjo en el pecho.

El padrino, de paletó, y la madrina de negro y mantilla. Un muchacho y una muchacha apaletados, pero con trajes nuevos.

LOREN. (*Al verlos.*) ¡Ay, mi madre!... La familia del Tío Maroma.

ESDRÚ. Estos me salvan por ahora.

MUCH.^o ¿No tiés envidia a la novia?

MUCH.^a ¡Otra!, ¿qué hacer?, ¡ya nos llegará a nosotros!

PADRI. (*Sacando la cabeza por detrás de un trasto.*) Aquí estamos porque hemos venido. (*Todos los de la boda se mueren de risa.*) A ver si nos hacen una cosa güena.

LOREN. Súper; no les va a conocer a ustedes ni la familia.

ESDRÚ. Quizá engañe con la verdad.

LOREN. Oiga, ¿quién va a hacer la jarrita? (*Ademán de dinero.*)

PADRI. Yo mismo; ¿c'hay que hacer? (*La novia simula que habla con la madrina.*)

ESDRÚ. Retratarse aquí primero. (*Señalando la mesa.*) (*Cará de asombro en el padrino.*)

LOREN. Que el pago es adelantado. (*El padrino va a la mesa; simulan que hablan, y después da unas pesetas, que Lorenza guarda en el cajón.*)

MADRI. ¿Estás contenta, picarona?

NOVIA. Le diré a usted, madrina. Yo me había figurao que era otra cosa casarse.

MUCH.^o ¿Tiés envidia a la novia?

MUCH.^a ¡Otra!, ¿qué hacer?, ¡ya nos llegará a nosotros!

ESDRÚ. Vayan subiendo al miriplánico. (*Pasan detrás del trasto en que está pintado el aeroplano. Se queda el último el novio, que, tristán, fuma un puro.*)

NOVIO. Dése usted prisa, señora retratista, que ya me estoy cansando de la vida conyugal.

LOREN. ¿Qué ya está usted cansao de estar casao? (*Cayetana entra y saca los chassís, y ayuda a su madre.*)

NOVIO. Como que he contraído matrimonio na más pa que me den ocho días de permiso en la fábrica ande trabajo. (*Sube a su sitio el novio.*)

MADRI. Qué altura, Dios mío; a mí me dan mareos.

LOREN. No tenga usted miedo, que todas las mujeres hemos caído del cielo.

MADRI. (*Que es muy chata.*) ¿Y yo también?

ESDRÚ. Esta ha caído de narices.

LOREN. Bueno; quietos un momentito. (*Se mete tras el paño de la máquina; el mismo juego que antes.*)

ESDRÚ. Miren aquí.

LOREN. Ya están. Mañana, a estas horas, vengan ustedes a

recogerlos con esta contraseña. (*Da una de encima de la mesa, y van haciendo mutis.*)

PADRI. Que salgamos hablando.

ESDRÚ. Mejor no lo hace *Uvalquen* el de la calle de Sevilla.

NOVIA. (*Al novio.*) Míá que si sales con esa jeta. (*Le hace una fiesta.*)

NOVIO. (*Dándole un manotón.*) Las manos, quietas, que no estoy pa chufas.

MADRI. (*A los muchachos, que están un poco alelaos.*) Andar, chicos, y no os parezcáis a los novios, que son dos cardos borriqueros.

MUCH.^o (*Al salir.*) ¿Tíes envidia a la novia?

MUCH.^a Otra, qué hacer... (*Vanse.*)

LOREN. Lo veo y no lo creo. ¡Regañar al salir de la iglesia!

ESDRÚ. Esto es fantasmagórico. (*Lorenza quita el chasis de la máquina y se dispone a entrar en la cámara oscura para revelarla, en cuyo momento aparecen en la puerta Egmón y Sandalia, la criada fea del primer acto. Sandalia lleva un traje dominguero con blusa color lila; se ha pelado ridículamente a la gargona: los labios muy pintados, y va agarrada del brazo de Egmón.*)

ESCENA XII

DICHOS, EGMON y SANDALIA

EGMON. (*Desde la puerta.*) ¿Quién da la vez?

LOREN. ¿Tú aquí otra vez?

SANDA. ¿Cómo otra vez?

EGMON. (*Haciendo señas a Lorenza.*) Es que antes estuve solo.

ESDRÚ. ¡Vaya un par de calcomanías!

EGMON. No me falta más que el azar, ¿verdá, señor Esdrújulo? (*Rien todos.*)

ESDRÚ. Pero, señora Lorenza, ¿no se ríe usted?

LOREN. Motivos hay; pero cómo quiere usted que me ría con las cosas que me pasan.

SANDA. La verdá es que siempre está usted seria.

LOREN. Más triste que una guitarra sin cuerdas. Bueno, ¿qué va a ser?

EGMON. Un grupo, como si viniéramos de la iglesia.

LOREN. (*Mientras prepara el bastidor correspondiente que figuran los cuerpos de dos novios; él de frac y ella de blanco, con enorme ramo de azahar.*) Va en seguida.

ESDRÚ. (*A Sandalia.*) Vais elegantísimos.

EGMON. Sí, señor; yo con pantalón hidroavión, último boci-nazo de la moda.

SANDA. Y yo blusa color marido.

- LOREN. ¿Y qué color es?
- SANDA. Lila, ¿no lo está usted viendo?
- LOREN. (A E. drújulo.) Parece que está menos fea que otras veces.
- ESDRÚ. Más, más; menos es imposible.
- SANDA. (Que lo ha oído.) Yo seré fea; pero la otra tarde, en la calle de Toledo, dos hombres juntos, a esta fea se pusieron de rodillas.
- LOREN. Pasaría el Viático.
- ESDRÚ. ¿Y adónde van ustedes después de la foto?
- SANDA. Al cinini.
- ESDRÚ. Ten cuidado, que un ósculo a oscuras puede traer fatales consecuencias.
- EGMON. ¡Qué va! Yo he dado muchos y no me ha pasado nada.
- ESDRÚ. Pero ¿y a ellas, so tenorio?
- LOREN. Con ésta va segura de no pecar.
- EGMON. Bueno, ¿pero nos enfoca usted o no?
- LOREN. Arreando, que vienen embargando. (*Se colocan la criada y Egmón tras el trasto que habrá colocado E. drújulo. Eymón se pone en el sitio de la novia.*)
- ESDRÚ. Que te equivocas y te va a florecer el naranjo que tienes en el seno. (*Se ríe.*)
- EGMON. Es intencionado, porque tengo un plan ostrícola que atufa.
- LOREN. (*Detrás de la máquina.*) Quietos.
- CRIADA. (*Muy melosa.*) Anoche soñé que me regalabas un traje.
- EGMON. Tonta; ya nadie cree en los sueños.
- LOREN. ¿Quietos si pué ser? Ya está. (*Salen de detrás del trasto la criada y Egmon.*)
- ESDRÚ. El pago es adelantado.
- EGMON. Sandalia, abona, que no llevo suelto.
- SANDA. Y es el tercer convite que pago.
- EGMON. Anda, tonta, que para eso te voy a regalar los versos que estoy haciendo para anunciar el coco.
- SANDA. (A Lorenza) ¿Qué se debe?
- LOREN. Aunque los grupos de más de uno han subido con las aduanas, no te voy a cobrar más que seis carabelas.
- SANDA. ¿Y eso qué es?
- ESDRÚ. Seis monedas cuproniqueladas; una cincuenta, mujer.
- SANDA. ¡Ah, ya! (*Paga con un duro y se guarda la vuelta Egmón.*)
- LOREN. Catorce y seis, veinte.
- SANDA. Oye, tú, que me debes ya dos vueltas.
- EGMON. Ahora te las daré por el Retiro.

- ESDRÚ. (*A Egmon.*) Eres un hacha. Yo creí que hablabas con la Carmela.
- EGMON. Qué locura. Esa ha dao más tropezones que baúl de comisionista.
- SANDA. ¿Estará mañana lo nuestro?
- LOREN. Por la noche. Vas a salir que no te va conocer ni tu padre.
- SANDA. (*Al mutis.*) Eso me dijo usted la otra vez y resultó verdad.
- LOREN. Como que aquí no se engaña a nadie.
- ESDRÚ. (*Al mutis de los otros.*) Llévala al cine del Niágara, y me lo agradecerás.
- EGMON. Sandalia, al Niágara, al Niágara. (*Mutis del brazo.*)

ESCENA XIII

DICHOS y CAYETANA

- CAYE. (*Saliendo.*) Ya está eso, madre.
- LOREN. (*Iniciando el mutis.*) ¿No tie usted nada que hacer en el Economato? (*A Esdrujulo.*)
- ESDRÚ. Ya la he dicho que no, señora. Ahora que, si usted quiere, puedo ayudarla revelando esas placas y revelando al unís un secreto que... (*Arrimándose mucho.*)
- LOREN. Lo siento, pero es mu pequeño el cuarto de revelar, y si se empeña usted en ayudarme no va a obtener más que una negativa.
- ESDRÚ. Y yo que aspiraba a darle a usted una prueba...
- LOREN. (*Desde la puerta.*) Eso es pa los melones, que son a cala y a prueba; y aunque yo le he calao a usted ya, no quiero probarle. (*Mutis al interior.*)
- ESDRÚ. Atica respuesta.
- CAYE. Bueno; dígame usted eso, que va a salir mi madre otra vez.
- ESDRÚ. Pues verás. Esta mañana temprano he celebrado una conferencia con Juan Antonio.

ESCENA XIV

DICHOS y JUAN

- JUAN. (*Entrando en el momento en que pronunciaba su nombre.*) ¡Presente!
- CAYE. Juan Antonio, ¡tú aquí!
- ESDRÚ. Pero ¿qué has hecho?
- JUAN. ¿Le ha dicho usted eso a Cayetana?
- ESDRÚ. No pude; pero iba en este instante crítico...

JUAN. Mejor; he cambiao de modo de pensar...

ESDRÚ. Ten presente que puede surgir tu suegra *in partibus*.

CAYE. (A *Esdújulo*.) Esté usted a la mira. (*Esdújulo se pone detrás del trasto que simula una embarazada, que está próximo a la puerta del laboratorio, como se dijo.*)

ESDRÚ. Soy un águila. (*Saca la cabeza por detrás del trasto.*)

JUAN. Se pueden ahorrar too, porque vengo a hablar con tu madre por derecho, que es lo que hacen los hombres. ¿Dónde está?

CAYE. (*Un poco asustada, sin darse cuenta de lo que pasa.*) Ahí dentro.

JUAN. Llámala.

CAYE. (*Temerosa.*) Si es..., que...

JUAN. (A *Esdújulo*.) Llámela usted.

ESDRÚ. Es que me da cierto cuidado su presencia.

JUAN. Pues salga usted de su cuidado, que no pasa na. (*Esdújulo sale del sitio en que se halla.*)

ESDRÚ. (*Acercándose a la puerta del laboratorio.*) ¡Señora Lorenza, señora Lorenza! ¡Venga usted, que la esperan!

LOREN. (*Dentro.*) ¿Es algún parroquiano?

ESDRÚ. Me parece que sí.

LOREN. ¿Y cómo se quíe retratar?

ESDRÚ. De arrepentido.

LOREN. De eso no tenemos; que se retrate de aviador.

ESDRÚ. Dice que ya está aviao.

LOREN. Pues dígale a la chica que lo vaya enfocando.

ESDRÚ. Hace tiempo que húbole enfocado.

LOREN. ¿Y lo quiere de perfil o de frente?

ESDRÚ. De frente, porque éste viene a dar la cara.

ESCENA XV

DICHOS y LORENZA

LOREN. En seguida va a ser. (*Reparando en Juan.*) ¡En el dulce nombre! ¿Es éste el parroquiano que me buscaba?

JUAN. Yo soy, señora Lorenza.

LOREN. Pues si quieres marcharte entero, ya te estás largando como las balas.

ESDRÚ. (A *Juan*.) Te van a hacer una foto con exposición.

JUAN. Primero quiero que me escuche, y si no le parece bien lo que la diga, me rompe lo que buenamente sea voluntad.

ESDRÚ. (*Aparte.*) Viene en un plan fantástico.

LOREN. Habla.

- JUAN. Yo sé que me he portao mal.
- LOREN. Por ahí vamos bien.
- JUAN. Pero no too lo mal que usted se figura.
- LOREN. Ya no vamos tan bien.
- JUAN. De todas maneras, como dice la copla:
«Al que es malo y se arrepiente,
le tienen que perdonar.»
- ESDRÚ. Flamencófilo.
- LOREN. Te advierto que esto no es un concurso de cante jcn-
do, con que corta los *jipios*.
- JUAN. Y como yo estoy dispuesto a quedar como quien soy...
- LOREN. Eres como tu padre.
- JUAN. Deje usted a mi padre, que él no ha hecho na malo
ni bueno. Pegue usted contra mí, porque tiene usted ra-
zón; pero no olvide usted que quiero a su hija pa ca-
sarme con ella como Dios manda.
- LOREN. Eso lo impiden los dineros y los humos del señor Ro-
mualdo.
- JUAN. A mí no me importa mi padre; lo que me reconcome
es no haber dado ya mi nombre a mi hijo. Le he
visto, señora Lorenza, le he visto y es mi retrato.
- LOREN. ¿Pero cuándo le has visto, so ladrón?
- ESDRÚ. A las dos horas de llegar a Madrid.
- LOREN. Este tío bribón estaba en el ajo. (*Esdrujulo se refu-
gia detrás de Cayetana.*)
- JUAN. La juro a usted que en cuanto le vea mi padre no
podrá negar que tiene un nieto, porque es mi misma
cara.
- LOREN. He dicho que no quiero na con vosotros. Si es posi-
ble que el chico lleve tu apellido, sea; pero casaros,
en jamás. No hay ni una vecina en too el distrito que
no crea, porque a todo el mundo se lo ha dicho tu
padre, que te hemos secuestrao para comernos el
Economato.
- JUAN. Déjeme usted a mí.
- LOREN. Pero ¿no sabes que tu padre, antes de consentir en
la boda, empeña el velo del paladar?
- ESDRÚ. No es tan fiero el rey selvático como le pintan.
- LOREN. En cuanto sepa el señor Romualdo que has ha-
blao con ésta, va a decir tales sandeces que me va
a obligar a abrirle la cabeza pa ver lo que tiene
dentro.
- ESDRÚ. Esta mujer necesita serrín.
- JUAN. Un hijo pueda mucho. Repito que lo deje usted a mi
cargo, y antes de quince días, menuda placa que va
usted a tirar con ésta y yo, y mi padre con su nieto
en brazos,

ESCENA XVI

DICHOS y el SEÑOR ROMUALDO.

- ROM. (*Entra, y con aire autoritario dice a su hijo.*) ¡Tú, a casa!
- JUAN. Aguanta, ¡mi padre!
- ESDRÚ. Me parece que se ha velado la placa.
- ROM. ¡A casa he dicho!
- JUAN. (*Asustado.*) ¡Padre!...
- ROM. (*Amenazador y jugando su bastón.*) ¡Que no lo diga la tercera vez!
- LOREN. Obedece al rey de las lentejas.
- CAYE. (*A Juan, rápida.*) Vete; te lo pido por nuestro hijo.
- JUAN. (*A Romualdo.*) Yo tenía que decirle algo a usted.
- ROM. (*Se va a él como para partirle la cabeza.*) Pero aun estás aquí, ¡padrón! (*Esdrújulo y Cayetana le detienen, y Juan hace mutis con el humor que es de suponer.*)
- JUAN. ¡Dita sí! hasta la hora!...
- CAYE. ¡Por Dios, señor Romualdo!
- ESDRÚ. ¡No se ponga usted colérico!
- ROM. ¡Volverse contra su padre, contra el sér que le ha dao el ser!
- ESDRÚ. Capicúa.
- ROM. ¡Si le llevo a coger!...
- LOREN. (*A Romualdo.*) Tranquilícese y repare que no es pa tanto. Y si quíe usted una copita de moscatel pa entonarse...
- ROM. Gracias; no uso gorrinadas.
- LOREN. Le advierto a usted que no lo he compraó en su tienda.
- ROM. Bueno; ya habrán ustedes visto que a mí, de nen, (*Ademán de que tiene mucha pupila.*) no hay quién. Tengo yo más ojos que el puente de los Franceses.
- LOREN. Pues el día que use usted gafas se hace rico el gafero.
- ESDRÚ. Más bien el óptico.
- ROM. Y que esta conspiración familiar me la tenía yo tragá; pero repito que a mí..., de nen...; no hay quién.
- LOREN. Pues na, enteraos, y lo que siento es que estemos en planta baja; porque si estuviéramos en mi sotabanco, ya le diría yo a usted por dónde se iba más pronto a la calle.
- ESDRÚ. ¡Bella hipótesis!
- ROM. Ya me voy; pero antes quiero recordarles, pa que no se olvide, que mi chico, mientras yo viva, no se tratará, como he leído yo en una novela, ni con Ve-

- nus, ni con Baco, ni con la Arrendataria del tabaco.
ESDRÚ. Me permito recordar a usted que el chico ya es un hombre.
- ROM. Pare, que descarrila. Repito que tan y mientras yo sea su padre, hará mi santísima voluntad, y pa ello emplearé toa clase de razonamientos: desde el consejo cariñoso hasta el encierro, pasando por el bastón de cartas.
- LOREN. El encierro sí pué que llegue, aunque usté no quiera. (*Empieza a preparar la mesa de comer, que es una tabla sobre dos cajones.*)
- ROM. De eso ya hablaremos. Después de la declaración de su hija, han cambiao las cosas.
- LOREN. (*Aterrada.*) De la declaración de mi hija... Pero ¿qué has hecho, condená?
- CAYE. (*Bajando los ojos y refugiándose en don Esdrújulo.*) Salvarle, madre.
- ESDRÚ. Melodramático.
- LOREN. (*Anonadada.*) ¡Salvarle!
- ROM. Parece que ya no hace tanto frio.
- LOREN. Si le queda a usted una pizca de lacha, que lo dudo, le suplico que nunca más se presente ante mi vista. Está bien, me ha ganao usté la partida jugando con mis cartas.
- ROM. Yo no he podido hacer más que venir más de una vez a ofrecerla a usted el ramo de oliva.
- LOREN. Ya he visto que me lo alargaba usted clavao en una navaja; de sobra sabe usted que no es con dinero con lo que se lava la honra.
- ROM. He ofrecido lo que tenía.
- LOREN. Repito que ya está bien. (*Le muestra la puerta.*)
- ROM. Pues... conformidá...; la risa va por barrios (*Inicia el mutis.*)
- ESDRÚ. (*A Romualdo.*) A compáñole.
- ROM. Se pué usté quedar conspirando contra mi dinero.
- ESDRÚ. ¡Señor Romualdo!...
- ROM. Juntos perros y gatos cuando yo vine...; vamos, hombre, que a mí, de nen. (*El mismo juego de antes.*) No hay quién. Ah, y les aviso que salgo pa el extranjero y si quieren les compraré un poco de vergüenza. (*Mutis sonriendo burlonamente.*)
- LOREN. No se meta usté en ese negocio, que no lo entiende y le puén engañar.
- ESDRÚ. Bien dicho. (*Desde la puerta.*) Teme mi venganza. ¡Tendero impúdico! (*Un momento de silencio. Lorenza y Cayetana están anonadas llorando.*)
- CAYE. ¡Madre..., madre! ¿no me oye usted?...

- ESDRÚ. Escúchela usted, señora Lorenza; después de todo, es una pobre víctima.
- LOREN. (*Hablando consigo misma.*) ¡Salvarle!... Salvarle!... Y por salvarle, se ha perdido ella pa siempre...
- ESDRÚ. Recobre la calma, que aún pueden arreglarse las diferencias entre capuletos y montescos.
- LOREN. (*Levantándose.*) ¿Nos va usted a insultar?
- ESDRÚ. ¡Por Dios! Después de la conducta insólita del señor Romualdo... (*Pequeña pausa.*)
- LOREN. (*Sobreponiéndose y haciendo un esfuerzo.*) ¡Bah! Dios lo habrá querido (*A Esdrújulo.*) Usted ¿por qué se ha quedado aquí?
- ESDRÚ. Porque quizá pueda serle útil en algo.
- LOREN. Y usted, además de comer, ¿pa qué sirve?
- ESDRÚ. Para beber... digo..., quien sabe. Ruégola que acepte mis servicios gratis (*Muy tierno.*) *et amore...*
- LOREN. (*Mirándole de arriba a abajo.*) Pa ir a los recaos, no está mal.
- ESDRÚ. ¡Salvé el estómago!

ESCENA XVII

DICHOS, LORENZO y MANOLIN

- LORE. (*Entrando.*) Aquí esta el revelador. (*Lo deja sobre una mesa.*)
- MANO. (*Con una cesta.*) Su Majestad el Piri. (*Entre todos ponen la mesa.*)
- LORE. Me he cruzao ahí abajo con el señor Romualdo.
- LOREN. (*Muy enérgica.*) El que vuelva a pronunciar ese nombre en esta casa tié pena de la vida (*A Cayetana.*) Tú, a comer, aunque no mereces ni una sed de agua. Si no fueras mi sangre...
- LORE. (*A Esdrújulo.*) ¿Qué pasa?
- ESDRÚ. Que donde hay patrón él manda en la bitácora.
- LOREN. (*A Lorenzo.*) Tú, Sansirolés, echa el cierre. (*Lorenzo va a un rincón y coge un cartelón que está junto a la pared.*) ¡Manolo! Pon plato al comendador (*Señalando a Esdrújulo.*)
- ESDRÚ. Acéptolo. (*Se sienta de espaldas al público y Lorenzo le cuelga en este momento el cartel que dice: «Cerrado de una a tres.» Mientras la señora Lorenza habrá hecho rebanadas un panecillo y habrá calado la sopa.*)
- LOREN. (*Hundiendo furiosamente el cuchillo en la libreta.*) ¡Ay! Si esta libreta fuera el señor Romualdo.

ESCENA XVIII

DICHOS; ROSARIO, SANDALIA, EGMON y un AMA DE CRÍA.

- ROSA. (*Entrando.*) ¿Han visto ustés a mi acompañante?
- LOREN. No, hija.
- ROSA. Me ha dicho que iba a cambiar y ha salido de pira.
- SANDA. (*Entrando.*) ¿Ha vuelto por aquí Egmón?
- ESDRÚ. No.
- SANDA. Vaya témpano; me ha *sacado* un duro para comprar-me un kiriki mientras refrescábamos, y la del humo.
- ROSA. Pero, oye, Sandalia, ¿es que tú tiés algo que ver con ese hombre?
- SANDA. Palabra de casamiento que me ha dao; ná más. ¿Qué pasa?
- LOREN. (*Se levanta, y se dirige a ellas para apaciguarlas.*) ¡Estas nos van a dar el vermú!
- EGMON. (*Se presenta en la puerta muy ufano acompañado de una robusta ama de cría*) Entra. Nicanora, que nos van a hacer un grupo con el niño para que crean que es nuestro.
- AMA. Pero aquí no pago, ¿eh?
- SANDA. ¡Con otra! Yo me lo meriendo.
- ROSA. Y yo. (*Se van a él y empiezan a agredirle dando gritos e insultándole.*)
- EGMON. (*Esquivando los golpes.*) El cólera. ¡Socorro! ¡Socorro! (*Los demás personajes tratan de poner paz. El ama se pone a salvo detrás de un trasto. Egmón huye perseguido por Rosario y Sandalia. Todos los personajes van tras ellos, para poner paz, y don Esdrújulo no se mueve de su sitio, empezando a comer muy de prisa y encantado de que le dejen solo.*)
- LOREN. (*Desde la puerta.*) Pero, hombre, ¿no viene usted a ayudar a separarlos?
- ESDRÚ. No puedo; estoy cerrado de una a tres. (*Lorenza duda entre matarlo o dejarlo, y él se apresura a no perder bocado.*)

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

La escena representa una verbena madrileña. En sitio bien visible, un puesto de esos en que se rifan objetos de porcelana, muñecos, sillones de mimbre, etc., etc. En la parte alta del puesto, un letrero que dice: «Rifa de Lorenza, la Seria». Al lado del puesto, entrada a una barraca, en la que se ve anunciada «La fiera corruptia».

Al levantarse el telón están en escena LORENZA, sentada en un sillón de mimbre por fuera del puesto; MANOLIN, en el interior, acabando de colocar unos cacharros, y ESDRUJULO, de chaquet y gorro turco, se encuentra próximo a Lorenza. De vez en cuando cruzan la escena HOMBRES y MUJERES para dar la sensación de que hay gente en la verbena.

ESCENA PRIMERA

- LOREN. Manolín, ¿has sacao los cacharros?
- MANO. Ya están, madre. ¿Quiere usted algo más?
- LOREN. Que te llegues a casa y les digas a la Cayetana y a Lorenzo que se vengan pa acá, que hacen falta en el puesto. Y que vengan juntos.
- MANO. Está bien, madre.
- LOREN. ¡Ah!, y tráete más tarjetas numerás por si hicieran falta, aunque me paece que no pasa un alma.
- MANO. (*Al mutis, por la izquierda.*) ¡Con Dios!
- ESDRÚ. Veo que no deja usted sola a la chica.
- LOREN. Hasta que pase algún tiempo, no. Cuando no puede estar conmigo, me gusta que la acompañe su hermano.
- ESDRÚ. Pero ¿qué teme usted ya?
- LOREN. Como temer, ná. Pero no han pasao más que cinco días de lo que ocurrió en la fotografía, y yo no sé por dónde pué salir el chico del señor Rómualdo.
- ESDRÚ. Sus preocupaciones me parecen exageradísimas.
- LOREN. ¡Quién sabe!
- ESDRÚ. Cuando una mujer se propone ver a un hombre, lo consigue, aunque se oponga la benemérita.
- LOREN. ¡U lo otro!
- ESDRÚ. Prueba al canto. Cierta joven amigo íntimo sostenía relaciones con una señorita a despecho de su padre. Este, si iban al teatro, no la dejaba sola ni para ir a..., bueno, a lo que usted se figura. Pues con pretexto de arreglarse el peinado o de darse una manita de polvos, la muchacha iba al tocador de señoras, donde celebraba rápidas entrevistas con su galán, que previamente había sobornado a la encargada del tocador, mientras el padre se paseaba por delante de la puerta, alegre y confiado... ¡eh!, ¿qué tal?
- LOREN. Too eso está muy bien; pero como mi hija no tié que ir a más tocador que al espejo de su cuarto, no hay cuidao; ¡eh!, ¿qué tal?
- ESDRÚ. Conste que cuanto digo es sólo hijo del afecto que la he tomado.
- LOREN. ¿Usted a mí?

- ESDRÚ. ¿Pues por quién si no me pasé al bando de ustedes? ¿Por quién me he decidido a trabajar aceptando el puesto de anunciador de la fiera corrupta de su propiedad? ¿Por quién me veo como me veo?, porque hay que verme. Por el afecto que me ha inspirado usted, afecto que dentro de poco no vacilaré en calificar de volcánico.
- LOREN. No me río, porque hace años me he retirao del vicio; pero coste que me ha hecho usted gracia.
- ESDRÚ. Y quién sabe si no pasará mucho tiempo sin que la dé una prueba clarísima de ello.
- LOREN. ¿Qué me quiere usted decir?
- ESDRÚ. Todo llegará. Pero no olvide usted que lo que no ocurre en un minuto puede suceder en cinco años.

ESCENA II

DICHOS y MANOLIN

- MANO. Ya estoy aquí.
- ESDRÚ. ¿Tan rápido?
- LOREN. ¿Has ido en el Plus-Ultra?
- MANO. Es que me he encontrao al tío Tiriti, que iba a su casa por unas cosas, y como vive al lao nuestro le he dao el recaó.
- LOREN. ¿Y te has venido pa no cansarte?
- MANO. Pa ayudarla. Como está usted sola. (*Se mete en el puesto.*)
- LOREN. ¡Pa la gente que viene!...
- MANO. Es temprano.
- ESDRÚ. Se me había olvidado preguntarla si había usted vuelto a ver al señor Romualdo.
- LOREN. Esta mañana, al salir de casa, y me tengo porque me va a pasar algo malo, aunque le hice así. (*La seña de lagarto, lagarto.*)
- ESDRÚ. No me había dicho usted lo más mínimo.
- LOREN. Porque me molesta hasta pronunciar su nombre. Pero sí hubo sus dimes y sus diretes.
- ESDRÚ. Cuénteme, cuénteme.
- LOREN. Pues ná, que me lo tropecé en la acera, y va y se arrima a la pared y dice: «Yo no le cedo el paso a gentuza». «Pues yo sí», le contesté, y me hice a un lao pa que siguiera su camino.
- ESDRÚ. Satírica respuesta.
- LOREN. Entonces él añadió: «Por última vez, señá Lorenza, aunque lo tengo ganao too, la ofrezco mi ayuda». (*Además de dinero.*)

ESDRÚ. Y usted ¿qué contestó?

LOREN. Si oyen en la censura lo que dije, me lo tachan too. Y va el tío cerdo y me llamó una cosa... que... apuntá la llevo. (*Saca un papel de la faltriquera y lee trabajosamente.*) Me dijo que yo era oriunda de Aragón. Yo respondí que el oriundo sería su abuelo, y... pa qué le voy a contar a usted: la solución de esta chará, en el Juzgado municipal, dentro de unos días.

ESDRÚ. (*Riendo.*) En este caso está usted equivocada.

LOREN. ¿Le va usted a defender?

ESDRÚ. ¡El Altísimo me libre!

MANO. Madre, que parece que viene gente.

ESDRÚ. (*Mirando a un lado.*) Periscopio a la vista. Se acerca un grupo. ¡A ellos! (*Lorenza se mete en el puesto y se dispone a vender postales para la rifa. Esdrújulo se pone a vocear a la puerta de la barraca.*) Pasen, miren, palpen; vean los fenómenos más fenomenales que existen. En seguida se le va a cortar la tráquea. Sólo por cuatro perras gordas. Niños y militares, un real argentífero. Pasen, que va a ser rápidamente.

ESCENA III

DICHOS Y PARROQUIANOS. Van saliendo parroquianos de uno y otro sexo, que se paran unos delante del puesto y otros delante de la barraca. Esdrújulo toca o simula tocar un bombardino.

LOREN. (*Pregonando.*) ¡La ruleta de la suerte! Siempre toca. Por una perra gorda le puede tocar un reloj, un gramófono, un juego de cacerolas.

MANO. Le pué tocar el vecino.

PA. 1.^o (*Se propasa con la parroquiana primera.*) ¡Vaya calor!

PA. 1.^a (*Dándole un manotón al parroquiano segundo, que no se ha metido en nada.*) Las manos, quietas.

LOREN. ¡Siempre toca!

PA. 2.^o ¿Pero se pué saber por qué me ha tocao a mí este manotón? (*Todos se aproximan a la rifa. Sin interrumpir el diálogo salen unos cuantos hombres y mujeres con gorros de papel y pitos. Se acercan también a la rifa.*)

LOREN. ¡Diez céntimos la papeleta! Le pué tocar una mecedora, le pué tocar un bebé. ¡Una por aquí! ¡Otra por allá! (*Van comprando papeletas.*)

MANO. Queda una.

LOREN. ¡La ruleta de la suerte! Le pué tocar un botijo; le pué tocar un objeto de porcelana de sobres. La última, la de la suerte. Se va a rifar en seguida.

- PA. 1.^o Venga la última. (*La compra.*)
- LOREN. ¡Se acabó! (*Coge un paquete de postales.*) A ver, ¿quién va a ser? (*A la parroquiana primera.*) Usted, salerosa, pa ver si tié usté buena mano. (*La ofrece el paquete para que saque una postal.*)
- PA. 1.^a (*Cogiendo una que la entrega a Lorenza.*) Esta misma.
- LOREN. (*Leyendo.*) Ha tocao en la calle Cañizares. ¡A ver! ¿Ande está la calle de Cañizares?
- PA. 1.^o En la calle de Atocha; nos ha escarchao la señora ésta. Y pa eso tantos gritos. (*Los parroquianos buscan entre sus tarjetas si está la agraciada.*)
- LOREN. ¿Quién tiene la calle Cañizares?
- PA. 1.^a (*Con mucha alegría.*) Aquí, aquí está. (*Dando su tarjeta.*)
- LOREN. (*La coge, mira y dice:*) ¿Qué prefiere usted, una mecedora o una docena de platos inropibles?
- PA. 1.^a Como me peleo con mi hombre toos los días, déme usted los platos. (*Lorenza se los da.*)
- ESDRÚ. Pasen a ver los grandes fenómenos mundiales. El gigante más pequeño del mundo. El enano más alto de la tierra; el gordo más delgado del globo terráqueo. Niños y militares, un real. Pasen, vean, miren, palpen.
- LOREN. ¡Animo, que se acaban! ¡Siempre toca! (*Siguen comprando papeletas.*)

ESCENA IV

DICHOS y POLIN, MIMÍ y DOÑA RUPERTA

- RUPER. ¡Ah! No puedo más.
- MIMÍ. Pero, Polín, por Dios, ¿por qué nos traes a uña de caballo toda la verbena?
- POLIN. Porque a tu madre, Mimí querida, se le antojá todo lo que ve en los puestos.
- MIMÍ. Y, claro, tú no le compras nada.
- POLIN. La ley de las compensaciones.
- RUPER. Polín, ¿quiere usté que juguemos a la rifa?
- POLIN. Señora, usté ya no está en edad de jugar.
- RUPER. ¿Qué bromista es usté!
- MIMÍ. Anda, compra unas papeletas de la rifa para mamá.
- POLIN. ¡Si fuera para rifarla a ella!
- RUPER. ¿Le parece a usté que tomémos un refresco? ¿Quiere usté que montemos en el carroussel? ¿O prefiere que entremos en la barraca, y luego refrescaremos antes de subir al carroussel?
- POLIN. (*Aparte.*) Esta señora me va a desfigurar las siete pasetas que me da papá todos los domingos.

- ESDRÚ. Pasen a ver a la verdadera fiera corruptia, cazada a lazo en los bosques vírgenes del Cáucaso.
- RUPER. Polín. Yo tendria gusto en ver la fiera corruptia.
- POLIN. Pues mírese al espejo, señora.
- RUPER. Eso es una grosería.
- POLIN. Perdone usted; he querido decir... (*Simula dar explicaciones.*)
- ESDRÚ. La fiera corruptia es un animal temible que se alimenta solamente de carne de suegra.
- POLIN. (*Rápido, a Esdrújulo.*) Tres butacas de orquesta en seguida. (*A Ruperta.*) Para que vea usted que quiero complacerla. (*Entran en la barraca, quedándose el último Polín, que mientras paga dice:*) Oiga, señor, ¿no se le podría dar un vermú a la fiera?
- LOREN. En seguida va a ser. (*Con un paquete de postales, al parroquiano primero.*) A ver qué suerte tié usted.
- PA. 1.º (*Elige una tarjeta del paquete.*) Ahí va.
- LOREN. (*Mirando la tarjeta.*) En la plaza de Cascorro ha tocao el premio. (*Empiezan todos a mirar sus tarjetas.*) ¿Quién tiene la plaza de Cascorro? (*Pequeña pausa.*) ¿Quién es el agraciado?
- PA. 1.º (*Que es un perro pachón.*) Yo, yo, ¡yo soy el agraciado!
- ESDRÚ. (*Que está próximo a él, le mira con guasa y le dice:*) ¡ilusórico!
- LOREN. (*Dándole una olla de aluminio.*) Ahí va una olla de aluminio de 18 quilates, y llena.
- PA. 1.º (*La coge, la destapa, mira y remira, y la encuentra vacía.*) ¡Arreal! ¿Pues no dice que está llena?
- ESDRÚ. (*Cogiendo la olla y poniéndola en alto como para mirar al trasluz.*) Llena de agujeros... fíjese.
- PA. 1.º Está bien, hombre, está bien; si lo sé no vengo. (*Han empezado a desfilar los parroquianos.*)
- LOREN. Al momento va a ser. Una por aquí; otra por allá. (*Sigue la dispersión.*) Otra por allí.
- ESDRÚ. Y la última por allá también. (*Se han quedado solos.*) Me parece, señora Lorenza, que las verbenas están llamadas a desaparecer. Cada vez viene menos gente.
- LOREN. ¡Qué tiempos los pasaos! Cuando yo tenía veinte años menos, estaba esto lleno de maestros de obras, y de toreros, y de mozas de rompe y rasga que tiraban los billetes a espuestas; a más, que las mujeres les animaban a gastar el dinero; pero ahora, me creo que no salen de los cabaretes; valientes gorriñas, con todas las costillas al aire, jeringándose con venenos, pelás y con unos gabanes que parecen hombres.

ESDRÚ. ¡Qué me va usted a decir! Ayer me encontré con un amigo que se ha dejado la barba para que no le confundan con su mujer.

ESCENA V

DICHOS y POLIN, MIMÍ y DOÑA RUPERTA

POLIN. (*Solviendo con su novia y la mamá.*) Pues no es tan fiero el león como le pintan.

ESDRÚ. ¿Qué le ha parecido la fiera corrupta?

POLIN. (*Mirando a su futura suegra.*) Que debía estar desganada. (*Mutis.*)

ESDRÚ. Otra vez será. Pobres tórtolos.

ESCENA VI

DICHOS y MELANIO

MELA. (*Que es el clasico vendedor de mojama, camarones, etcétera. Sale por la derecha.*) ¡Agujas pa enhebrar vino! ¡B chitos de la mar! ¡Cangrejos! Buenas, señá Lorenza y la compañía.

LOREN. Hola, Melanio.

ESDRÚ. ¿Anhela que la invite al sabroso crustáceo marítimo?

LOREN. ¿Cómo dice?

ESDRÚ. ¿Que si quiere que la convide a un cangrejo de mar?

MELA. Y que están recién llegaos. (*Ofrece uno*)

LOREN. (*Lo mira, lo remira y se lo devuelve a Melanio.*) Pue que sea verdá; pero deben haber venido en patinete.

MELA. ¿Hay gracia en los Madriles?

ESDRÚ. Hayla, hayla.

MELA. ¿Y qué? ¡Trabajando como una negra! Como siempre, ¿verdad?

LOREN. Y qué remedio queda.

MELA. Como que, si hubiá justicia en la tierra, la carbonizaban a usted.

ESDRÚ. Qué dice este bárbaro.

MELA. Amos, que la hacían santa.

LOREN. ¿Sigues metiéndote en negocios raros?

MELA. A ganarme la peseta. ¿A qué está uno? Ahora me han ofrecido una placita de inspector del relente.

LOREN. Pues a mí me habían dicho que te habías quedao con el empapelao de las acacias del Botánico.

MELA. Eso ha sío mi cuñado, el *Pelanas*.

LOREN. ¿El casao con la Benita?

MELA. No, señora; el otro.

- LOREN. ¡Ah, ya! ¿El que no se ha casao con tu otra hermana?
- MELA. ¡El mismo!
- ESDRÚ. Paréceme un tanto exótico el diálogo.
- MELA. Yo no sé cómo puede usted estar, sería siendo tan graciosa; en cambio, mi *castigo* es más aburrida que un concierto de arístón; ¿qué haría con ella?
- LOREN. La mujer es como la navaja de afeitar: se usa, se mella, se guarda, se enmohece.
- MELA. ¡Ah!, y a todo esto, le doy a usted mi más cordial.
- LOREN. ¿A mí? ¿De qué?
- MELA. Porque supongo que la Cayetana y el chico del señor Romualdo estarán pa recibir las amonestaciones.
- ESDRÚ. ¿Cómo?
- LOREN. ¿Qué dices?
- MELA. Que supongo que estará too arreglao, porque hace un rato los he visto en la vicaría del café de Correos.
- LOREN. (*Saliendo apresurada del puesto.*) ¡Que los has visto!
- MELA. ¡Pero... dices que los has visto!
- MELA. (*Temeroso.*) Yo creo que eran ellos. (*A parte a Esdrújulo.*) Me paece que he metido la pata.
- ESDRÚ. (*A Melanio.*) ¡Las cuatro!
- MELA. ¿Qué?
- ESDRÚ. Que van a dar las cuatro en mi cronómetro.
- MELA. No vaya usted a creer lo que he dicho, que uno pué estar engañao.
- LOREN. ¡Eran ellos! ¡Eran ellos!
- MELA. Tenga usted en cuenta que uno está a su negocio, y uno no repara; y como las ventanas del café estaban abiertas..., a lo mejor, claro, uno se confunde, y uno...
- ESDRÚ. Uno cuélase...; comprendido. Márchese, márchese y siga pregonando el salchichón alicantínico...
- MELA. (*Haciendo mutis por la izquierda.*) Coste que yo... ¿Quién iba a pensar? (*Cuando ha desaparecido, se le oye pregonar.*) ¡Cangrejos de la mar! ¡Salchichón de mar, fresquito!
- LOREN. Pero ¿usted ha oído?
- ESDRÚ. Calma, señora Lorenza, calma.
- LOREN. ¡Bueno! Es que...
- ESDRÚ. Ya le dije que cuando una mujer se empeña en una cosa, aunque la encierren en un cofre, como dijo Quevedo, el gran satírico...
- LOREN. No estoy pa oír tonterías, sino pa hacer algo práctico. (*A Esdrújulo.*) ¿Usté está dispuesto a echarme una mano?

- ESDRÚ. ¿Adónde! (*Arrimándose a ella.*)
 LOREN. (*Rechazándole.*) Habrá tío lambrucio. ¿Que si me quíe usted ayudar?
 ESDRÚ. Soy de usted hasta más allá del túmulo.
 LOREN. Pues se queda al frente de la rifa, y no se guarda usted ná. Tú, Manolín, arrea pa casa, y si está Lorenzo... Y si no, no. (*A Esdrújulo.*) Usted se va a mi casa; tú te quedas aquí, y yo me voy a la estación... (*Medio mutis.*) Y si no, tampoco. La que se queda soy yo; usted se llega a la Comi..., y... ¡maldita sea hasta la hora en que nací! (*Se desespera.*)
 ESDRÚ. Espere y no se desespere. Es el consejo de un hombre práctico.

ESCENA VII

DICHOS y EGMON

- EGMON. (*Llega, asustadísimo, por la izquierda.*) ¡Ay, señá Lorenza! ¡Ay, señor Esdrújulo!... ¡Horrible, horrible!
 LOREN. ¿Qué pasa?
 EGMON. ¡Espantoso, espantoso!
 ESDRÚ. ¿Qué es ello?
 EGMON. Inremediable, inremediable.
 LOREN. Pero acaba...
 EGMON. ¡Una desgracia! ¡Una desgracia!
 ESDRÚ. Rompe, hijo, rompe.
 LOREN. Estos del tercer *seso* me vuelven loca.
 ESDRÚ. ¿Se ha muerto el señor Romualdo?
 LOREN. ¿No ha oído usted que es una desgracia lo que ha ocurrido? Di lo que ha pasao.
 EGMON. ¿Lo digo? ¿Lo digo?... Pues que se han fugao los chicos.
 ESDRÚ. ¡Acabáramos!
 LOREN. Es una desgracia, pero ya lo sabíamos.
 EGMON. Le han escrito al señor Romualdo diciéndole que como conocían el carácter de usted y el genio del amo, se echaban en brazos del azar. Y es lo que yo digo.
 ESDRÚ. ¿Qué es lo que tú dices?
 EGMON. Qué bueno estará el azar pa echarse en sus brazos
 ESDRÚ. Y el señor Romualdo, ¿qué ha hecho?
 EGMON. Ha mandao a sus otros dependientes a su casa. Ha puesto un cartel en la tienda que dice: «Cerrada por reparación», y a mí me ha dicho: «Te dejo en libertad pa que hagas lo que quieras; pero como no encuentres a los fugaos, te despido.»
 ESDRÚ. ¿Y él?

EGMON. Anda corriendo Madrid en un coche.
 LOREN. Tirando, claro.
 EGMON. No, señora; dentro.
 LOREN. Mejor; así no atropella a nadie.
 EGMON. Pero ustés que tienen noticias de ellos, ¿no me pueden decir dónde les encuentro?
 LOREN. ¡Qué quieres que te digamos nosotros!
 ESDRÚ. Ojalá lo supiéramos.
 EGMON. ¿Y qué le digo yo al señor Romualdo? Me va a poner el cocido en el alero.
 ESDRÚ. Lo mejor es que te vayas a un café y descanses. Luego buscas a tu amo y le inventas una historia indica.
 EGMON. ¿Y si no me cree?
 ESDRÚ. Dile que yo testificolo. Anda, anda, que él te creerá, porque como estará loco.
 EGMON. Casi tié usté razón. Me iré, y de camino me acabaré estos versos. (*Hace mutis por la derecha leyendo en un papel que saca de la americana.*)

Al que nos compre un kilo de orejones
 se le dan dos morrones.
 Y al que nos compre...

ESCENA VIII

DICHOS y CAYETANA.

CAYE. (*Que entra por la izquierda muy tranquila, siendo portadora de unos paquetes de postales para la rifa.*) Aquí tiene usted las tarjetas. ¿Le han hecho falta?
 LOREN. (*Se va a ella como una fiera.*) Ven aquí, condená, que quieres matarme a disgustos. (*Se interpone el señor Esdrújulo, y Manolín sujeta a su madre.*)
 MANO. Madre. ¿qué va usted a hacer?
 ESDRÚ. Señora Lorenza.
 LOREN. Dejarme, que la voy a matar. (*La siguen sujetando.*)
 CAYE. Pero ¿qué pasa ahora?
 LOREN. ¿Y me lo preguntas todavía? Mala hija.
 CAYE. ¡Ah! ¿Pero se ha enterao usté ya?
 LOREN. Y lo dice tan fresca.
 CAYE. A ver qué vida; si se han fugao, allá ellos.
 LOREN. ¿Qué dice esta chica? Pero ¿quién son ellos?
 ESDRÚ. Aclara, aclara.
 CAYE. (*A su madre.*) ¿No dice usté que estaba enterá?
 LOREN. Yo voy a volverme loca. Pero... ¿tú no te habías largao con Juan?
 CAYE. Ay, madre, o está usté trascordá, o no se ha enterao

de lo que pasa. Si los que se han fugao han sido mi hermano Lorenzo y Rosita, la hija del señor Romualdo.

- LOREN. (*De una pieza.*) ¡El Señor me valga! Eso no pué ser.
ESDRÚ. ¿Por qué no?
LOREN. Pero si apenas hablaban.
CAYE. Anda, anda; y llevaban de novios más de un año.
LOREN. ¡En el dulce nombre! ¿Y quién sabía eso?
CAYE. Yo me he enterao hoy cuando me lo ha dicho Lorenzo y me ha contaó el plan de su fuga.
ESDRÚ. Lo de las relaciones, yo no ignorábalo... Ahora que a mí... (*Se oculta tras Cayetana.*)
LOREN. (*A Esdrújulo.*) Usté anda en el fregao este. ¿Y es verdá que se han fugao?
CAYE. Como me llamo Cayetana.
LOREN. Yo debía alegrarme, y lo siento (*Mirando al cielo.*) Gracias, San Antonio; te debo una vela.
CAYE. ¿Pero usté no ha dicho que lo sabía?
LOREN. Si es que ha estao aquí el Adelito Lulú, ese que tié de encargao el Tío Miserias, diciendo que se habían fugao los chicos... Cómo me iba yo a suponer...
CAYE. Ahora verá el señor Pomualdo lo que es canela.
ESDRÚ. *Similia, similibus.*
LOREN. Amén.
MANO. Madre, ¡mire usté quién viene ahí! (*Por la izquierda.*)
LOREN. ¡El señor Romualdo!... Tráete una botella de sidra.
ESDRÚ. ¿Va usted a invitarle?
LOREN. Voy a descorcharla en su cabeza si se tercia.
ESDRÚ. Trae la cara fósquile. (*A Lorenza.*) No tenga usted pánico.
LOREN. ¿Pánico yo, y soy paisana de Cascorro?

ESCENA IX

DICHOS y el SEÑOR ROMUALDO.

- ROM. (*Que llega con las del Veri.*) ¡Mi hija!
ESDRÚ. Se dice ¡buenas noches!
ROM. (*Mira a Esdrújulo como para comérselo, y volviéndose a Lorenza repite con mayor energía si cabe:*) ¿Dónde está mi hija?
LOREN. Eso paece un acertijo. ¿Dónde está la pastora?
ROM. A la primera frase mal sonante me desboco, y...
ESDRÚ. Aplica los verbos con exactitud metemática.
ROM. Por última vez: ¿dónde está mi hija?
LOREN. Le juro a usté que no sé ná de ná.
ROM. No finja usté, porque, de todas las maneras, su hijo de usié se pudrirá en presidio; sí, señora, en presi-

dio. Eso si no le echo la vista encima, porque entonces el que va a presidio soy yo. Porque a mí, de nen...; no hay quién.

LOREN. ¿Ha terminao usté de rebuznar?

ROM. ¡Qué dice esta mujer!

CAYE. ¡Madre, por Dios!

LOREN. (*Dándola un empellón.*) Tú hablas cuando ladren las gallinas.

ESDRÚ. Las gallináceas no ladran.

ROM. Bueno; pero se me contesta ¿o qué?

LOREN. Le repito que no sé dónde puede estar su hija, y que además soy la primera sorprendida, porque no tenía la menor noticia de que mi chico fuera novio de su hija de usté. Ahora, fuera, aparte de esto, le aseguro que lo he sentido.

ROM. A mí no, y si no se arregla esto a satisfacción, van ustés toos a las Chafarinas del Golfo de Guinea.

ESDRÚ. ¡Qué desconocimiento geográfico!

LOREN. Lo único que puedo decirle es que si hubiese usté guardao bien a su hija, como usté me dijo... ¿O lo ha olvidao ya?

ESDRÚ. (*A Lorenza.*) Buen par de castigo.

ROM. ¡Lo que han hecho ustés!...

LOREN. Yo, no; mi niño.

ROM. Lo que ha hecho su niño de usté es una infamia, y si se ha creído usté que añadiendo una granujá más a los propósitos de vivir a mi costa se va usté a salir con la suya, está usté muy equivocá, porque a mí, de nen...; no hay quién.

LOREN. Lo que le pasa a usté es un castigo del cielo. No pué usté figurarse con qué fe le he pedido que se diera usté cuenta de mi pena; y eso que mi dolor ha sido mayor, por ser una pobre mujer desampará.

ROM. Bueno, vamos a suprimir los comentarios, y aquí no ha pasao ná. Borrón y cuenta nueva.

LOREN. ¿Borrón y cuenta nueva? Míreme usté este ojo...

ROM. ¿Pa qué?

LOREN. (*Imitándole.*) Que a mí también, de nen...; no hay quién.

ESDRÚ. (*A Lorenza.*) Superferolítico.

ROM. Le doy a usté mi palabra honrá que vengo dispuesto a too con tal de que se arregle el asunto.

LOREN. Bien; así nos entenderemos, porque a mí no me duelen prendas.

ESDRÚ. (*Apuntándole.*) Dígale que su boca es la medida.

LOREN. Su boca de usté es la medida. ¿Como cuánto hay que sacudirse?

- ROM. (*Indignado.*) ¿Dinero a mí?
- LOREN. ¡Qué duda! También una tiene sus cuatro cuartos en hipotecarias, que es un papel muy segurito.
- ESDRÚ. (*Aparte, con la alegría natural.*) ¡Hola!
- ROM. Está usted pero que muy equivocá. El mal no tié más cura que el de la parroquia. Yo he cogido una carta de su chico, en la que le dice a mi hija que se casará con ella.
- LOREN. Y ¿qué hay con eso?
- ROM. Que lo ha firmao.
- ESDRÚ. (*A Lorenza.*) Dígale la comparación acuática.
- LOREN. Pero como mi hijo no es el Manzanares, pongo por río, pues... que se pué volver atrás.
- ROM. (*Aparte, un poco anonadado.*) Me está contestando con mis mismas palabras.
- LOREN. ¿No tenía usted más ojos que el puente de los Franceses? Por lo visto le han salido cataratas. Conque al avío; vaya usted mañana por casa, y le daré un cheque en blanco.
- ESDRÚ. Hay ensañamiento.
- ROM. Demasiado sabe usted que la honra no se lava con dinero.
- LOREN. Pero se tiñe, y es igual.
- ROM. Bien se está usted vengando. (*Muy triste y aplanado; pequeña pausa.*) Bueno, yo hago lo que usted quiera. Estoy entregao.
- LOREN. No es por ahí... Conque, conformarse, y ya sabe usted que no se reparten esquelas.
- ROM. (*Con energía y reponiéndose.*) Ni aguanto más, ni me conozco. He tenido un momento de debilidad, del que me arrepiento; usted tambien se arrepentirá de su cabezonería.
- LOREN. Yo no puedo arrepentirme, porque sé que tendrá usted que decirle a su hija lo que yo le dije a la mía.
- ROM. ¿El qué?
- LOREN. ¡Que a lo hecho, pecho!
- ROM. Adiós, y toma usted mi venganza. (*Inicia el mutis.*)

ESCENA X

DICHOS y JUAN ANTONIO

- JUAN. (*Por la derecha.*) ¡Padre!
- ESDRÚ. (*Rápido, al pasar Juan por delante de él.*) Animo y recuerda mis parábolas.
- ROM. ¿Qué pasa?
- JUAN. La portera me acaba de entregar esta carta, en la que los fugaos piden que los entierren juntos.

- LORE. } ¿Que los entierren?...
- ROM. }
- JUAN. (*A su padre.*) Además, sepa usted que me voy al Tercio.
- ESDRÚ. (*Rápido, a Cayetana.*) Di que tú te vas de cantinera.
- CAYE. Pues si él se va, yo me largo con mi hijo.
- LOREN. (*Con energía.*) A mi nieto no le saca de mi casa ni Millán Astray. (*Pequeña pausa, durante la que todos muestran su tristeza.*)
- CAYE. (*Cariñosa.*) Señor Romualdo, no le guarde rencor a mi madre. (*Le coge una mano.*)
- JUAN. (*Cariñoso y persuasivo.*) Señora Lorenza, que mi padre está arrepentido del tío. (*La coge una mano. Les aproximan y les obligan a estrecharse la mano, cosa que hacen con la cara vuelta.*)
- ROM. Señora Lorenza...
- LOREN. Señor Romualdo... (*Los demás personajes dan muestras de alegría.*)
- MANO. ¡Viva mi madre!
- LOREN. Que conste que perdono contra mi voluntad. (*Soltando la mano del señor Romualdo.*)
- ROM. ¿Y yo?
- ESDRÚ. No llore usted, porque si yo veo llorar a una mujer, me da el ataque y me escorro. (*Llorando como una Magdalena, se abraza a la señora Lorenza para no caer.*)
- LOREN. ¿Y quiere usted que yo le sirva de paracaídas? ¡Habrás tío petate! (*Se ríe.*)
- TODOS. ¡Se ha reído! ¡Se ha reído!
- LOREN. Ha sío sin querer; pero desde hoy nos vamos a reir las tripas.
- ROM. ¿Habrás que buscar a los fugaos?
- MANO. ¿Voy yo?
- ROM. ¿Pero tú sabes dónde están?
- MANO. Su chica, escondida en cá del señor Esdrújulo, y mi hermano en el bar Cascorro; ¡como que a mí también no hay quién!, de nen. (*Mutis, corriendo.*)
- ROM. (*Dolorido.*) La cosa es que too el barrio se ha enterao de la fuga... siendo mentira... ¡Si yo me doy cuenta!
- LOREN. (*Muy decidida.*) Si quiere usted volverse atrás, por mí, ¡cerrao a seises!
- ROM. Eso nunca, peluca...
- LOREN. Pero ¿a quién se le ha ocurrido toda esta película?
- ESDRÚ. Yo soy el autor, cómplice y encubridor. Quise vengarme del señor Romualdo, demostrando al propio

tiempo que por una mujer se quedan los hombres hasta sin comer.

LOREN. Es usted el rey de la horchata.

ESDRÚ. Me conformo con ser suegro consorte.

JUAN. ¡Señá Lorenza, que con las glorias...! Mire usted cómo está de gente la rifa de ahí al lao.

LOREN. El puesto de esa tía raída; ahora verás. Ustedes hacen de parroquianos o de vendedores. (*Empieza a salir gente.*)

ROM. Yo hago lo que usted quiera.

LOREN. ¡La rifa de la suerte!

CAYE. ¡Siempre toca!

ESDRÚ. Le pue tocar el órgano de San Francisco el Grande.

TODOS. Siempre toca. Una por aquí. (*Animación, alegría. Todos pregonan a un tiempo; se oye un bombardino y un bombo; salen los de los gorros...*)

TELÓN RÁPIDO

MARY, LA INSOPORTABLE

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

Estrenada en el teatro Eslava, de Madrid, el día

22 de enero de 1926

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARY.....	Catalina Bárcena.
LUZ.....	Milagros Leal.
MARTA	Josefina Morer.
MATILDE	Rafaela Satorres.
JULIA.....	Rosa Díaz Jimeno.
SEVERINA	Adela Santaularia.
ALVARO	Manuel Collado.
JOAQUIN.....	Luis Manrique.
FERNANDITO.....	José Crespo.
FUENFRIAS.....	Luis Pérez de León.
PACO	José Alburquerque.

ACTO PRIMERO

El jardín de un hotel particular en la Castellana, en verano. Está anocheciendo. A lo lejos se oye de vez en cuando una orquesta que toca foxtroes, tangos y chotis.

JOAQUIN, un señor de unos cuarenta y cinco años, buena facha, elegante, de levita, con un clavel blanco en el ojal, habla con SEVERINA, una especie de ama de llaves, muy cuidada, de pelo blanco y aspecto fino. MARTA, una señora de treinta y cinco años, guapa y buen tipo, muy bien vestida, escucha la conversación. Joaquín y Marta están sentados en cómodos sillones de jardín. Severina está de pie.

JOAQ. Y ocúpate de que no les falte una manta buena en el coche, porque en junio todavía son muy frescas las noches de Castilla.

SEVER. Ya he pensado en ello, señor Marqués...

JOAQ. ¿Y te has acordado de ponerles algo de comida, por si acaso?

SEVER. Sí, señor Marqués. Va una cesta con jamón en dulce, pavo trufado y emparedados de caviar.

JOAQ. ¿Y vino?

SEVER. Una botella de Jerez y otra de Champagne...

JOAQ. ¿Se van a ir pronto?

SEVER. La señorita se está quitando el traje de novia. El señorito Alvaro ya está en traje de viaje.

JOAQ. Diles, de mi parte, que nada de despedirse a la inglesa; que quiero verlos a los dos. Además, necesito hablar con el señorito Alvaro. Que se dé una vuelta por aquí cuando pueda.

SEVER. Se lo diré, señor Marqués. ¿Manda algo más el señor Marqués?

JOAQ. No digas a nadie que estoy aquí.

SEVER. Descuide, señor Marqués. (*Sale por la izquierda.*)

MARTA. ¡Me hace una gracia verte en estos trotes!

JOAQ. ¡Qué quieres!... ¡El oficio de padre!...

MARTA. ¡De padrazo!

JOAQ. ¡Tal vez!... Pero te aseguro que hoy respiro... ¡Era mucha hija mi hija!...

MARTA. ¿Tanta guerra te daba?

JOAQ. La europea, una escaramuza a su lado... Tú no sabes lo que es eso.

MARTA. No he de saber, si tengo tres...

JOAQ. Lo grave es tener una sola y que sea como Mary.

MARTA. ¿No es cariñosa?

JOAQ. Adorable.

MARTA. ¿Y buena?

JOAQ. Mejor.

MARTA. ¿Y obediente?

JOAQ. Cuando se la manda lo que ella quiere, sí. Es una criatura única. Tiene todas las cualidades útiles y todos los defectos encantadores... Ha sido mi pesadilla durante diez y siete años...

MARTA. Desde que murió su madre...

JOAQ. Desde que murió su madre, qué Dios haya perdonado. Entonces creí que quedaba libre, porque aquello no era una mujer: era un dictador; pero me dejó de recuerdo una edición suya de bolsillo, que la ha hecho buena.

MARTA. Ahora te desquitarás.

JOAQ. Espero, si es que no llego tarde...

MARTA. ¿Tarde? ¿Por qué?

JOAQ. He perdido los mejores años de mi vida. Paso de los cuarenta.

MARTA. La edad en que hacéis más estragos.

JOAQ. ¿Tú crees?

MARTA. ¿Quién lo duda? Hasta los veinticinco sólo os gusta que os adoren. De los veinticinco a los cuarenta, querer y ser correspondidos, y de los cuarenta en adelante, os contentáis con adorarnos, que es lo más peligroso para nosotras.

JOAQ. ¿De veras?

MARTA. Sobre todo, cuando no se está del todo mal.

JOAQ. (*Hueco.*) Si, la verdad es que nadie diría que puedo ser abuelo dentro de nada. ¿De modo que tú crees que aún puedo gustar?

MARTA. ¿No has de poder?

JOAQ. ¿Entonces, tú opinas?

MARTA. Hablo en general...

JOAQ. Preferiría que hablaras en paisano.

MARTA. ¿Para qué? Yo no cuento.

JOAQ. ¿Quién te ha dicho eso?

MARTA. Soy definitivamente viuda. No espero nada del amor.

JOAQ. ¿Y si el amor esperase algo de ti?

MARTA. ¿El amor de mí? No lo creo.

JOAQ. ¿Tú qué sabes?

MARTA. Más de lo que tú crees.

JOAQ. Puede haber algo que no sepas.

MARTA. Quizá, pero lo dudo...

- JOAQ. *(Cada vez más insinuante.)* ¿Y si ese algo?...
- MARTA. Silencio. Respeta siquiera el novenario de tu hija.
- JOAQ. Eso quiere decir...
- MARTA. Lo que dice.
- JOAQ. ¿Podremos seguir esta conversación dentro de diez días?
- MARTA. ¡Diez días!... ¿Tú sabes las cosas que pueden pasar en diez días?
- JOAQ. Entre otras cosas, que me gustes más aún...
- MARTA. ¿Estás loco?
- JOAQ. De ti depende.
- MARTA. Te perdono, porque sé que en el fondo no hablas en serio.
- JOAQ. ¿No?
- MARTA. No. Te estás entrenando.
- JOAQ. ¿Entrenándome?... ¿Para qué?
- MARTA. Te sucede lo que a esos artistas de circo que han estado una temporada sin contrato, y debutan al día siguiente. Se pasan la tarde levantando pesos para comprobar si están en forma. Tranquilízate. Estás en forma. Puedes debutar cuando quieras.
- JOAQ. ¿Te sientes empresaria?
- MARTA. No digas tonterías y calla, que viene un jovenzuelo y le vas a escandalizar... *(Entra Fernandito, un joven de buena facha, de aspecto tímido, y con una cara de tristeza que resulta cómica.)*
- JOAQ. Ven acá, hombre; no andes por ahí como un alma en pena... Estás pasando un día amargo, ¿verdad?
- FERN. ¡Calcule usted!
- MARTA. ¿Por qué?, si no es indiscreción.
- JOAQ. Es verdad que tú, como has estado en Suiza este invierno, no sabes. A Fernandito le tenía yo apartado para yerno.
- MARTA. ¡Ah!
- JOAQ. Aquí donde le ves, vale lo que pesa.
- MARTA. Es usted demasiado bueno.
- JOAQ. Juicioso, formal, inteligente, trabajador... Al frente de un negocio brillante, que es invención suya...
- MARTA. ¿Ah, sí?
- JOAQ. Sí... Tiene una fábrica de antigüedades.
- MARTA. Qué original...
- JOAQ. Y, además, un corazón de oro..., y fiel, y apasionado...
- FERN. Eso sí puede usted decirlo... ¡Apasionado! Pero de ella... Para mí las demás mujeres no existen.
- MARTA. Gracias.
- FERN. Usted comprende lo que quiero decir.

- JOAQ. Hubiera hecho un marido ideal...
- MARTA. ¿Y por qué?
- JOAQ. Bastó que yo se lo propusiera a Mary, para que instantáneamente se enamorara de otro.
- FERN. Y si viera usted qué amigos éramos antes.
- MARTA. ¿Antes de qué?
- FERN. De que viniera... ése.
- MARTA. ¿Y la quería usted mucho?
- FERN. Querer no es la palabra. Era mi vida. Hoy llevo este chaquet como si fuera a mi entierro.
- MARTA. Le sienta a usted muy bien.
- FERN. Discúlpeme que no la agradezca el piropo; pero piropos que no vengan de ella...
- MARTA. Usted perdone...
- FERN. (*Con un suspiro muy hondo.*) Así es.
- MARTA. ¿Y como queriéndola tanto ha tenido usted valor?...
- FERN. Ya sé lo que va usted a preguntar. Por qué he venido a la boda; ¿no es eso?
- MARTA. Precisamente.
- FERN. Eso mismo me estoy preguntando toda la tarde; pero aquí me tiene usted...; y mientras quede un invitado o Joaquín no me eche...
- JOAQ. ¿Por qué te voy a echar? Como si quieres quedarte a comer conmigo.
- FERN. ¡En el sitio de ella! ¡De ninguna manera! ¡Lo único que quisiera es verla marchar! ¿No se irá sin que la veamos?
- JOAQ. No creo... (*Se oye, por la derecha, una voz de muchacha que dice: «Fernandito, ¿vienes a bailar este fox?»*)
- FERN. ¡Y esto más!... Tener que bailar un día como el de hoy... (*A la derecha.*) ¡Voy! (*A Joaquín.*) Avíseme usted si se marcha.
- JOAQ. Descuida.
- FERN. Hasta luego. (*Sale por la derecha tan compungido como entró.*)
- MARTA. ¡Pobre muchacho!
- JOAQ. ¡Más bueno es!
- MARTA. ¿Y por qué no le quiso Mary?
- JOAQ. ¡Seguramente por eso!
- MARTA. En cambio, tu yerno...
- JOAQ. ¡No me hables!
- MARTA. Una bala perdida, ¿no?
- JOAQ. Modesto el símil. Una ametralladora desorientada...
- MARTA. ¿Y cómo has consentido?...
- JOAQ. Tú no sabes cómo exige las cosas mi hija.
- MARTA. ¿Y se quieren?

- JOAQ. Eso sí. Al menos, lo parece.
- MARTA. ¡Entonces!
- JOAQ. Y como al fin y al cabo esto de las bodas es una lotería, justo es que elija el décimo la interesada...
- MARTA. La vas a echar mucho de menos.
- JOAQ. Mucho; sobre todo, al principio. Me va a parecer mentira poder disponer de mí mismo.
- MARTA. Con tal de que te dure la libertad... (*Entra Luz, una muchacha como de veintiocho años, muy bonita.*)
- LUZ. ¿Se han ido ya?
- JOAQ. No. Les he encargado que se despidan de todo el mundo. Detesto el fugarse en estos casos; lo encuentro un poco indecoroso.
- LUZ. ¿Por qué?
- JOAQ. No me pidas detalles.
- LUZ. Ni que fuera una colegiala... ¡Ah! Ya comprendo. Sí; opino como tú: es un poco indecoroso.
- JOAQ. Me alegro de que coincidamos.
- LUZ. No es la primera vez.
- JOAQ. Tienes razón. Es curioso lo que me sucede. Las amigas de mi hija son más amigas mías que de ella...
- MARTA. ¿Ves como no estás tan viejo?
- LUZ. ¡Viejo, Joaquín! ¿Quién ha dicho eso?
- MARTA. El mismo.
- LUZ. Coquetería. A mí que me den viejos así.
- JOAQ. Luz, eres un ángel.
- LUZ. Digo la verdad. ¡Hay que ver los pollos de ahora! ¡Qué desdicha!
- MARTA. No tienen casi conversación.
- LUZ. Y la poca que tienen es manual.
- MARTA. La verdad es que ahora, vosotras, las solteras, para encontrar novio...
- LUZ. ¿Novio? ¡No has dicho nada!... Yo me conformo con encontrar camaradas.
- JOAQ. No exageréis. Hay de todo.
- LUZ. Sí; de todo de ocasión.
- JOAQ. Por lo menos tienen el encanto de los veinticinco años...
- LUZ. ¡Los llevan tan mal!
- JOAQ. ¿Por qué?
- LUZ. Porque parecen unos niños viejos. Son inexpertos, sin ser inocentes... (*A Marta.*) ¿No tengo razón?
- MARTA. La tienes. No distinguen entre las mujeres y la mujer.
- LUZ. Se olvidan de que también tenemos alma.
- JOAQ. Vais a acabar por ponerme orgulloso.

LUZ. Puedes estarlo.

JOAQ. ¿Pero qué me encontráis?

LUZ. No es a ti solo. A tu generación. El encanto de la madurez.

MARTA. El prestigio del contraste...

LUZ. A vuestro lado se siente una mujer.

MARTA. Al lado de ellos, si acaso, madre.

LUZ. Es demasiado. ¡Institutriz!

JOAQ. ¡Sois adorables!

LUZ. Somos sinceras. Es la última moda... (*Entra Mary en traje de tailleur. Es joven, unos veinte años y muy mona.*)

JOAQ. (*Se pone en pie, un poco emocionado.*) ¿Ya os vais?

MARY. No. Dentro de un rato. Antes tengo que hablarte.

MARTA. Os dejamos. Estas interviús son sagradas.

LUZ. Que no te vayas sin vernos...

MARY. Descuida. (*Salen Luz y Marta por la derecha.*)

JOAQ. ¿Tienes que hablarme?

MARY. Sí. (*Se sienta.*) Estoy furiosa contigo, papá.

JOAQ. ¿Conmigo?

MARY. Sí.

JOAQ. ¿Por qué?

MARY. Porque me has dejado casar.

JOAQ. A ver. Repite.

MARY. Porque me has dejado casar.

JOAQ. ¿He oído bien?

MARY. Has oído bien. Sin duda, te estorbaba.

JOAQ. ¿Que tú me estorbabas?

MARY. Por lo visto. Si no, ¿a qué esa prisa?

JOAQ. He soñado yo, o fuiste tú la que me amenazó si no consentía...

MARY. Yo estaba en mi papel. Tú no has comprendido el tuyo.

JOAQ. ¡Ah! ¿Tienes la bondad de decirme cuál era?

MARY. Oponerte. No tienes ni noción de los deberes de padre.

JOAQ. ¿Y eso me lo dices tú?

MARY. ¿Quién te lo va a decir? ¿El portero?

JOAQ. Supongo que todo esto es una broma.

MARY. Es muy serio. Más de lo que parece.

JOAQ. ¡Mary!

MARY. ¡Papá!...

JOAQ. ¿Quieres explicarte?

MARY. No tengo nada que explicar. Si soy desgraciada, tú tendrás la culpa...

JOAQ. ¿Por qué vas a ser desgraciada? ¿No quieres a tu marido?

- MARY. No lo sé...
- JOAQ. Podías haberlo dicho ayer.
- MARY. Ayer creía quererle.
- JOAQ. ¿Y qué ha pasado de ayer a hoy?
- MARY. Que me he casado con él. ¿Te parece poco?
- JOAQ. ¿Y la culpa es mía?
- MARY. ¿De quién si no?... ¡Tan bien como vivíamos juntos!
¡Tan felices como éramos!
- JOAQ. ¡Pero, Mary!
- MARY. ¡Parece mentira!... De verdad, papá, ¿por qué has hecho esto?
- JOAQ. ¿Pero qué he hecho yo?
- MARY. ¿No te da pena ver que me saca de casa un desconocido?
- JOAQ. ¿Tú sabes lo que estás diciendo?
- MARY. ¿Cómo no comprendiste que aquello era sólo un capricho mío?
- JOAQ. ¿Si yo me hubiera opuesto, habrías obedecido?
- MARY. ¡Ah..., eso no sé!...
- JOAQ. ¿Pues entonces?
- MARY. Pero sé que me da rabia verme casada.
- JOAQ. ¿Y quién te ha casado?
- MARY. Tú.
- JOAQ. ¡Ah!... no; eso no... ¡Esto ya es demasiado!... Bueno que hayas hecho siempre tu santísimo gusto; pero que encima vengas a echármelo en cara y en esta ocasión, no te lo consiento... ¡No, no y no!...
- MARY. ¡De manera que voy a pagar yo las culpas de que seas un pobre hombre sin voluntad! ¡Un abúlico!...
- JOAQ. ¡Eso es! ¡Insúltame!
- MARY. ¡Sí, señor!... Un abúlico. Un infeliz muñeco que te dejas llevar de la nariz por una chiquilla como yo...
- JOAQ. ¡Mary, no me busques!... ¡Basta!
- MARY. ¡No basta!... ¡Tienes que escucharme! ¡Te detesto! ¿Comprendes? ¡Te detesto!... Y me voy de esta casa con ese señor que me acabas de adjudicar. Pero conste que me voy para siempre... ¡No me volverás a ver en tu vida!...
- JOAQ. ¿Quieres callar?
- MARY. Y si tengo hijos, cuando pasemos por delante del hotel, les diré: «Ahí vive un padre descastado, que...»
- JOAQ. ¡He dicho que basta!
- MARY. ¡Y yo digo que no!... ¿Quién manda aquí?
- JOAQ. ¿En qué quedamos? ¿No dices que mi deber?...
- MARY. ¡Eso, a tiempo!
- JOAQ. Está bien. Me das el disgusto mayor de mi vida...
- MARY. No hago más que corresponder...

JOAQ. (*Emocionado.*) ¡Mary!...

MARY. (*Echándose en sus brazos.*) ¡Papá!... (*Quedan abrazados un segundo en silencio.*)

JOAQ. ¿Tanto me querías?

MARY. Hoy lo he comprendido.

JOAQ. ¿Y a él?

MARY. ¡Bah! ¡Comparado con lo que te quiero a ti!...

JOAQ. Eso es ahora... Luego...

MARY. Luego, no sé... Hoy daba veinte maridos por ti.

JOAQ. ¡Chiquilla!... (*La abraza otra vez.*) Es muy tarde. Tu marido estará esperando...

MARY. ¡Que espere!

JOAQ. Vamos, Mary, no seas niña.

MARY. Llámame niña otra vez. Cógeme en brazos No me dejes ir.

JOAQ. Mary, por lo que más quieras, que esto no es serio.

MARY. ¡Y a mí qué me importa!

JOAQ. Pero a mí, sí... ¿Qué dirá la gente?

MARY. Tienes razón. Perdona. Pero tú me comprendes, ¿verdad?... ¿Tú sabes lo que pasa dentro de mí?

JOAQ. Lo sé.

MARY. ¿Y me quieres?

JOAQ. ¡Hija!...

MARY. ¡Ea!... Se acabó. Ya no soy una niña. Soy la señora de Polán, que viene a despedirse de su padre para emprender el viaje de novios...

JOAQ. Así me gusta.

MARY. Esta noche pernoctamos en la finca. Mañana saldremos para Biarritz.

JOAQ. Mal hecho. Debíais quedaros unos días en el Tomillar.

JOAQ. ¿Orden de padre?

JOAQ. No. ¡Qué disparate! Consejo de amigo.

MARY. Entonces se hará como deseas. ¿Por qué no vienes pasado mañana a darnos una sorpresa?

JOAQ. Porque ya no sería sorpresa..., y además...

MARY. Además..., ¿qué?

JOAQ. Es pronto. Créeme.

MARY. Entonces, ¿hasta cuándo?

JOAQ. Ya veremos. Que sepa yo dónde estáis.

MARY. Por supuesto. Escribiremos.

JOAQ. Telegrafiad. Me conformo. Ahora, despídete de la gente.

MARY. A eso voy. ¿Vendrás a vernos salir?

JOAQ. Mejor no.

MARY. Eres un chiquillo. ¡Serías capaz de llorar!

JOAQ. ¡A lo mejor!

MARY. (*Abrazándole.*) ¡Entonces... adiós!...

- JOAQ. Adiós, hija. Que seas feliz.
- MARY. Y tú que seas bueno.
- JOAQ. Un santo. (*Mary se separa bruscamente de su padre, y sale por la derecha sin volver la cabeza. Joaquín, de pie, la ve marchar. Por la izquierda ha entrado Alvaro. Es un muchacho como de treinta años, buen tipo. Joaquín no le ha visto entrar.*)
- ALVA. ¿Papa?
- JOAQ. (*Volviéndose como quien despierta de un sueño.*) ¿Quién?... ¡Ah!, ¿eres tú?
- ALVA. ¿Me llamaba usted?
- JOAQ. Sí. Cuatro palabras. Ven aquí. Siéntate. (*Se sientan los dos.*) Vamos a hablar entre hombres.
- ALVA. Usted dirá.
- JOAQ. Tú no eres tonto.
- ALVA. No creo.
- JOAQ. Habrás comprendido que si he dado mi consentimiento para esta boda, ha sido a disgusto.
- ALVA. Lo he comprendido. Y ha hecho usted muy mal.
- JOAQ. ¿En consentir?
- ALVA. No. En hacerlo de mala gana.
- JOAQ. ¡Tienes una famita!...
- ALVA. Pues es pálida al lado de la realidad.
- JOAQ. ¡Hola!
- ALVA. Lo que usted oye.
- JOAQ. Hipócrita no eres...
- ALVA. Me conozco. Yo, papá, soy un tipo del género de usted.
- JOAQ. Te diré.
- ALVA. No proteste usted. Usted y yo somos dos afectivos. La mujer nos atrae... ¡Niéguelo usted!
- JOAQ. No lo niego.
- ALVA. Yo, hasta que he conocido a Mary, he sido la verdadera mariposa. No pretendo achicar a Don Juan, pero puedo codearme con él... ¡Ah, eso sí!... Por las buenas. Nada de raptos, ni escalos, ni muertes... Hoy, todo eso se ha simplificado mucho.
- JOAQ. Es cierto. La mirada, la carta, el entresuelo discreto...
- ALVA. Conoce usted los trámites. Cuando yo digo que es usted un tipo de mi género...
- JOAQ. Pero yo soy libre.
- ALVA. ¿Y yo?... ¿No lo era?...
- JOAQ. Es verdad.
- ALVA. Queda la mala fama. La que confeccionan los hombres que no gustan a las mujeres y las mujeres que no gustan a los hombres; ¿no es así?
- JOAQ. Cierto.

- ALVA. Ahora dígame usted: ¿qué se entiende por un buen marido?
- JOAQ. Un hombre que sabe hacer feliz a su mujer.
- ALVA. De acuerdo. *Que sabe hacer feliz. Lo que se sabe ha habido que aprenderlo, ¿no?*
- JOAQ. Parece.
- ALVA. Y eso ¿dónde se aprende? ¿Hay cursos de maridos modelos en la Universidad?
- JOAQ. No, que yo sepa.
- ALVA. ¿No le parece a usted que el mejor libro de texto para aprenderse a la mujer es la mujer misma?
- JOAQ. ¡Desde luego!
- ALVA. ¿Y supongo que no será usted partidario del texto único?
- JOAQ. ¡Qué disparate!...
- ALVA. Bebedor, no soy; jugador, tampoco. ¿Por qué no he de ser buen marido?
- JOAQ. Me has convencido.
- ALVA. Me alegro. Ahora voy a hacer más. Voy a tranquilizarle a usted. Mary no me quiere.
- JOAQ. ¿Qué dices?
- ALVA. Que no me quiere. Lo sé. Se casa conmigo porque sí, por un capricho de niña mal educada; porque no es por alabarle, pero si se pusiera usted al frente de un colegio de señoritas, se arruinaba usted.
- JOAQ. Tal vez.
- ALVA. Seguro. Me entrega usted a Mary sin educar. Pero no importa. Más divertido. La educaré yo, y, además, con el tiempo me querrá.
- JOAQ. ¿Estás seguro?
- ALVA. Desde luego. ¿Para qué me iban a servir mis estudios? Además, no se puede vivir al lado de tipos como usted y como yo sin tomarnos cariño.
- JOAQ. Gracias.
- ALVA. Es la pura verdad. Y ahora pasemos a otro asunto más delicado.
- JOAQ. Tú dirás.
- ALVA. Es usted muy débil de carácter; pero en el fondo un padre cariñoso.
- JOAQ. Creo que sí.
- ALVA. Mary es muy absorbente. Le habrá dado a usted mucho trabajo.
- JOAQ. No lo sabes tú bien.
- ALVA. Lo sospecho. De modo que, a pesar de ser viudo, ha tenido usted muy poca libertad.
- JOAQ. Menos que un casado normal.

- ALVA. Y como es usted un tipo del género mío, sé que habrá usted pasado muy malos ratos.
- JOAQ. Pésimos.
- ALVA. Ahora, en cambio, verá usted el cielo abierto.
- JOAQ. Por lo menos, entornado.
- ALVA. Ahí está el mal. Un hombre vehemente como usted es siempre peligroso. Y mucho más si sale de una vida austera que ha durado...
- JOAQ. Diez y siete años...
- ALVA. Por eso me permito llamar su atención.
- JOAQ. ¿Sobre qué?
- ALVA. Sobre su vida futura... Vigile usted su conducta, domínese, esté alerta...
- JOAQ. No comprendo.
- ALVA. No vaya a suceder que el yerno tenga que avergonzarse del suegro...
- JOAQ. Hombre, Alvaro.
- ALVA. Se dan casos, papá. ¿Me promete usted ser cauto?
- JOAQ. Desde luego.
- ALVA. Y, sobre todo, preserve usted el corazón. Sería una sorpresa desagradable encontrarnos a nuestra edad con una madrastra...
- JOAQ. Ese peligro está excluido. No pienso reincidir.
- ALVA. Son ellas las que piensan...
- JOAQ. Me cuidaré...
- ALVA. Pues creo que esto es todo. ¡Ah! Se me olvidaba... Quiero regalarle a usted... (*Saca del bolsillo un objeto pequeño y se lo da.*)
- JOAQ. ¿Qué es esto?
- ALVA. Un talismán para el amor. La muela del juicio de Lord Byron... Infalible.
- JOAQ. ¿No lo necesitas?
- ALVA. Papá, usted olvida que soy casado...
- JOAQ. Es verdad. Perdona. ¿Tiene algún manejo especial?
- ALVA. Ninguno. Basta con llevarle siempre en el bolsillo del chaleco... Y perdone usted que interrumpa esta charla tan agradable. Mary me estará esperando.
- JOAQ. Sí, tienes razón.
- ALVA. ¿Se queda usted tranquilo?
- JOAQ. Del todo. ¿Y tú?
- ALVA. También. Sabía que nos íbamos a entender. Es usted un suegro ideal.
- JOAQ. Y tú un yerno muy simpático.
- ALVA. Más vale así.
- JOAQ. Que os vaya muy bien. Cuídamela mucho.
- ALVA. Pierda cuidado. Adiós, papá. (*Le abraza.*)
- JOAQ. Adiós, hijo... (*Sale Alvaro por la derecha.*)

LUZ. (*Entrando por la izquierda.*) ¿Se van ya?
 JOAQ. Ahora se irán.
 LUZ. ¿Tú no vas a despedirlos?
 JOAQ. No me atrevo...
 LUZ. ¿Quieres que me quede a acompañarte?
 JOAQ. ¡Encantado!
 LUZ. Emocionadillo, ¿no?
 JOAQ. Algo.
 LUZ. Es natural. (*Pausa.*) Tu yerno parece muy simpático.
 JOAQ. Sí; lo es...
 LUZ. Y ahora, ¿qué vida piensas hacer?
 JOAQ. No lo sé... Distraerme...
 LUZ. ¿Con quién?
 JOAQ. ¡Qué pregunta!... Con mis amigos y mis amigas.
 LUZ. ¿Marta es muy amiga tuya?
 JOAQ. Sí..., como otras..., como tú...
 LUZ. ¡Ah! Como yo...
 JOAQ. ¿Por qué me lo preguntas?
 LUZ. Por nada. Oye, ¿te parece que siga viniendo a verte como cuando Mary estaba aquí?
 JOAQ. ¿Por qué no?
 LUZ. ¿También a almorzar y a comer?
 JOAQ. También. Para ti siempre hay un cubierto en mi mesa...
 LUZ. ¿Y para Marta?
 JOAQ. Y para Marta.
 LUZ. ¡Ah!...
 JOAQ. ¿Se habrán ido ya?
 LUZ. Deben. Mary se ha despedido de todo el mundo. A mí me ha regalado un poco de azahar.
 JOAQ. ¿Sí?
 LUZ. Dicen que se casa una antes del año. ¿A ti no te ha dado?
 JOAQ. A mí, ¿para qué?
 LUZ. Oye... (*Se para en seco.*)
 JOAQ. ¿Qué ibas a decir?
 LUZ. Nada. (*Entra Marta por la derecha.*)
 MARTA. ¡Ah! ¿Estabáis aquí? Te buscaba para acompañarte..., pero veo que ya lo estás...
 JOAQ. Sois muy buenas; no sabéis lo que os agradezco...
 MARTA. ¿Y esta noche vas a comer solo?
 JOAQ. A no ser que queráis acompañarme...
 MARTA. Yo, la verdad...
 LUZ. Y yo, sin haber avisado antes en casa... (*Entra Mary como una tromba, y se echa en brazos de su padre.*)

- MARY. ¡Papá, papá!
- JOAQ. (*Levantándose.*) Pero, hija, ¿qué ocurre?
- MARY. No puedo, papá, no puedo..., es más fuerte que yo.
- JOAQ. ¿Qué es lo que es más fuerte que tú?
- MARY. Irme..., dejar esta casa... Me hace el efecto de que me escapo y de que me vas a buscar luego debajo de los muebles, como cuando era chica...
- JOAQ. Tranquilízate. No te buscaré debajo de los muebles...
- MARY. Estábamos ya sentados en el automóvil; le he mirado a la cara y me ha parecido un ser extraño...
- JOAQ. Pero extraño, ¿por qué?
- MARY. No sé. ¿Tú estás bien seguro de que ese señor es mi marido?
- JOAQ. ¡Pero Mary!
- MARY. ¡A mí que no me lo parece!...
- JOAQ. ¿En qué hemos quedado?... ¡Un poco de seriedad!
- MARY. ¿No crees que esto de irse así, con uno de fuera, es poco serio? ¡Ay!, que viene a buscarme... Defiéndeme, papá...
- JOAQ. ¡Mary! Haz el favor...
- MARTA. No seas niña...
- ALVA. (*Entrando, y al cabo de la calle de lo que sucede.*) ¿Qué? ¿A dar el último abrazo a papá?... Así me gusta...
- JOAQ. Tienes que disculparla. Es la primera vez que se separa de mí.
- ALVA. ¡Por Dios! Nada más natural... (*Acercándose a ella con suavidad.*) Eso prueba que tiene buen fondo... ¿Vienes, Mary? (*La coge del brazo, suave, pero decidido.*)
- MARY. Vamos...
- ALVA. (*Haciendo un gesto de inteligencia a su suegro.*) Hasta pronto... (*Salen los dos por la derecha.*)
- LUZ. ¡Qué chiquilla!
- JOAQ. ¡Y tanto!
- MARTA. Y el papá orgulloso de que le quieran así.
- JOAQ. ¿No es para estarlo?
- LUZ. Ya lo creo. Sabes hacerte querer... ¡Cielos! Aquí tenemos a Fernandito...
- FERN. (*Con los ojos llenos de lágrimas.*) Se fueron.
- JOAQ. Menos mal...
- FERN. (*Como hablando solo.*) ¡Se fueron!
- LUZ. Sí, hombre, sí; ya lo sabemos...
- FERN. Al marcharse me ha dado la mano con una expresión...
- LUZ. Pues no te quejes.
- FERN. ¡Qué va a ser de nosotros sin ella!

- LUZ. (*Bajo, a Fernando.*) ¿Quieres hacer el favor de no meterle el corazón en un puño? ¿No ves que está emocionado?...
- FERN. Tienes razón. Necesito estar solo con mi dolor... Me marchó... (*Va a Joaquín y le abraza, emocionadísimo.*) ¡Qué noche voy a pasar!...
- JOAQ. No lo tomes así. Distráete...
- FERN. Imposible... Adiós, adiós. Y gracias por todo.
- JOAQ. Gracias, ¿por qué?
- FERN. Por..., por... (*Sale sin poder hablar por los sollozos.*)
- JOAQ. Para que luego digáis que los hombres no sabemos querer.
- LUZ. Eso ya es demasiado... (*Aparece Paco, el criado, de frac.*)
- PACO. ¿Desea el señor Marqués que se sirva la comida?
- JOAQ. ¿Se han ido ya todos los invitados?
- PACO. Todos, señor Marqués...
- JOAQ. Sí, puedes servir...
- PACO. ¿El señor Marqués va a comer solo?
- MARTA. No. Que pongan un cubierto para mí. Bien pensado, me quedo.
- PACO. Está bien, señora. (*Va a salir.*)
- LUZ. Ponga usted dos. Después de todo, en casa ya habrán comido. Telefonearé.
- PACO. Está bien, señorita. (*Sale.*)
- JOAQ. (*Con cierta ironía.*) ¡Qué amables sois!
- LUZ. Tú que lo mereces...
- MARTA. Y tanto...
- JOAQ. Y ahora, a no pensar más en cosas tristes. Dos mujeres jóvenes y bonitas... Un hombre que no está mal del todo... Un cocinero que tiene fama. Una noche divina de junio... ¿Vamos allá? (*Da un brazo a cada una.*)
- MARTA. {
- LUZ. { Vamos... (*Echan a andar hacia la derecha.*)
- JOAQ. (*Andando muy despacio.*) ¿Conocéis la historia de Lord Byrón?... Una noche como ésta..., en Italia..., Lord Byrón, que era un tipo elegante como yo, simpático como yo... (*Desaparecen mientras cae el telón.*)

ACTO SEGUNDO

Un salón que da al *hall* en casa de Joaquín, en Madrid. Por la tarde, anocheciendo, en invierno.

Al levantarse el telón, la escena está desierta. Suena el timbre del teléfono, que está colocado sobre una mesa a la derecha. Entra
PACO, el criado, de frac.

- PACO. (*Poniéndose al aparato con la cara del que hace la misma operación muchas veces al día.*) ¿Quién? Sí. Casa del señor marqués de Sacedón... No. El señor Marqués no está en casa... No. No ha dejado ningún recado... Se lo diré. ¿De parte de quién? De parte de la señora que él sabe; descuide, señora. (*Cuelga. Coge el lápiz de encima de la mesa, y apunta unas palabras en un carnet que deja allí. Por el hall entra Luz.*)
- LUZ. Hola, Paco. ¿No está el señor Marqués?
- PACO. No, señorita Luz.
- LUZ. ¿Hace mucho que ha salido?
- PACO. Sí, señorita...
- LUZ. ¿No ha dicho a qué hora volverá?
- PACO. No, señorita.
- LUZ. Pero volverá pronto, ¿no cree usted?
- PACO. (*Abriendo los brazos.*) ¡Chi lo sé!
- LUZ. ¿No ha venido nadie por aquí esta tarde?
- PACO. Nadie, señorita.
- LUZ. Está bien. Puede usted retirarse, Paco. Yo me quedo aquí esperando al señor Marqués. (*Se sienta. Saca de su bolsillo de mano una labor y se pone a trabajar.*)
- PACO. Como la señorita disponga. ¿Quiere tomar el té la señorita?
- LUZ. No. Si acaso más tarde.
- PACO. Está bien, señorita. (*Sale por el foro. En cuanto queda sola Luz, se levanta, va a la mesa, coge el bloque y lee en voz alta.*)
- LUZ. «Que esta tarde, a las seis en punto, en el sitio que sabe, de parte de la señora que supone». ¡Bien! «Que no espere mañana al señor Martínez, porque ha llegado Pablo inesperadamente». Apostaría la cabeza a que este señor Martínez usa cubrecorsé. (*Corre a sentarse, porque ha oído la voz de Marta en el hall.*)
- MARTA. ¡Ah! ¿Estás tú aquí?
- LUZ. Sí. He venido a dar un paseo por la Castellana; y como está tan mala tarde, pensé: Voy a hacer un rato compañía a Joaquín. Y he subido.
- MARTA. Lo mismo me ha ocurrido a mí.
- LUZ. ¡Qué coincidencia!
- MARTA. ¿Y te has traído la labor?
- LUZ. La llevo a todas partes.
- MARTA. ¿Joaquín no está?
- LUZ. No.
- MARTA. Pero ¿vendrá pronto?
- LUZ. Supongo.

MARTA. Le esperaré. ¿No te importa?

LUZ. ¿A mí?

MARTA. *(Se sienta y saca de su bolso una labor. Luz la mira como diciendo: «Qué fresca».)* Qué inviernito, ¿eh?

LUZ. ¡Ya, ya; qué invierno!

MARTA. ¿Qué haces?

LUZ. Un chaleco para Joaquín. Se lo he prometido. ¿Y tú?

MARTA. Otro chaleco para él. ¡Me lo ha pedido tanto! *(Un segundo de silencio.)* La verdad es que las muchachas de ahora no os podéis quejar.

LUZ. ¿Por?

MARTA. Porque tenéis mucha libertad.

LUZ. Sí; bastante.

MARTA. En mis tiempos de soltera no se estilaba esto de venir a pasar la tarde a casa de un señor solo...

LUZ. ¿Ah, no?

MARTA. No.

LUZ. Bueno, es que todo ha cambiado mucho... Yo no lo he conocido; pero he oído decir que, antes, las viudas se dedicaban a llorar a sus maridos y al aseo de sus hijos...

MARTA. ¡Por Dios! ¡Qué antiguas! *(Suena el teléfono. Marta hace ademán de levantarse. Luz, más ágil, se adelanta; pero antes de que llegue aparece Paco y se pone al aparato.)*

PACO. ¿Quién? No; el señor Marqués no está... Bien, se le dirá. A las once..., sí... Descuide. *(Cuelga y apunta otra cosa en el bloque.)*

LUZ. ¿Otra vez el señor Martínez?

PACO. *(Muy serio.)* No, señorita; el señor Rodríguez

LUZ. ¡Ah! *(Sale Paco por el foro.)*

MARTA. ¿Rodríguez?

LUZ. Algún extranjero...

MARTA. Eso será... *(Pausa.)* ¿Y piensas quedarte aquí toda la tarde?

LUZ. Hasta que llegue Joaquín; ¿y tú?

MARTA. Yo hasta media hora después. *(Pausa. Luz se levanta, enciende la lámpara central y vuelve a sentarse. Marta la mira, se levanta a su vez, apaga y vuelve a sentarse.)*

LUZ. *(Muy nerviosa.)* ¿Por qué has apagado?

MARTA. Porque es mucha luz.

LUZ. ¿Es alusión?

MARTA. Es comodidad. Me gusta la penumbra.

LUZ. Pues vete a un cine.

MARTA. Yo voy donde me parece.

LUZ. Marta... Marta.

- MARTA. Luz... Luz...
- LUZ. ¿Qué es lo que te propones?
- MARTA. ¿Y tú?
- LUZ. Eso es cosa mía.
- MARTA. Y lo otro, mía. Estamos en paz.
- LUZ. Y jugando. Yo soy soltera.
- MARTA. Y yo viuda.
- LUZ. ¡Pobrel! ¡Qué ilusiones te haces!
- MARTA. ¿Tú que sabes?
- LUZ. ¿Dónde vas a comparar?
- MARTA. Si no soy yo la que compara.
- LUZ. ¿Y te atreves a suponer?
- MARTA. Yo no me atrevo a nada. Soy muy tímida.
- LUZ. A ratos.
- MARTA. Comparada contigo, siempre. (*Se oye en el hall a Joaquín, que viene silbando.*)
- LUZ. Calla, que está ahí. (*Entra Joaquín encantado de la vida. Trae un traje claro y una flor en el ojal. Todo él está como rejuvenecido. Al ver a Marta y a Luz no puede reprimir un gesto de contrariedad.*)
- JOAQ. ¡Hola! ¿Vosotras aquí?
- LUZ. Sí. Ha dado la casualidad de que a las dos se nos ha ocurrido...
- MARTA. ¡Como hacía tan mala tarde! (*Joaquín, un poco distraído, apenas las escucha.*)
- LUZ. Hemos pensado: Vamos a tomar el té con Joaquín.
- JOAQ. Pues me parece que no va a ser posible..., sintiéndolo yo mucho... (*Va derecho a la mesa y lee el bloque con disimulo. Luego lo esconde en la carpeta y llama.*) ¡Paco!
- PACO. ¡Señor Marqués!
- JOAQ. ¿Ha telefoneado el señor Alvarez?
- PACO. Han telefoneado el señor Martínez y el señor Rodríguez.
- JOAQ. Yo lo que pregunto es si ha telefoneado el señor Alvarez.
- PACO. No, señor Marqués; el señor Alvarez no ha telefonado.
- JOAQ. Eso es lo que quería saber. (*Hace una seña a Paco, que se retira.*) Entonces, tomaréis el té conmigo.
- LUZ. ¿No decías que?...
- JOAQ. Es que esperaba un recado de Alvarez... ¿Qué, os quedáis?
- MARTA. Yo tengo que ir a dar una vuelta por casa.
- JOAQ. Ya irás luego.
- MARTA. (*Mirando a Luz, como diciendo: «Para que te enteres».*) ¡Bueno, si tú lo quieres!

- LUZ. Yo soy la que tengo que irme. Mamá me estará esperando.
- JOAQ. ¿Y te vas a marchar ahora que llego yo? De ninguna manera.
- LUZ. (*Mirando a Marta.*) Si tienes tanto empeño, me quedaré.
- JOAQ. Así me gusta. ¡Paco! Tráenos el té.
- LUZ. Para mí, chocolate con churros; soy muy castiza y me gusta hacer sopas.
- MARTA. En Inglaterra, eso es una ordinariez.
- LUZ. Puede. Pero como no es fácil que lo sepan...
- JOAQ. (*En el fondo, muy divertido, a Paco, que espera.*) Ya sabes, un chocolate con churros y dos té... Y si no, trae dos chocolates y un té... También yo me siento castizo... (*Paco va a salir.*)
- MARTA. ¡Traiga usted tres chocolates!...
- LUZ. ¿Qué van a decir en Londres?
- JOAQ. (*Cogiendo la labor de Marta.*) ¿Qué estás haciendo?
- MARTA. Un chaleco.
- JOAQ. ¿Para quién?
- MARTA. (*Muy azorada.*) Para ti.
- JOAQ. ¿Para mí? ¡Qué amable!
- LUZ. (*Con mala sangre.*) ¡Como se lo habías pedido tanto!
- JOAQ. ¿Quién? ¿Yo?
- MARTA. (*Muy de prisa.*) Sí. ¿No te acuerdas? Aquel día que traje uno igual Fernandito...
- JOAQ. (*Que ha comprendido.*) ¡Ah, sí! Claro...
- LUZ. (*Enseñando su labor.*) Y éste es el que yo te he prometido.
- JOAQ. Sois angelicales.
- LUZ. ¿Cuál te gusta más?
- JOAQ. ¡Las dos!
- LUZ. Digo de los chalecos.
- JOAQ. Los dos son preciosos. Ese (*Por el de Marta.*) es más de mañana. Y éste es más serio.
- LUZ. Sí, vamos, un chaleco como para ir a ver a Alvarez...
- MARTA. Hay bromas de muy mal gusto.
- LUZ. Paciencia.
- MARTA. Si yo fuera Joaquín, no te las toleraría.
- LUZ. Si tú fueras Joaquín, no estaría yo aquí.
- MARTA. Ojalá.
- JOAQ. (*Divertidísimo.*) ¿Sabes lo que más me encanta de vosotras?
- LUZ. ¿Qué?
- JOAQ. Lo bien que os lleváis en el fondo.

MARTA. ¿Verdad?

JOAQ. Y lo constantes que sois conmigo.

LUZ. ¡Como ahora estás tan solo!

JOAQ. La verdad es que Mary viene poco por aquí.

MARTA. Eso prueba que es feliz.

JOAQ. ¡Como una reina! Ha tenido suerte con el marido.

LUZ. Creo que se ha vuelto de lo más formal.

JOAQ. Es un santo. No vive más que para ella. Y ella para él. ¡Así que si no fuera por vosotras!

MARTA. No hacemos más que lo que debemos.

JOAQ. Es muy difícil encontrar dos amigas así.

LUZ. ¿Tú crees?

JOAQ. ¡Digo! Y, sobre todo, tan desinteresadas. Porque vosotras, ¿qué podéis esperar de mí?

MARTA. ¡Figúrate! ¡Nada!

JOAQ. Si yo fuera un señor que pensara en volverse a casar...

LUZ. ¡Entonces no tendría ningún mérito!

JOAQ. ¡Pero como eso está excluido!

MARTA. Por Dios. ¡Quién piensa en semejante cosa! (*Suena el teléfono. Al mismo tiempo entra Paco con los chocolates. Deja la mesita y se retira.*)

LUZ. ¡Anda, que se desgañita el teléfono!

JOAQ. (*Al aparato.*) ¿Quién? Sí, soy yo. Es usted, Alvarez. Si; esperaba su aviso con impaciencia. (*Muy meloso.*) ¿Que por qué?... Ya se lo puede usted figurar, Alvarez... ¿A qué hora? ¿A las seis? (*Mira el reloj.*)

LUZ. (*Bajo, a Marta.*) Huelga un chocolate.

JOAQ. Son las seis menos diez, pero procuraré estar. Yo más que usted. Hasta ahora, Alvarez. (*Cuelga.*) Me vais a perdonar que os deje...

LUZ. ¡Por Dios! ¡Estás en tu casa!

JOAQ. Es que Alvarez me cita para un asunto urgente.

MARTA. No tienes que darnos explicaciones.

LUZ. Oye, ese Alvarez, ¿no trabaja en una revista del Alkazar, que se llama *Grecia se expansiona*?

MARTA. (*Muy seca.*) ¡Ese es Rodríguez!

JOAQ. Para que veais que soy buena persona, a pesar de vuestra malicia, os dejo en vuestras casas si esperaréis, tomando el chocolate, a que yo me cambie de traje.

LUZ. Anda, aquí te esperamos.

JOAQ. Y conste que Alvarez se afeita.

LUZ. Tú querrás decir que se depila. (*Sale Joaquín. Marta y Luz empiezan a tomar el chocolate, cabizbajas y en silencio. Luz se levanta, va a la mesa, busca el bloque, lo encuentra dentro de la carpeta y se lo lleva a Marta.*) Recréate...

MARTA. (*Leyendo a media voz.*) «Que esta tarde, a las seis en punto.» «Que no espere al señor Martínez...» (*Devolviendo el papel a Luz.*) Bueno, ¿y qué?

LUZ. Comprenderás que contra esto no se puede luchar.

MARTA. ¡No luches!

LUZ. ¿Y tú?

MARTA. Yo ya pensaré lo que debo hacer.

LUZ. Entonces, ¿no desistes?

MARTA. ¿De qué?

LUZ. ¿De qué va a ser? (*Entra Mary como una exhalación.*)

MARY. ¡Hola! ¿Y papá?... ¿Dónde está papá?... Pero ¿no habéis visto a papá?

MARTA. Está vistiéndose, porque va a salir ahora mismo.

MARY. No va a salir.

MARTA. Te digo que sí. Lo está esperando Alvarez.

MARY. ¡Cómo si lo esperara el Nuncio! ¡Paco!

PACO. ¿Señorita?

MARY. ¡A ver! El señor Marqués. ¡Que venga en seguida el señor Marqués! ¿Ha oído usted que necesito ver al señor Marqués?

PACO. Bien, señorita. (*Sale.*)

MARY. ¡Y vosotras ya os estáis largando!

LUZ. ¡Si nos va a llevar tu padre!

MARY. ¡He dicho que mi padre no sale ahora! Ya podéis suspender la buñolada, enfundar los Tutankamen y desaparecer! Necesito estar sola con él...

LUZ. Pero ¿qué ocurre?

MARY. Mañana lo sabréis... Mañana lo sabrá Madrid entero; ¡ahora, largol...

LUZ. ¡Déjame, por lo menos, que acabe este churrol! (*Mary las empuja y las saca poco menos que corriendo.*)

MARTA. ¡¡Bueno, dile siquiera a tu padre!!

MARY. Se lo diré. ¿Nada más?...

MARTA. ¡Ah, sí, y quel

MARY. También se lo diré... (*Salen las tres. A poco vuelve a entrar Mary y pasea por el cuarto como un león enjaulado. Entra Joaquín vestido de americana oscura y con otra flor en el ojal.*)

JOAQ. ¿Qué pasa?

MARY. Lo que tenía que pasar.

JOAQ. ¡Explícate!

MARY. ¿No lo sospechas?

JOAQ. Ni remotamente.

MARY. ¿Qué va a ser? ¡Que me has casado con un canalla!

JOAQ. ¿Alvaro un canalla?

- MARY. Sí, señor; un canalla, un miserable, el último de los hombres.
- JOAQ. ¿Qué ha hecho?
- MARY. ¡Me engaña!
- JOAQ. ¿Con quién?
- MARY. ¡Con una mujer!
- JOAQ. Naturalmente. ¿Quién es ella?
- MARY. Un loro.
- JOAQ. ¿En qué quedamos?
- MARY. ¡Una señora que es un loro!
- JOAQ. ¿El nombre del ave?
- MARY. Matilde.
- JOAQ. Matilde ¿qué?
- MARY. ¡Matilde Fuenfría!
- JOAQ. ¡No es posible!
- MARY. Lo es. ¿La conoces?
- JOAQ. De vista. ¿Pero estás segura?
- MARY. ¡Como de que te estás quedando calvo!
- JOAQ. ¿Pero me estoy yo quedando calvo? (*Se mira al espejo.*) Pues tienes razón. ¡Me estoy quedando un poco calvo!...
- MARY. Bueno; pero ahora no se trata de ti, sino de mí...
- JOAQ. Perdona. ¿En qué estábamos?
- MARY. En que Alvaro es un canalla y Matilde una sinvergüenza.
- JOAQ. ¿Tienes pruebas?
- MARY. ¡No he de tener!
- JOAQ. ¿Cuáles?
- MARY. Yo sospechaba hace tiempo que Alvaro me engañaba; pero no había podido localizar mis sospechas. Anoche comíamos en casa de los Navacerrada. Llegamos y estaban los Fuenfría.
- JOAQ. ¡No tiene nada de particular!
- MARY. Espera. Alvaro se sentó al lado de Matilde.
- JOAQ. Tampoco eso quiere decir nada.
- MARY. Si estás dispuesto a encontrarlo todo natural, me callo.
- JOAQ. Sigue.
- MARY. Durante la comida, Matilde no dejó de hablar con él.
- JOAQ. ¿Quién tenía al otro lado?
- MARY. ¡El Nuncio!
- JOAQ. ¡Mary, más respeto!
- MARY. ¡Pero yo qué le voy hacer, si era el Nuncio!
- JOAQ. ¡Ah! ¿Y qué más?
- MARY. Después de la comida estuvieron hablando un cuarto de hora. Ella se le comía.
- JOAQ. ¿Y él?

MARY. El se dejaba. Me acerqué con disimulo.
 JOAQ. ¿Y oíste algo?
 MARY. No, porque debieron darse cuenta y cambiaron de conversación. Cuando yo llegué hablaban de la carne congelada.
 JOAQ. ¿Y qué más?
 MARY. ¿Tienes prisa?
 JOAQ. Sí, me está esperando Alvarez.
 MARY. ¿Quién es Alvarez?
 JOAQ. Un señor.
 MARY. Que espere. ¡Cuando se tiene un apellido así, se espera uno! Si dijeras «Me espera Viana.. » Pero «¡Me espera Alvarez!...»
 JOAQ. Bueno, acaba.
 MARY. ¡Anoche no le dije nada a Alvaro! Hoy, durante el almuerzo, le he observado. Estaba nervioso, intranquilo. A las cinco se ha arreglado, ha venido a darme un beso, un beso de Judas, y ha salido.
 JOAQ. ¿Adónde?
 MARY. ¿Dónde ha de ser? ¡A encontrarse con ella!
 JOAQ. ¿Por qué a encontrarse con ella?
 MARY. ¿Por qué?... ¡¡Porque se gustan, porque se quieren, porque son unos miserables!!
 JOAQ. ¿Pregunto que por qué sabes que ha ido?
 MARY. Porque me lo dice el corazón, que no engaña.
 JOAQ. A veces sí.
 MARY. Yo no he venido a que me discutas un hecho. He venido a comunicarte mi resolución.
 JOAQ. ¿Y es?
 MARY. Yo no vuelvo a mi casa.
 JOAQ. ¿Y adónde vas a ir?
 MARY. A ninguna parte. Me quedo aquí.
 JOAQ. ¿Aquí? ¡Tú estás loca!
 MARY. Estoy cuerda. (*Entra el criado.*)
 PACO. ¿Señorita?
 MARY. ¿Qué hay?
 PACO. Ha llegado la doncella de la señorita con las maletas, y pregunta que dónde las pone.
 MARY. Que las deje en mi cuarto de soltera.
 JOAQ. ¡No!
 MARY. ¡Sí!
 JOAQ. ¡He dicho que no!
 MARY. Está bien. Que las lleve al Ritz. ¡Adiós, papú!
 JOAQ. ¿Adónde vas?
 MARY. Al Ritz, puesto que me echas de tu casa.
 JOAQ. Pero ven acá. Escucha...
 MARY. (*Señalando a Paco.*) ¡Cuidado!

- JOAQ. (*A Paco.*) Que dejen las maletas en el cuarto de la señorita.
- PACO. Está bien, señor Marqués. (*Sale.*)
- JOAQ. ¿Qué es lo que te propones?
- MARY. Separarme de mi marido por adúltero.
- JOAQ. ¡Pero tú no comprendes la insensatez!
- MARY. ¡Basta! ¡Paco!
- PACO. ¿Señorita?
- MARY. ¡Que lleven las maletas al Ritz!
- PACO. Bien, señorita. (*Va a salir.*)
- JOAQ. Que dejen las maletas en su sitio.
- PACO. Bien, señor Marqués. (*Sale.*)
- JOAQ. Vas a acabar por volverme loco.
- MARY. Yo no tengo la culpa...
- JOAQ. ¿Y tu marido sabe?...
- MARY. Sabe. Le he dejado escrita una carta.
- JOAQ. ¿Diciendo?
- MARY. «Eres un miserable. Puedes estar satisfecho de tu hazaña. No me volverás a ver.»
- JOAQ. ¡Qué disparate!
- MARY. Por cierto, ¿hazaña es con ache?
- JOAQ. Juraría que sí.
- MARY. Pues yo lo he escrito sin ella.
- JOAQ. (*Encogiéndose de hombros y paseando*) ¡Mary!
- MARY. ¿Papá?
- JOAQ. ¿Vas a hacerme caso?
- MARY. ¡Según!
- JOAQ. Lo que tienes que hacer es volver a tu casa antes de que llegue tu marido...
- MARY. ¡Eso, nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca!...
- JOAQ. Mary, yo tengo que salir... Puesto que estás decidi-
da a no volver a tu casa, espera aquí a tu marido, y
cuando él venga hablaremos los tres.
- MARY. Mi marido no vendrá.
- JOAQ. ¿No ha de venir?
- MARY. He dicho que no vendrá.
- JOAQ. ¿Por qué?
- MARY. Porque a estas horas les habrá sorprendido...
- JOAQ. ¿Quién?
- MARY. Fuenfría.
- JOAQ. ¡Qué chiquilla eres! Aunque fuera verdad esa histo-
ria que te has forjado, ¿cómo va a saber Fuenfría?
- MARY. Se lo he dicho yo.
- JOAQ. ¿Tú?
- MARY. Antes de salir le he enviado una carta que dice:
«Fuenfría, su mujer le engaña con mi marido. Vén-
guenos usted.»

JOAQ. ¿Has sido capaz?

MARY. ¿No era mi deber?

JOAQ. ¿Pero tú sabes las consecuencias que eso puede traer?

JOAQ. ¿Tú no comprendes que dos hombres?...

MARY. ¡Papá!

JOAQ. ¿Qué?

MARY. ¿Vénguenos es con be?

JOAQ. ¡Es con narices!... Esto ya es demasiado. Esto es la hazaña de una mujer insensata que, por una sospecha estúpida, puede tener sobre su conciencia la muerte de un hombre.

MARY. (Asustada.) ¿Hablas en serio, papá?

JOAQ. ¡Y tan en serio!

MARY. ¿Tanto como la muerte?

JOAQ. ¡Tanto! ¿Tú crees que se le puede decir impunemente a un señor que su mujer, vamos... que?... Tú no comprendes en qué lío te has metido y nos has metido a todos...

PACO. ¿Señor Marqués?

JOAQ. ¿Qué hay?

PACO. Los señores de Fuenfria...

MARY. ¡Que no estamos!

JOAQ. ¡Calla! ¿Qué les pasa a los señores de Fuenfria?

PACO. Nada, que yo sepa, señor Marqués.

JOAQ. Pues entonces ¿qué es lo que quieren?

PACO. Que están ahí, señor Marqués, y preguntan si les puede recibir el señor Marqués. Dicen que es para un asunto urgente.

JOAQ. (A Mary.) ¿Lo estás viendo?

MARY. ¿Y qué se hace ahora?

JOAQ. Recibirlos.

MARY. Yo me voy a mi cuarto a arreglar un poco la ropa.

JOAQ. ¡Tú te quedas aquí.

MARY. Pero si a mí, probablemente, no tienen interés en verme.

JOAQ. Pues yo le tengo en que los veas. (A Paco.) ¡Que pasen esos señores! (Sale Paco.) ¡Y ahora a ver cómo te las arreglas! (Mary se va al extremo de la habitación, se sienta en una butaca que previamente ha vuelto de espaldas, y espera los acontecimientos. Entran los Fuenfria. El es un señor de unos cuarenta y cinco años, miope, con gafas de concha y aspecto cuidado. Ella representa unos cuarenta años y es vulgar, tirando a fea, pero con pretensiones y una gran coquetería en el hablar. Al entrar ven los dos a Mary, pero hacen como si no la hubiesen visto. El habla muy de prisa y el tono agita-

do de los que acaban de subir muchos escalones y tienen una noticia urgente que dar)

FUEN. *(Adelantándose y dando la mano a Joaquín.) ¡Amigo Sacedón!*...

JOAQ. ¡¡Amigo Fuenfria!! ¿Qué le trae por esta casa?

FUEN. Como traerme me trae un asunto muy desagradable. ¿No es cierto, Matilde?

MATIL. Ciertísimo. Harto desagradable.

FUEN. *(Presentando.)* Mi mujer... El marqués de Sacedón.

JOAQ. Señora... Siéntense ustedes. *(Mary sigue hundida en su butaca, sacando más o menos la cabeza, según lo que oye.)*

FUEN. Caballero, me va usted a permitir que haga un poco de historia.

JOAQ. Es usted muy dueño.

FUEN. *(A Matilde.)* Me remontaré al año noventa y tres; ¿crees que basta?

MATIL. Desde luego.

FUEN. Cuando el año noventa y tres murió mi pobre papá...

MATIL. Que era un espejo de caballeros. .

FUEN. Me llamó a su lecho de muerte y me dijo: «Férmin, dos cosas te dejo: un apellido sin tacha, y una casa en Pozuelo.»

MATIL. Con jardín.

FUEN. «Consérvalas intactas, te lo ruego.» Usted comprenderá conmigo en que la voluntad de un padre es sagrada...

JOAQ. Indudable.

FUEN. La casa de Pozuelo está como él la dejó. Y en cuanto a mi apellido, puedo afirmar a usted...

JOAQ. ¡No lo dudo!

MATIL. Tan inmaculado como el primer día; más inmaculado si cabe. ¿Entiende usted?

JOAQ. Entiendo.

FUEN. Pues bien...

MATIL. No; pues mal.

JOAQ. Déjame, Matilde; es una locución. Pues bien; esta tarde, a las cuatro y veinticinco, he recibido esta carta... *(Saca una del bolsillo y se la da. Mary se esconde en su butaca.)* Lea usted...

JOAQ. *(Después de leer la carta, como si no la conociera.)* Amigo Fuenfria...

FUEN. Un momento. Ante todo, ¿crees usted que hay derecho a empañar con el aliento de la sospecha una vid ejemplar? Porque mi Matilde.

MATIL. Llevamos diez y ocho años y cinco meses de matrimonio, y en todo ese tiempo ni un solo pensamient

mío ha tenido otro punto de destino que mi Fermín...

JOAQ. Señora, yo...

FUEN. El año diez y ocho tuve la gripe. Estuve grave, muy grave. Doce años pasó este ángel sin desnudarse...

MATIL. Con un corsé faja que me oprimía...

FUEN. Aquí, donde usted la ve, me salvó la vida...

JOAQ. Señora, yo celebro...

MATIL. Usted no tiene que celebrar nada.

JOAQ. Quiero decir que lamento...

FUEN. Sólo para nosotros es lamentable lo ocurrido.

MATIL. Nuestra visita no tiene más objeto que protestar por la ofensa que se nos hace...

FUEN. Y notificar una ruptura de relaciones que nada ni nadie podrá hacer reanudar.

MATIL. Hemos estado en casa de su hija.

FUEN. Y como allí no había nadie...

MATIL. Hemos venido aquí.

FUEN. Y cumplido nuestro deber...

MATIL. Nuestro triste deber.

FUEN. Nos ausentamos con una mirada de desprecio para el culpable...

MATIL. Y con la frente muy alta.

FUEN. Caballero... (*Van a salir, y se tropiezan de manos a boca con Alvaro, que llega.*)

ALVA. ¡Caramba! ¡Qué agradable sorpresa! (*Va a besar la mano de Matilde, que la retira, ofendida.*)

FUEN. (*Adelantándose y cogiéndole por la solapa.*) Y si alguna vez siente usted veleidades de adúltero, ponga usted la mirada en la mujer casquivana y respete al ángel del hogar.

ALVA. (*Que no comprende de qué se trata.*) ¿Hace usted el favor de explicarme?...

MATIL. Mi marido quiere decir que pierde usted su tiempo lastimosamente. Soy una mujer honrada.

ALVA. ¿Quién lo duda?

MATIL. ¡Usted!

ALVA. ¿Yo?

FUEN. Lea usted. (*Le da la carta.*)

ALVA. (*Después de leer la carta.*) ¡Esto es demasiado! (*Yendo hacia Mary*) ¿Y a esto es a lo que tú llamabas mi hazaña? ¿Y has podido creer ni un segundo que yo iba a engañarte con...?

FUEN. Un momento, caballero. ¿Con qué derecho se permite usted suponer que mi Matilde es incapaz de inspirar pasiones?

ALVA. Yo...

FUEN. Una cosa es que ella sea la fidelidad hecha carne...

- MATIL. Y otra que mi persona esté desprovista de los encantos que desgraciadamente atraen al hombre.
- ALVA. Que sea enhorabuena; pero yo...
- FUEN. ¡Basta! Le agradeceré que en lo sucesivo, si nos volvemos a encontrar, se ahorre usted un saludo que, además de ofendernos...
- MATIL. Sería unilateral...
- FUEN. Pero que conste, caballero, que si mi Matilde quisiera...
- MATIL. Tendría los amantes a monjones.
- FUEN. Eso sería excesivo. Pero si admiradores fervientes...
- ALVA. Por mí que no haga cumplidos...
- MATIL. ¡Vámonos, Fermín! Está hablando el despecho.
- FUEN. Tienes razón. Vámonos. Tu brazo, Matilde. ¿Se enterá usted? Es mía, mía... Solo mía. ¡Buenas tardes! ¡Que aproveche! *(Salen los Fuenfría muy dignos. Joaquín y Alvaro no saben si reír o enfadarse)*
- MARY. *(Levantándose de su butaca como movida por un resorte en cuanto han desaparecido.)* ¡Y se van! Se van así, sin haberme dado tiempo para decirle que anoche...
- ALVA. *(Yendo hacia ella, severo.)* Tú te callas ahora, puesto que te callaste antes... ¡Eres una insensata!
- MARY. Te ruego que no me insultes delante de mi padre...
- ALVA. Ahora mismo vienes conmigo a casa...
- MARY. ¡No! Déjame. ¡No te acerques!
- ALVA. He dicho que ahora mismo vienes conmigo a casa, y allí te diré yo...
- MARY. ¿Has oído, papá?... ¡Quiere pegarme!
- ALVA. ¿Quién habla de pegarte?
- MARY. Encima de que es el amante de otra mujer...
- ALVA. Mira, como vuelvas a decir que soy el amante de esa cacatúa...
- MARY. ¡Pues sí, señor; aunque no quieras, eres su amante!
- JOAQ. ¡Mary!
- MARY. Defiéndele tú... ¡Claro! Hombres... y además tú eres quien tiene la culpa de lo que está pasando.
- JOAQ. ¿Yo?
- MARY. ¿Para qué me casaste con un mujeriego?
- ALVA. ¿Yo mujeriego?
- MARY. ¡Tú! Niega que lo has sido.
- ALVA. No lo niego. Pero desde que nos casamos...
- MARY. ¿Y lo de anoche?
- ALVA. ¿Qué es lo de anoche?
- MARY. ¡Lo de Matilde!
- ALVA. ¡Y dale!
- MARY. ¡Niégame que anoche te la hubieras comido!
- ALVA. ¡Yo qué he de comerme eso!

MARY. ¿Por qué la serviste dos veces salmón?
 ALVA. Porque me lo pidió.
 MARY. ¿Y de qué os reíais mientras elegíais una manzana?
 ALVA. ¿Yo qué sé?
 MARY. Pues yo sí lo sé. ¿Crees que se me escapó la alusión?
 La manzana..., el paraíso... Adán y Eva... ¡Eres un
 adúltero!
 ALVA. Bueno. Basta de Historia Sagrada. ¡Mary, a casa!
 MARY. ¡No!
 JOAQ. ¡Mary, obedece!
 MARY. ¡Yo no vuelvo a vivir bajo el mismo techo que ese
 infame!
 JOAQ. (A Alvaro.) ¡Está loca!
 ALVA. ¡Peor! ¡Está educada por usted!
 JOAQ. Ven aquí, Mary; sé razonable... ¡Haced las paces!
 MARY. ¿Las paces yo?
 JOAQ. ¿Pero qué es lo que pretendes?
 MARY. Separarme de mi marido. (Alvaro se encoge de hom-
 bros.)
 JOAQ. No tienes motivos.
 MARY. ¿Te parece poco motivo ser el amante de Matilde?
 ALVA. ¡Mary! ¡O me eliges otro cómplice, o nos separamos
 de veras!
 MARY. ¡Es mi deseo más ferviente!
 ALVA. (Muy serio.) ¿Me lo juras?
 MARY. ¡Te lo juro!
 ALVA. Está bien.
 JOAQ. ¿Tú sabes lo que dices?
 MARY. Lo sé.
 JOAQ. ¡Mira que te puede costar caro!
 MARY. ¡Adoro el lujo!
 JOAQ. ¿Entonces te niegas a seguirle?
 MARY. ¡Me niego!
 JOAQ. Esto se pone serio.
 ALVA. ¡Y tanto!
 JOAQ. ¿Tú sabes que tu marido tiene derecho a llevarte a
 su lado por fuerza?
 MARY. ¡Que se atreva!
 ALVA. Descuida. A la fuerza no quiero nada.
 JOAQ. (A Alvaro.) ¿Pero no véis que destrozáis mi vida?
 ALVA. ¡Eso, a ella!
 JOAQ. (A Mary.) Tú no comprendes, Mary...
 MARY. ¡Eso a él!
 JOAQ. (Después de unos segundos de reflexión.) ¿Estás bien
 decidida a no volver a tu casa?
 MARY. ¡Lo estoy!
 JOAQ. No pienses que vas a jugar conmigo.

- MARY. No lo pienso. Te acompañaré, te cuidaré... ¡Si supieras lo que me he acordado de ti estos seis meses!... ¡Cómo te he echado de menos!... Verás que bien lo pasamos... ¡Como antes!... Pero más unidos. Comprendiéndonos mejor. Oye, papá...
- JOAQ. ¿Qué?
- MARY. ¡Que se marche ese caballero, que nos estorba!
- ALVA. (*Acercándose a Mary.*) Mary...
- MARY. ¡No se acerque usted!
- ALVA. ¡Acuérdate!
- MARY. ¿De qué?
- ALVA. De tantas cosas. Aquella tarde en Suiza...
- MARY. (*Con gesto de desprecio.*) ¡Bah!
- ALVA. La noche de Berlín...
- MARY. ¡Papá, dile que no se ponga verde!
- ALVA. (*Cada vez más insinuante.*) Yo cierro los ojos y me parece ver...
- MARY. Pues yo cierro los míos, y sólo veo a un hombre ofreciendo una manzana a Matilde.
- ALVA. ¿Otra vez?
- MARY. ¡Y siempre!
- ALVA. ¿No te dice nada el pasado?
- MARY. Para mí no hay más pasado que el de anoche.
- ALVA. ¿Quieres no decir idioteces?
- MARY. ¿Lo oyes, papá, lo oyes?
- ALVA. Todo esto me pasa a mí por no haberte engañado de veras...
- MARY. ¡Eres un cínico!
- ALVA. ¡Y tú una muñeca llena de serrín!
- MARY. ¡Y tú un trasto!
- ALVA. ¡Y tú!... No, no... Basta. Seamos correctos hasta el fin. Perdóneme usted, papá... Me retiro...
- JOAQ. (*A Mary.*) ¿No tienes nada que decirle?
- MARY. No.
- ALVA. ¿De veras?
- MARY. De veras.
- ALVA. ¡Mira que no me vuelves a ver en la vida!
- MARY. ¡Dios lo haga!
- ALVA. Que si salgo por esa puerta solo...
- MARY. Empezaré a respirar a gusto...
- ALVA. (*A Joaquín.*) Usted es testigo de que he hecho cuanto he podido. (*A Mary.*) Luego, no te quejes.
- MARY. Descuida. Soy muy sufrida.
- ALVA. Está bien. Adiós, papá.
- JOAQ. Adiós, hijo. (*Salen juntos cogidos del brazo. Suena el teléfono. Mary va al aparato.*)
- MARY. ¿Quién? ¿Que le está esperando el señor Alvarez hace

media hora? Bueno. Un momento. (*Entra Joaquín de muy mal humor.*) Papá...

JOAQUÍN. ¿Qué?

MARY. Que te está esperando Alvarez hace media hora.

JOAQUÍN. ¡Alvarez! Con el disgusto que me acabas de dar, estoy yo como para ir a ver a Alvarez. Que me deje en paz Alvarez... Y si no dile que espere, que en seguida voy. (*Sale Joaquín por la derecha.*)

MARY. (*Al aparato.*) De parte del señor, que le espere, que vamos en seguida... Sí, sí..., que *vamos* en seguida. (*Cuelga. Entra Fernandito.*)

FERNANDITO. ¡Mary! ¿Tú aquí? ¿A estas horas?

MARY. Yo aquí...

FERNANDITO. ¿Qué ha pasado?

MARY. ¡Cosas muy graves!

FERNANDITO. ¿Cuáles?

MARY. ¡Si vieras qué desgraciada soy desde las cinco y cuarenta!

FERNANDITO. ¿Por culpa de?...

MARY. ¡De una mujer!

FERNANDITO. ¿Alvaro te engaña?

MARY. ¡Como un tendero!

FERNANDITO. ¡No es posible!

MARY. ¡Si yo te contara detalles!

FERNANDITO. ¿Y qué piensas hacer?

MARY. ¿Qué quieres que haga? ¡Vengarme!

FERNANDITO. ¿Cómo?

MARY. ¡Ya lo verás! ¿Puedo contar contigo?

FERNANDITO. De mí dispones como si me tuvieras en cuenta corriente.

MARY. ¿A la vista?

FERNANDITO. A la vista. Únicamente...

MARY. Únicamente, ¿qué?

FERNANDITO. Enriqueta...

MARY. ¿Enriqueta?

FERNANDITO. ¡Mi novia!

MARY. ¿Tú con novia?...

FERNANDITO. Perdóname; ¡estaba tan triste!

MARY. ¿Guapa?

FERNANDITO. Dos millones de pesetas y un tío que heredar. Pero di una palabra y...

MARY. Ya veremos. Por de pronto vas a hacerme un favor.

FERNANDITO. Manda.

MARY. Vete a una papelería y tráeme una caja de papel de cartas y dos litros de tinta.

FERNANDITO. ¿Simpática?

MARY. No hace falta. Es para anónimos.

- FERN. ¿Nada más?
- MARY. Nada más. Espero que tendrás en cuenta esta prueba de cariño que te doy.
- FERN. No la olvidaré nunca.
- MARY. Y si eres servicial...
- FERN. ¿Qué?
- MARY. Habrá otras.
- FERN. ¡Qué buena eres!
- MARY. Razonable nada más. Vete; tengo prisa.
- FERN. Hasta ahora, Mary.
- MARY. Hasta ahora, Fernandito (*Sale Fernandito encantado de la vida. Mary se pone el sombrero y se arregla delante del espejo. Entra Joaquín con el sombrero y el abrigo puestos.*)
- JOAQ. ¿Sales?
- MARY. Sí.
- JOAQ. ¿Con quién?
- MARY. Contigo.
- JOAQ. Imposible. Ya te he dicho que voy a hablar con Alvarez de asuntos privados.
- MARY. Te esperaré en el coche.
- JOAQ. He dicho que no.
- MARY. Y yo digo que sí. Aspiro a ser una hija modelo.
- JOAQ. Me parece muy bien. Obedece y quédate.
- MARY. No, papá.
- JOAQ. (*Furioso.*) He dicho que te quedas.
- MARY. Me quedaré si tú no sales.
- JOAQ. Yo tengo necesidad de salir.
- MARY. A ver a Alvarez, ¿no?
- JOAQ. ¡No te tolero!
- MARY. (*Gritando.*) Tienes que tolerarme; para eso soy tu hija.
- JOAQ. (*Gritando.*) ¡No me grites!
- MARY. ¡Ni tú a mí!
- JOAQ. ¡Yo soy el padre!
- MARY. Por eso tienes que dar ejemplo.
- JOAQ. ¿De qué?
- MARY. De buena conducta. Anda, deja el sombrero. (*Se lo quita.*) Y el bastón y el abrigo. (*Se lo quita.*) Verás: nos quedaremos los dos junto a la chimenea; mandaremos encender la lumbre, y lo pasarás mucho mejor que con Alvarez.
- JOAQ. ¿Pero no comprendes que no se puede tener esperando?...
- MARY. Alvarez es muy sensato, y ya comprenderá que si no vas es porque no puedes.
- JOAQ. (*Escapándose de ella y precipitándose hacia el abrigo*

y el sombrero.) Además, es cuestión de dignidad...
¿Quién manda aquí?

MARY. Tú. Aquí mandas tú. Eso, desde luego. Pero, papá, francamente..., entre Alvarez y yo. ., (*Se frota la cabeza, mimosa, en el pecho de su padre.*) ¿Verdad que no dudas?

JOAQ. (*Vencido.*) ¿Por lo menos, me permitirás que envíe a Paco?

MARY. Sí; eso sí. Envía a Paco con unas flores de despedida para... ese señor, y ahora ven, que tengo que hacerte una confidencia que te halagará (*Le lleva hacia la chimenea. Se sientan.*) Siéntate. Así. ¿Quieres? (*Joaquín hace un gesto negativo.*) ¿No? Vamos, no seas rabiosillo... Toma. (*Le pone en la boca un cigarrillo y se lo enciende*) ¿A que no sabes cuál es la confidencia que te he anunciado?... ¿No te interesa? ¡A que sí! Me he convencido de que los padres leéis en el corazón de los hijos mejor que ellos mismos. Qué razón tenías, papá..., que razón tenías...

JOAQ. ¿En qué tenía yo razón?

MARY. En querer casarme con Fernandito.

JOAQ. ¿Por?

MARY. Porque él debiera ser el padre de los hijos que no tengo.

JOAQ. (*Pegando un salto.*) ¿Qué dices?

MARY. La verdad! (*Joaquín da dos o tres vueltas por el cuarto, nerviosísimo. Luego va a salir por la derecha*) ¿Dónde vas, papá?

JOAQ. ¿Que dónde voy? Donde no te tenga a mano, porque darte una azotina sería poco para lo que mereces..., y estrangularte... quizás fuese excesivo... (*Sale hecho una hiena.*)

MARY. ¡Ah! ¿Lo tomas así? ¿Así agradeces que te haya descubierto el fondo de mi alma? Pues despidete de las confidencias de una hija que sufre. (*Queda pensativa unos instantes. Luego va al teléfono y llama.*) El uno, cinco, tres, nueve, de Jordán... (*En este momento aparece Alvaro por la puerta del fondo. Mary no le ve.*) ¿Es el uno, cinco, tres, nueve, de Jordán? ¿Quién está al aparato? ¡Ah!, ¿es usted, Julia?... El señorito y yo nos divorciamos. Sí; ha oído usted bien... Nos divorciamos. Es un miserable que me engaña con la señora de Fuenfría. (*Alvaro hace un gesto de impaciencia.*) Pero a usted la encargo que no le falte nada... El vaso de agua en la mesa de noche... La bolsa de agua caliente... y, sobre todo, que no deje

de tomar todos los días la piperacina. ¡Es tan artrítico!... ¿No se olvidará usted?... Pero que el señorito no sepa que yo he telefoneado.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Por la tarde, en invierno.

Al levantarse el telón, MARY está hablando por teléfono.

MARY. (*Al aparato.*) No, no tiene importancia; es una herida leve...; los médicos dicen que es de pronóstico reservado; pero yo creo que es para cobrar más caro...; lo reservado no es el pronóstico. .; los reservados son ellos... Se lo diré. Muchas gracias. (*Cuelga el auricular.*)

MARTA. (*Entrando muy agitada.*) Hola, Mary... ¿Es verdad lo que me han dicho? (*Sentándose.*)

MARY. ¿Qué te han dicho?

MARTA. Que se ha batido...

MARY. Es verdad. (*Sentándose a su vez.*)

MARTA. Y que está herido...

MARY. ¡También!

MARTA. ¿Grave?

MARY. No. Leve.

MARTA. ¿Y dónde ha sido?

MARY. En Chamartín.

MARTA. No. Digo la herida.

MARY. En el brazo.

MARTA. ¿Izquierdo?

MARY. No. Derecho.

MARTA. ¿Y con quién se ha batido?

MARY. ¿Te corre mucha prisa el saberlo?

MARTA. Comprenderás que...

MARY. Te lo digo porque si no es muy urgente esperaremos a que venga Luz, y así os lo cuento a las dos a la vez y aborro un relato...

MARTA. ¿Luz te ha dicho que iba a venir?

MARY. No.

MARTA. ¿Pues entonces?

MARY. Es un presentimiento que tengo. Porque venir tú y presentarse ella suele ser simultáneo. (*Aparece Luz por el hall.*) ¿No te digo?...

Luz. (*Muy agitada.*) ¡Hola, Mary!... ¿Es verdad lo que me han dicho?

MARY. ¿Qué te han dicho?
 LUZ. Que se ha batido...
 MARY. ¡Es verdad!
 LUZ. Y que, está herido.
 MARY. ¡También!
 LUZ. ¿Grave?
 MARY. No Leve.
 LUZ. ¿Dónde ha sido?
 MARY. ¡En el brazo!
 LUZ. No; digo el desafío.
 MARY. ¡En Chamartin!
 LUZ. ¿Y con quién se ha batido?
 MARY. Un momento. Ahora que ya estáis a la misma altura en las preguntas, puedo continuar. (*A Luz.*) Cuando tú has venido, Marta me estaba preguntando...
 LUZ. (*A Marta.*) ¡Ah!, perdona... No te había saludado.
 MARTA. (*May seca.*) No hay de qué. Estamos en paz. Cuenta, Mary.
 MARY. ¡Vosotras estáis enteradas de lo de papá y Alvarez.
 LUZ. ¡Por Dios!... ¡Todo Madrid lo sabe!...
 MARTA. Menos su marido...
 MARY. Ya lo sabe hasta su marido.
 LUZ. ¿El desafío ha sido con el marido de Alvarez?
 MARY. ¡Con él!
 MARTA. ¿Quién habrá sido capaz de llevarle el cuento?
 MARY. ¡La fatalidad!
 LUZ. ¡Explicatel!
 MARY. ¡Escuchad! Yo no sabía cómo apartar a papá del lado de esa mujer, que es peligrosísima...
 MARTA. ¡Y tanto!
 MARY. Y decidí intervenir de una manera discreta.
 LUZ. ¿Y qué hiciste?...
 MARY. Lo correcto en estos casos. Escribí un anónimo a su marido.
 MARTA. (*Asombrada.*) ¿Diciendo que ella y tu padre?...
 MARY. ¡Qué disparate! ¡Crees que soy tonta! Yo lo que quería es que el marido la vigilara, que no la dejara en libertad de movimientos...
 LUZ. Falta le hace. Es más voluble...
 MARY. Y discurrí una solución maquiavélica. Cojo la pluma y redacto: «Saturnino, tu mujer te la pega con Fuenfria.» Un sello de quince y a Comunicaciones...
 MARTA. ¿Por qué con Fuenfria?... ¡Pobrecillo!
 MARY. Fué el primer nombre que se me ocurrió, y, además, tenía una cuenta pendiente con él desde lo de mi marido...
 LUZ. ¿Y qué pasó?

- MARY. Lo que tenía previsto. Se presenta Saturnino en casa de Fuenfria con el anónimo; lo lee; se entera el loro de Matilde de que su marido la engaña..., y entre Saturnino y Matilde casi lo matan.
- MARTA. ¡Qué atrocidad!...
- MARY. Hasta aquí mi intervención. Lo que sigue ya es obra de la fatalidad.
- LUZ. ¿Y qué es lo que sigue?
- MARY. Pues que Fuenfria recapacita, recuerda el rumor público, y para salvarse él, le cuenta a Saturnino lo de papá...
- MARTA. ¿Y luego?
- MARY. Luego ya no sé más, sino que Alvarez dejó de telefonar; que ayer vinieron aquí dos señores de levita; que papá no habló apenas durante la comida; que esta mañana, a las once, cuando me levanté, pregunté por él, y me dijeron que había salido, y que a las doce y cuarto se presentó con un brazo vendado y me dijo furioso: «Puedes dar gracias a este cabestrillo y a un pariente tuyo que me ha inutilizado temporalmente el brazo..., porque te aseguro que si vuelvo sano..., te iba a quitar para siempre la obesión del anónimo.»
- MARTA. La verdad es que...
- LUZ. ¡A quién se le ocurre, sabiendo lo celoso que es Saturnino!
- MARY. ¿Pero me vais a echar a mí la culpa de que Fuenfria sea un indiscreto? Lo de mi anónimo estaba muy bien planeado; lo que pasa es que Fuenfria lo ha estropeado todo.
- LUZ. ¿Y Joaquín está levantado?
- MARY. Sí... ¡Sí, total, es un rasguño sin importancia! (*Suena el teléfono.*)
- (*Se pone al aparato.*) ¿Quién?... ¿Sí?... ¿De parte de quién?... ¿De Martínez?... Pues el señor Marqués no puede venir al aparato...; pero me ha encargado que si llamaba Martínez le dijera que le deje en paz... Sí; lo que usted oye, señora... Dice que ha tomado cierto apego a la vida y que no quiere más complicaciones... Y conste que si insiste usted, le pongo un anónimo a su marido. ¿Cómo? ... ¿Que soy una imperitine?... ¡Puede! Yo no puedo decir lo que es usted, porque todavía hay señoritas en la Central; ¡pero deje usted que pongan el teléfono automático!... ¡Vaya usted a pasear!... (*Cuelga el aparato.*)
- LUZ. Martínez, ¿eh?...
- MARY. La misma... Pero ésa no vuelve a llamar.

- MARTA. ¿Te ha encargado tu padre que la digas?...
- MARY. No. Es iniciativa mía. Estoy liquidando por mi cuenta su pasado amoroso.
- LUZ. Y muy bien que haces.
- MARTA. A tu padre lo que le hacía falta... es una mujer que le comprendiera; una mujer de cierta edad..., madura..., experimentada...
- LUZ. O una compañera joven y alegre... que te sustituya en la casa...; porque tú acabarás por arreglarte con Alvaro.
- MARY. Lo empiezo a dudar. Hace quince días que no da señales de vida.
- MARTA. ¿Y tú... no has hecho nada por?...
- MARY. ¿Yo?... ¡Dios me libre!... Eso le corresponde a él... Ya sabe dónde estoy...
- LUZ. ¿Oye, podíamos ver a tu padre?
- MARY. Yo creo que sí. ¡Paco!...
- PACO. (*Entrando*) ¿Señorita?...
- MARY. ¿Quiere decir al señor Marqués que están aquí las señoritas de costumbre?...
- PACO. Bien, señorita.
- MARY. Yo os dejo, porque temo que esté todavía molesto conmigo... Hasta ahora...
- LUZ. Hasta luego, Mary. (*Sale Mary por el fondo.*)
- MARTA. (*En tono agresivo, a Luz.*) Conste que como vuelvas a hacerme la faena del otro día...
- LUZ. ¿Qué faena?
- MARTA. Ya sabes a lo que me refiero...
- LUZ. Acertijos, no, Marta.
- MARTA. Pues eso de contar a Joaquín que mis chicas son unas fieras que destruyen todo lo que les cae entre las manos, sobre todo los juguetes; que el juguete que quieren que les pongan los Reyes es un padraastro...
- LUZ. Hija, ese es mi desquite.
- MARTA. ¿Tu desquite? ¿De qué?
- LUZ. De que tú te pasas la vida diciéndole a Joaquín que se fije en lo gorda que está mamá...; que yo soy su vivo retrato, y que está estudiando un libro que se titula: «Las diez y seis maneras de dominar a un yerno».
- MARTA. Es igual. Lo que te digo es que si aludes a mis chicas, te araña...
- LUZ. ¡Qué imaginación tienes!...
- MARTA. ¡Haz la prueba!
- LUZ. Marta, que me voy a olvidar de que tienes canas, y... (*Entra Joaquín por la derecha con el brazo en ca*

bestrillo y cara sonriente. Marta y Luz adoptan una actitud displicente.)

- JOAQ. ¡Hola!... ¿Vosotras por aquí?... ¿Cómo habéis tardado tanto en venir?
- MARTA. ¿Hemos tardado?...
- JOAQ. Me parece... Me he batido a las once..., y son las seis de la tarde... ¡Yo os esperaba a las once y medial...
- LUZ. ¡Para la falta que hacíamos!
- JOAQ. Vosotras siempre me hacéis falta.
- MARTA. ¿Siempre?
- JOAQ. ¡Siempre!
- LUZ. ¡Menos cuando te hace falta Alvarez!...
- JOAQ. ¡Ah!...; eso es distinto... (*Va a hacer un gesto con el brazo derecho y no puede reprimir una mueca de dolor.*) ¡Ay!...
- MARTA. Eso duele, ¿eh?...
- JOAQ. Un poco...
- LUZ. Bien empleado te lo tienes.
- JOAQ. ¿Yo?
- MARTA. ¡Tú!
- JOAQ. ¿Por qué?
- LUZ. Porque te has portado muy mal con nosotras.
- JOAQ. ¡Expícate!
- MARTA. Que sea una extraña...
- LUZ. Una de fuera de casa... la que desempeña el papel de protagonista en tu vida...
- MARTA. Y que llegues hasta verter la sangre por ella.
- JOAQ. Os advierto que lo mismo hubiera hecho por vosotras.
- LUZ. Eso no lo podemos consentir.
- JOAQ. ¿Qué queréis decirme?
- MARTA. ¡Que ha llegado el momento de que decidais!
- JOAQ. ¿Que decida qué?
- LUZ. ¿No lo comprendes?
- JOAQ. ¡No!...
- LUZ. ¿De veras?
- JOAQ. ¡De veras!
- MARTA. Luz, yo creo que estamos de más en casa de un hombre que no sabe distinguir...
- LUZ. Que confunde el dublé con el oro de diez y ocho quilates...
- MARTA. Y quien dice de diez y ocho, dice de sesenta y tres... quilates.
- LUZ. ¿Has adelgazado?
- MARTA. (*Muy natural.*) Dos quilates...
- LUZ. Ya nos echará de menos...

- MARTA. (*Después de arreglarse ante el espejo.*) Vámonos, Luz.
- LUZ. Vámonos, Marta. ¡Pobre! No sabe lo que se pierde. (*Se dan el brazo y salen lanzando una mirada de desprecio a Joaquín, que durante esta escena ha estado más que regocijado.*)
- JOAQ. (*Después de unos segundos de reflexión alegre, se encoge de hombros y llama.*) ¡Paco!
- PACO. ¿Señor Marqués?
- JOAQ. ¿No ha telefoneado nadie?
- PACO. Dispénsame el señor Marqués... Pero como ahora es la señorita la que toma todos los recados...
- JOAQ. ¡La señorita!... ¿Dónde está la señorita?
- PACO. Está ocupándose de la mudanza.
- JOAQ. ¿De qué mudanza?
- PACO. Desalojando el tocador del señor Marqués...
- JOAQ. ¿Mi tocador?... ¿Y para qué?
- PACO. Dice que va a instalar en él su despacho para escribir anónimos.
- JOAQ. ¿Y yo dónde me visto?
- PACO. En el desván. ¡Ya han subido los muebles del señor Marqués!...
- JOAQ. Haz el favor de decir a la señorita que venga.
- PACO. ¿Querrá?...
- JOAQ. Si no viene..., iré yo. (*Joaquín pasea arriba y abajo.*)
- MARY. (*Muy tranquila.*) ¿Me llamabas..., papá?
- JOAQ. (*Furioso.*) Pero ¿tú te has creído?...
- MARY. (*Muy serena, dando media vuelta.*) ¡Ah! ¿Gritas?... ¡Hasta luego! (*Va a salir.*)
- JOAQ. (*Gritando.*) ¿Dónde vas?...
- MARY. A trabajar...
- JOAQ. (*Gritando.*) Tú llamas trabajar a volver la casa patas arriba...
- MARY. Te advierto que .. o tienes urbanidad, o me ausento...
- JOAQ. Pero ¿tú te crees que se puede tener urbanidad con una?...
- MARY. Yo no digo que se pueda tener. Lo que digo es que o la tienes, o me marcho.
- JOAQ. (*Más calmado.*) ¡De modo que no te basta con haberme buscado un desafío que podía costarme la vida!...
- MARY. Papá, no presumas, que ahora no hay gente.
- JOAQ. ¿Y mi herida?... ¿También eso es presumir?
- MARY. No. Eso es poner motes a un arañazo. Yo comprendo que teniendo un cabestrillo tan bonito quieras estreñarlo...; pero...
- JOAQ. No me saques de quicio, y dime: ¿ha telefoneado Martínez?

- MARY. ¡Ha telefoneado!
- JOAQ. ¿Y qué ha dicho?
- MARY. Ella, nada. Lo he dicho yo todo. Puedes estar tranquilo. No te molestará más.
- JOAQ. (*Sacando el brazo del cabestrillo.*) ¡Voy a tener que darte un azote!
- MARY. ¿Ves como es un rasguño?
- JOAQ. (*Volviendo a meter el brazo en el cabestrillo.*) ¿Y lo del tocador mío?... ¿Qué es eso?
- MARY. No te preocupes. . Eso es cosa mía... ¡Detesto lo monótono!... Verás qué partido saco de la casa... ¡Mañana voy a mudar tu alcoba al cuarto de plancha!
- JOAQ. Mañana lo que vas a hacer... es marcharte a casa de tu marido.
- MARY. ¡Que venga él a buscarme!
- PACO. (*Entrando*). Señorita...
- MARY. ¿Qué hay?
- PACO. El señorito Fernando.
- JOAQ. ¡Sólo faltaba ése!... ¡Ya me está a mí cargando ese niño llorón!
- MARY. Papá, sé correcto, que hay servidumbre a la vista.
- JOAQ. ¿Y a mí qué?
- MARY. Pues a mí sí... Y ya te estás largando, que ese señor viene a verme a mí y no a ti... (*Le empuja y le hace salir por la derecha. Luego, muy correcta, a Paco.*) ¡Que pase! (*Entra Fernandito, que viene muy agitado y con un paquete envuelto en un papel.*)
- FERN. ¡Buenas tardes, Mary!... ¿Sabes de dónde vengo?
- MARY. No soy Madame de Tebes...
- FERN. De reñir con mi novia....
- MARY. ¡Ah!
- FERN. ¿Eso es todo lo que se te ocurre?
- MARY. ¿Y por qué has reñido?
- FERN. ¡Por ti!
- MARY. ¿Por mí?
- FERN. ¡Por quién sino! .. Desde que te has venido a vivir con tu padre, yo no salgo de aquí...
- MARY. ¿Y qué?
- FERN. ¿Y qué?... Que antes no salía de allí.
- MARY. ¿De dónde?
- FERN. De casa de Enriqueta.
- MARY. ¡Ah!... ¿Y que más?
- FERN. ¿Te parece poco?... Que ha notado el cambio...; que sabe que solo pienso en ti...; que ha comprendido que tú eres mi amor imposible..., y que esta tarde me ha devuelto mis cartas, mi retrato y una mata de to-

millo que arrancamos en el Pardo a medias el día que me dijo que sí...

MARY. ¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

FERN. ¿No es tuya la frase de que nuestras almas son gemelas, aunque procedan de distinto estuche?...

MARY. No lo has comprendido bien...

FERN. Mary, mide tus palabras...

MARY. ¿Por?

FERN. Porque si yo sé que te has burlado de mí..., mi venganza será terrible.

MARY. ¿Me amenazas?

FERN. A ti no. Pero ¿para qué quiero yo la vida si a ti no te sirvo.. más que de burla?

MARY. Yo no me burlo de ti.

FERN. Eso dices..., pero no me das pruebas.

MARY. ¿No hemos estado el otro día en el Palais de Glace los dos solos?

FERN. ¡Bah!

MARY. ¿No te envié a casa de mi corsetera a buscar un cubrecorsé?... ¿Qué más pruebas quieres?

FERN. Ya lo sabes... Siempre te lo he dicho...

MARY. No recuerdo...

FERN. ¡Un beso!

MARY. ¡Tú estás loco!

FERN. ¡Por ti!

MARY. Ya sabes que eso no puede ser.

FERN. Está bien. Entonces, hojea mañana las últimas páginas de *A B C*. (*Entra Paco.*)

PACO. Señorita.

MARY. ¿Qué hay?

PACO. El señorito Alvaro está ahí.

MARY. (*Con alegría que no puede disimular.*) ¿Qué quiere?

PACO. Viene a buscar una petaca que se dejó olvidada, y de paso a ver a la señorita...

MARY. Espere un poco ahí fuera. (*Sale Paco. A Fernando.*) ¿Quieres irte?

FERN. ¡No me iré si antes no me das un beso!...

MARY. ¡Fernando, no te pongas pesado!

FERN. ¡Comprendo!... ¡Te has burlado de mí!... Yo he sido la quisquilla que se pone en el anzuelo para que caiga el pez gordo... ¡Yo he servido de cimbel para que Alvaro vuelva!... ¡Ahora verás!...

MARY. ¿Qué vas a hacer?

FERN. ¡Vengarme!... ¡Y tiembra!, porque la venganza del tímido...

MARY. No te pongas así.

FERN. ¿Consientes?

MARY. ¡A la fuerza!... ¿Me prometes que no volverás a pe-
dirme?...

FERN. Te lo prometo... (*Va a acercarse a ella.*)

MARY. ¿Pero qué haces?... ¿No ves que pueden venir? ¿Tú
sabes dónde está el despacho nuevo de papá?

FERN. No.

MARY. Donde antes estaba el *ofice*. Vete allí... y espérame...
Pero no enciendas la luz...; me da una vergüenza...

FERN. ¿Irás?

MARY. ¡Iré!

FERN. ¿De veras?

MARY. Tú lo has de ver...

FERN. ¿Pronto?

MARY. En cuanto pueda.

FERN. Hasta ahora. (*Sale por la derecha. Entra Julia, una
doncellita muy mona.*)

MARY. ¡Julia!

JULIA. ¡Señorita!

MARY. Tú me has tomado cariño, ¿verdad?

JULIA. Mucho, señorita.

MARY. ¿Eres capaz de sacrificarte por mí?

JULIA. Yo, por la señorita, lo que la señorita quiera; porque
en siendo cosa de la señorita, la señorita no tiene
más que decir lo que quiera la señorita...

MARY. Bien. Vete al despacho del señor.

JULIA. Ahora mismo. (*Echa a andar.*)

MARY. Espera. Estará a oscuras. Entrás. Luego, en voz
baja, lo más baja que puedas, dices: «Aquí estoy...»
¿Comprendido?

JULIA. Comprendido.

MARY. A ver..., ensaya.

JULIA. (*Ensayando.*) Aquí estoy...

MARY. Más bajo.

JULIA. (*Más bajo.*) ¡Aquí estoy!

MARY. Así. Entonces se adelantará un caballero, te oprimi-
rá la mano... y te dará un beso.

JULIA. (*Con timidez fingida.*) ¡Señorita!...

MARY. ¿No te atreves?

JULIA. Como atreverme, sí, señorita; pero...

MARY. Si no quieres, dilo con franqueza.

JULIA. Yo lo que quisiera es saber quién...

MARY. Muy justo; el señorito Fernando...

JULIA. (*Encantada.*) ¡El señorito Fernando!... ¡No es posible

MARY. Lo es. Te lo aseguro. Quedamos en que te dará un
beso. Pero tú... ¡Muda!

JULIA. ¿Y si me da más de uno?...

MARY. Pase lo que pase, tú, muda.

- JULIA. Comprendido.
- MARY. Procura estar muy digna... Luego le oprimes la mano y sales diciendo: ¡Pschtt!... (*Pone el índice delante de los labios.*) ¿Te has enterado?
- JULIA. Perfectamente.
- MARY. Y no olvides que vas en representación mía... Déjame en buen lugar.
- JULIA. Descuide la señorita.
- MARY. ¡Pues hasta luego, y buena suertel
- JULIA. Hasta luego, señorita. (*Sale Julia por la derecha.*)
- MARY. ¡Pasa, Alvaro!
- ALVA. (*Entrando, con la cara de un señor que está de muy buen humor.*) ¡Hola, Mary!... ¿Qué me querías?
- MARY. (*Muy digna.*) ¿Yo a ti?
- ALVA. ¡Tú a mí!
- MARY. Yo no te he mandado llamar...
- ALVA. ¿No?
- MARY. No.
- ALVA. ¿Entonces qué es esto? (*Saca del bolsillo dos cartas y se las da.*)
- MARY. (*Sin mirarlas.*) ¡Dos anónimos!
- ALVA. ¿Cómo lo sabes?
- MARY. Me lo imagino.
- ALVA. ¿Imaginas también de quién son?
- MARY. ¡Vete a saber!
- ALVA. ¡Son tuyos!
- MARY. ¡Míos!... (*Con risa nerviosa.*)
- ALVA. Tuyos... Ahogo, con la *h* delante, y Yanguas Megía con *j*, no hay más que una persona en Madrid que los escriba de esa manera...
- MARY. ¿Y esa persona soy yo?...
- ALVA. Sí. Y, por si acaso, has tenido la precaución de enviarme una carta como si te hubieras equivocado... (*Saca otra.*) de sobre...
- MARY. ¿Qué carta?
- ALVA. Esta: «Fernandito de mi alma y de mi vida, ¡qué feliz soy! Lo de ayer, no se me olvidará jamás.» Jámás lo pones con la *g* de Yanguas. ¿Quieres que siga leyendo?... ¿O recuerdas las tonterías que siguen?
- MARY. ¡Haz lo que quieras!
- ALVA. (*Guardándose la carta.*) ¿Para qué me has llamado?
- MARY. Pues te he llamado para decirte que esto no puede continuar...
- ALVA. ¿Qué es esto?
- MARY. Esto es que estamos dando que hablar a la gente...; que somos la comidilla de Madrid.

- ALVA. ¿Nada más?
- MARY. ¿Te parece poco?
- ALVA. Muy poco.
- MARY. Y, además, porque es preciso que tomemos una determinación...
- ALVA. ¿Para qué?
- MARY. ¿Para qué?... ¿Pero tú sabes el conflicto que es para mí... todo esto?... Ayer fui a encargarme tarjetas... ¿Cómo pongo?... ¿Mary Alcedo de Polán?... No, porque ya no soy tuya..., afortunadamente...
- ALVA. ¡Tú lo has dicho!
- MARY. ¿Mary Alcedo sólo?... No es correcto...
- ALVA. Tienes una solución. Pon: «Mary Alcedo, antes de Polán...»
- MARY. ¡Esto no es cosa de risa!
- ALVA. Pues lo parece.
- MARY. ¿Tú que pones en las tarjetas?
- ALVA. Muy sencillo. Alvaro de Polán; y abajo, en letra más pequeña: «Encantado de haber nacido...»
- MARY. ¿No me echas de menos?
- ALVA. ¡Mucho!... Una de las cosas que más me extraña es encontrar los muebles en su sitio.
- MARY. ¡Eres muy amable!
- ALVA. Psché... Regular... Bueno; ¿y eso es todo?
- MARY. No... Hay algo más...
- ALVA. ¿Por ejemplo?
- MARY. Estos días he pensado un poco...
- ALVA. Eso sí que es raro.
- MARY. En nuestra última entrevista; y reconozco que... tú estuviste muy mal..., muy grosero, porque yo te había dado algún motivo...; ahora que no para tanto...
- ALVA. *(Indiferente.)* ¡Aah!...
- MARY. Pero no quiero que ignores... que si tú dieras los pasos necesarios... y me pidieras perdón delante de papá y un par de testigos... tal vez, no te lo aseguro, ¿eh?, pero tal vez consentiría...
- ALVA. ¿En qué?... Mary..., ¿en qué?
- MARY. En volver a casa.
- ALVA. ¡No es posible!
- MARY. Ya te digo que es probable...
- ALVA. ¡Y yo digo que no es posible! Porque aunque tú quisieras, yo no consentiría... Así estamos muy bien.
- MARY. ¿De modo que no deseas que vuelva?
- ALVA. No.
- MARY. ¿Se puede saber por qué?
- ALVA. Se puede saber... Porque te he echado de menos unos

días..., pocos... La costumbre, ¿sabes?... Pero luego..., como no volvías, me has dado tiempo para comparar... Y no quiero darte detalles... Pero, la verdad, estoy mejor solo.

MARY. ¿Y no te importa pensar que llevo tu nombre y que me rodean peligros de todas clases?

ALVA. No me preocupa...

MARY. ¿Y tú eras el que me querías?

ALVA. Yo era el que te quería...

MARY. ¿Y qué dirás si en vista de esto me echara en brazos de un amor culpable... y dejara de ser una mujer correcta?

ALVA. Diría: ¡Qué bien hice en separarme a tiempo!

MARY. ¿Nada más?

ALVA. Nada más... *(Pausa.)*

MARY. ¡Alvaro!

ALVA. ¿Qué?

MARY. Todo esto, ¿lo has dicho en serio?

ALVA. En serio.

MARY. ¿No quieres hacer las paces?

ALVA. Las paces, sí.

MARY. ¿Que todo vuelva a estar como antes?

ALVA. No. Eso ya no es posible...

MARY. ¿Y tengo yo la culpa?

ALVA. Tú.

MARY. Pero, por lo menos, me ayudarás a ser buena...

ALVA. Eso, encantado.

MARY. Pues óyeme, Alvaro...

ALVA. Te oigo.

MARY. Comprendo... que he sido muy ligera... porque en el fondo me interesabas, porque me daba rabia que no vinieras, por darte celos, por vengarme de ti... No sé cómo decírtelo...

ALVA. Yo te ayudaré... ¿Qué? Se ha flirteado, ¿no?

MARY. Más.

ALVA. *(Con un movimiento de intranquilidad imperceptible, que refrena en seguida.)* ¿Más?... ¿Y qué es ello?

MARY. Me he comprometido...

ALVA. ¿A qué?

MARY. ¿A qué?... ¿A qué?... ¡Que me he comprometido!

ALVA. ¿Tú llamas comprometerte a hacer esperar... a alguien... algo... que no está bien?...

MARY. Eso es...

ALVA. ¿Y quién es ese alguien?

MARY. Fernandito.

ALVA. Entonces puedes estar tranquila. ¡Es inofensivo!

MARY. ¿Tú crees?

- ALVA. Estoy seguro.
- MARY. Y si yo te dijera que a estas horas...
- ALVA. A estas horas... ¿qué?
- MARY. No, nada.
- ALVA. ¿Y en qué quieres que te ayude?
- MARY. En librarme de él.
- ALVA. ¿Para siempre?
- MARY. ¡Para siempre!
- ALVA. ¿Hasta cuándo?
- MARY. ¡Hasta nunca!
- ALVA. ¿Lo quieres de veras?
- MARY. De veras...
- ALVA. Llama por teléfono a Fernandito.
- MARY. No hace falta. Está en casa.
- ALVA. (*Un poco extrañado.*) ¡Ah!... ¡Pues dile que venga!
- MARY. ¿Qué vas a hacer?
- ALVA. Lo que me has pedido. Librarte de él.
- MARY. Pero...
- ALVA. Tranquilízate... Tengo mundo...
- MARY. ¡Paco!
- PACO. ¿Señorita?
- MARY. Vaya usted al despacho del señor; entre usted con precaución y diga al señorito Fernando que haga el favor de venir, que le espera el señorito Alvaro.
- PACO. Bien, señorita... (*Sale.*)
- ALVA. Y déjanos solos.
- MARY. ¿Pero puedo escuchar?...
- ALVA. ¡Si te divierte! (*Sale Mary por la derecha. A poco entra Fernandito por el fondo, que viene encantado de la vida.*)
- ALVA. (*En pie, con la cara muy seria.*) Fernando..., le he llamado a usted..., porque entre nosotros tiene que haber una explicación.
- FERN. (*Caballeresco.*) Me tiene usted siempre a su disposición en todos los terrenos...
- ALVA. No exageremos... Siéntese usted... (*Se sientan.*) Dígame, Fernando... ¿Usted se mira todos los días al espejo?
- FERN. ¡Caballero!...
- ALVA. ¡Conteste!
- FERN. Sí.
- ALVA. ¿Es usted buen fisonomista?
- FERN. Alvaro...
- ALVA. ¡Conteste!
- FERN. Bastante bueno.
- ALVA. Entonces comprenderá usted que con su cara no se pueden inspirar pasiones...

FERN. (*Con cierta sonrisa interesante.*) ¡Como usted quiera!

ALVA. No es usted feo... ¡Al revés!... Es usted más bien guapo... demasiado guapo... Pero no sé... cómo explicarle... ¿Ha comido usted alguna vez nísperos?

FERN. ¡Caballero!...

ALVA. ¡Contestel!

FERN. Sí.

ALVA. Pues en el frutero de la vida es usted el níspero; una fruta que adorna..., pero que nadie come.

FERN. Hay quien sí...

ALVA. En efecto... Pero suele ser en la cocina. ¿Usted es muy amable, verdad?

FERN. ¡Caballero!

ALVA. ¡Contestel!

FERN. Sí.

ALVA. De modo que si yo le pido que deje usted en paz... a una señora que se ha valido de usted... para dar celos a su marido..., me complacerá...; ¿no es eso?

FERN. Le diré a usted...

ALVA. ¿Dígame usted, si o no?...

FERN. Sí.

ALVA. No esperaba yo menos de usted. A usted no le importará dejar de venir a esta casa; ¿no es eso?

FERN. ¿Con qué derecho?...

ALVA. ¿Sí... o no?

FERN. No...

ALVA. Perfectamente... Pues creo que esto es todo... ¡Ah, no!... Hay algo más... Cuando yo le he llamado..., ¿dónde estaba usted? En el despacho de mi suegro; ¿no es eso?

FERN. ¡Caballero!...

ALVA. Sí o no...

FERN. Sí.

ALVA. ¿Y qué hacía usted allí?

FERN. ¡Eso no se lo diré a usted... aunque me mate!

ALVA. Bien... Comprendo que no puede usted contestar de otra manera. Sólo quiero darle a usted un consejo... Desconfíe de los besos a oscuras... Nada más...; puede usted retirarse... Y no olvide lo que le he dicho...

FERN. Y usted no olvide que a veces el níspero no es tan inofensivo como parece.

ALVA. ¡Como usted quiera!... ¡Buenas tardes! (*Sale Fernando con cara de hombre satisfecho.*)

MARY. (*Entrando.*) ¿Sabías?...

ALVA. Todo... Estaba ahí al lado cuando llamaste a Julia...; ¡y como hablas tan alto!...

- MARY. ¿Entonces?...
- ALVA. Entonces... ya estás libre de él... ¿Mandas algo más?
- MARY. ¿Te marchas?
- ALVA. Si no dispones otra cosa...
- MARY. ¿No quieres ver a papá, que está herido?
- ALVA. ¿Herido?... ¡Un rasguño!... Me ha contado Saturnino... (*Besándola la mano.*) ¡Mary!...
- MARY. Alvaro..., por lo que más quieras, llévame contigo...
- ALVA. ¿Quieres que te deje en el centro? ¡Con mucho gusto!
- MARY. ¡Alvaro!... ¿No te parece que ha durado bastante la broma?...
- ALVA. ¿Qué broma?
- MARY. ¡Esta!
- ALVA. No, monina...; no es broma... Yo quiero llevarte a casa..., pero es para siempre... Para que dentro de ocho días quieras volver aquí..., no merece la pena...; y si te llevara hoy...
- MARY. ¡Prueba!
- ALVA. Ya probé otra vez y salió mal. Esto de vivir tiene más dificultades de lo que parece...; y vivir juntos un hombre y una mujer..., eso ya es el colmo de la complicación...
- MARY. ¡Alvaro..., en tu vida hay otra mujer!
- ALVA. ¿No será Matilde?
- MARY. Ahora hablo en serio... ¿No la hay?
- ALVA. No.
- MARY. ¿Pues entonces qué esperas?
- ALVA. Poca cosa...: que seas una persona formal..., que hagas una cura para desarraigarte el vicio del anónimo y de traslado de muebles... Entonces... vendré yo a buscarte...; pero sólo entonces...
- MARY. ¿Y mientras tanto?
- ALVA. Mientras tanto, vivo tranquilo; ¿te parece poco?
- MARY. ¿Y sabrás a tiempo que estoy curada?
- ALVA. ¡Lo sabré!
- MARY. Pero, si tardas en averiguarlo, ¿no te importa que te ponga un anónimo para decírtelo?...
- ALVA. ¡Si es el último y lo firmas!...
- MARY. ¡Entonces, hasta pronto, Alvaro!...
- ALVA. Hasta cuando sea, Mary. (*Sale Alvaro. Mary queda pensativa. Entra Joaquín vestido con traje claro y abrigo fuerte.*)
- JOAQ. ¿Ha estado aquí Alvaro?

MARY. ¡Ha estado!

JOAQ. ¿Y qué?

MARY. ¡Nada!

JOAQ. ¿No habéis hecho las paces?

MARY. No.

JOAQ. ¡Vaya por Dios!

MARY. ¿Sales?

JOAQ. Voy a dar una vuelta...

MARY. ¿Por dónde?

JOAQ. ¡Por ahí!

MARY. Oye, papá.

JOAQ. Oigo.

MARY. ¿No crees tú que la vida es una cosa muy seria?

JOAQ. Desde luego... Pero cuando quieras hablar de algo verdaderamente serio... habla de ti...

MARY. ¿Tú crees?

JOAQ. ¡Que si creo! (*Dándola un beso.*) Adiós, hija.

MARY. Adiós, papá... ¡Que seas formall...

JOAQ. Lo seré. . A ti no te lo encargo, porque sé que es imposible. (*Sale Joaquín.*)

JULIA. (*Entrando.*) ¡Señorita!

MARY. (*Distraída.*) ¿Qué quieres?

JULIA. ¿No me pregunta nada la señorita?

MARY. ¿De qué?

JULIA. ¿De qué va a ser, señorita?

MARY. ¡Ah, sí!... ¿Qué? ¡Bien!

JULIA. Bien, señorita...

MARY. ¿Un beso?

JULIA. Uno... Pero parecían dos.

MARY. ¡Que sea enhorabuena!

JULIA. Ya sabe la señorita... que siempre que me necesite la señorita...

MARY. Ya lo sé...

JULIA. ¿No tiene la señorita ninguna orden para mañana?

MARY. No. Mañana... es sábado inglés...

JULIA. Vaya por Dios, señorita... (*Sale y entra Paco.*)

PACO. Esta carta de parte del señor Marqués.

MARY. ¿De parte de papá?

PACO. Sí, señorita.

MARY. Traiga. (*Paco da la carta y sale. Lee.*) «Mary; me voy a Suiza a distraerme. Te quiero mucho y me haces muy feliz, pero necesito una temporada de vacaciones. Lo único que te pido es que no mandes derribar el hotel y trasladarlo a la Guindalera. Escribiré. Tu padre que te abraza y te tiembla, Joaquín.» ¡Un anónimo!... ¡También él!... ¡Ah!..., pues esto

no... ¿A quién voy a molestar si me quedo sola?...
¡Paco!

PACO. Señorita...

MARY. Lleve usted mi equipaje a casa con disimulo... ¡Y sea lo que Dios quiera!...

PACO. (*Con un suspiro de satisfacción.*) Ahora mismo, señorita.

TELÓN

ACABA DE PUBLICARSE

EL SORTILEGIO DE LA CARNE JOVEN

la nueva novela del admirable literato

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

que en el apogeo de su talento ha
producido una verdadera obra maes-
tra, sin duda alguna su mejor libro,
y, desde luego, una de las más bellas
novelas modernas.

Un volumen de más de 200 páginas,
lujosamente editado y ornado con una
deliciosa portada de Ribas:

CINCO PESETAS

EDITORIAL SIGLO XX

¿QUIERE USTED CONOCER

la más sugestiva novedad literaria de los tiempos modernos? Lea

La Europa galante

LA DELICIOSA Y CELEBRE OBRA DE

PAUL MORAND

EL MAYOR EXITO DE LIBRERIA EN FRANCIA

DURANTE EL AÑO ULTIMO

TRADUCCIÓN DE

ANDRÉS GUILMAIN

PRÓLOGO DE

ALBERTO INSÚA

Un volumen de 240 páginas con preciosa portada de Ribas:

CINCO PESETAS

EDITORIAL SIGLO XX

ACABA DE APARECER

MI TIA MANOLITA

LA OBRA MAS INTERESANTE
DEL ILUSTRE ESCRITOR

ALBERTO INSÚA

QUE PONE DE RELIEVE EN
ESTE LIBRO TODAS SUS PASMOSAS
CUALIDADES DE MAESTRO DE LA
NOVELA MODERNA



Un volumen de 240 páginas, impreso en
magnífico papel pluma y exornado con una
admirable portada de Ribas:

CINCO PESETAS

EDITORIAL SIGLO XX

LAS OBRAS LIBRES

Acaban de aparecer los tres primeros volúmenes de esta interesantísima colección, en la que se incluirán obras de los más prestigiosos autores, escritas con el mayor decoro literario. Son:

LOS DOS

novela de

EDUARDO ZAMACOIS

UNA HISTORIA FRANCAMENTE IMMORAL

original de

ALBERTO INSUA

y

LOS LADRONES Y EL AMOR

novela de

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Precio de cada tomo: 2,50 pesetas.

EDITORIAL SIGLO XX

NUMEROS PUBLICADOS DE "COMEDIAS,,

NÚM. I.—**Jacinto Benavente**: Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—**Enrique García Álvarez y Joaquín Abati**: Clara Luna.

NÚM. II.—**G. Martínez Sierra y Honorio Maura**: Susana tiene un secreto.—**Carlos Arniches y Antonio Paso**: ¡Qué encanto de mujer!

NÚM. III.—**Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas**: Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina**: El pavo real.

NÚM. IV.—**Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández**: Los campanilleros.—**Luis Gabaldón y E. Gutiérrez Roig**: Poderoso caballero...

NÚM. V.—**Carlos Arniches**: La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla**: La mano de Alicia.

NÚM. VI.—**S. y J. Alvarez Quintero**: La consulesa.—**F. Romero y G. Fernández Shaw**: La sombra del Pilar.

NÚM. VII.—**G. Martínez Sierra**: Mujer.—**E. García Álvarez y Fernando Luque**: Calixta la prestamista.

NÚM. VIII.—**Eduardo Marquina**: Una noche en Venecia.—**Jacinto Benavente**: De cerca.

NÚM. IX.—**Manuel Linares Rivas**: La jaula de la leona.—**Francisco Serrano Anguita**: La simpatía.

NÚM. X.—**Pedro Muñoz Seca**: La señorita Angeles.—**Antonio Paso y Ricardo González del Toro**: Soltero y solo en la vida.

NÚM. XI.—**Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo**: Lorenza, la Seria.—**Gregorio Martínez Sierra y Honorio Maura**: Mary, la insoportable.

SUMARIO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS

NÚM. XII.—**Jacinto Benavente**: La fuerza bruta.—**Luis Chiarelli**: La máscara y el rostro.

NÚM. XIII.—**S. y J. Alvarez Quintero**: Mundo, mundillo...—**Pedro Mata**: En la boca del lobo.

NÚM. XIV (Extraordinario).—**Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández**: La tela.—Los chatos.



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID